



Serafín Estébanez Calderón

# **Poesías del solitario**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Serafín Estébanez Calderón

## Poesías del solitario

Lunavitque genu sinuosum fortiter arcum:

Quodque canas, Vates, accipe, dixit, opus.

P. OVID.

A la Excma. Señora Marquesa de Lambrano

Mis tímidos versos

concede, Señora,

que a tu fausto amparo

rendidos se acojan:

que la flor humilde

sin matiz ni pompa,

cuya gala es solo

vaporoso aroma,

dos veces ufana

parece y hermosa  
10

si al búcaro rico

pagar feudo logra:

y el fúlgido llanto

de la clara Aurora,

descendiendo en copos  
15

cual líquido aljófar,

del vergel desdeña

pimpollos y hojas,

Por bordar el cáliz

de la blanca rosa.  
20

De alegres zagales

el festivo idioma

oirás, cuando juegan

en la edad dichosa:

también los cantares  
25

de la gente mora,

que de Alhambra dicen

las tristes historias:

o ya los cuidados

y dulces zozobras,  
30

del rapaz que hiere,

e hiriendo se mofa;

y en sus alas de oro

de infiel mariposa,

por bálsamo lleva  
35

la más cruel ponzoña

y al mar cristalino

verás en sus ondas

mecer verdes listas

entre azules zonas:  
40

o en la blanca espuma

sulcar alias proas,

y flámulas leves

que el Céfito azota:

marinos palacios

45

se pintan, do moran

los locos Tritones,

las Ninfas y diosas;

que en urnas de nácar,

con ámbar de Etiopía,

50

te dan en ofrenda

corales y conchas

que si el don acoges

triscarán gozosas,

mas que si en sus sienes  
55

ciñeran coronas;

cual yo, si mis cantos

te halagan, Señora,

no ansiaré mas nunca,

mayor prez ni gloria.

60

[1]



Letrilla I  
El cantor aldeano

Los trinos suaves

de los ruiseñores

que amantes requiebran

a la fiel consorte;

el blando susurro  
5

que forma en el bosque

el aire meciendo

los pobos y robles;

El grato murmurio

que al lejos se oye  
10

del terso arroyuelo

que entre juncos corre,

Y el dulce abandono

que infunde en el orbe

la argentada luna  
15

en la media noche,

faustos me inspiraron

las tiernas canciones

que agora repito

al son del albogue.

20

[2]

Letrilla II

La declaración

En vano, zagala,

podrete ocultar

el fuego en que siento

mi seno abrasar;

que amor en mis ojos

5

su llama fatal

con trémulas luces

publicando está;

y si a mi despecho

por todo el lugar  
10

se sabe que reinas

en mi voluntad,

Mi labio declare

ante tu beldad

la fe que te he dado,

15

tu triunfo y mi mal;

Que a no ser tu pecho

duro pedernal,

moverate acaso

mi llanto a piedad.

20

[3]

Letrilla III

El árbol

Ayer mi Pastora

subió a este manzano

a coger la fruta

de sus verdes ramos;

Mas yo que la huía  
5

celoso y picado,

oculto en la yerba

la estaba mirando:

llenó de las pomas

el lindo canasto,  
10

y quiso contenta

bajarse del árbol;

mas como medrosa

(da risa el contarlo),

inquieta temía  
15

el dar tan gran salto;

entonces mostreme,

brindele mis brazos,

y bajó entre ellos

mi dueño adorado.  
20  
[4]

Letrilla IV  
El vaticinio

Desvalido y pobre

el tiempo vendrá

de ser en la aldea

rico mayoral;

un pingüe rebaño  
5

llegaré a juntar,

con mis dos corderas

y mi recental:

Luego entre los chopos



que baña el raudal  
10

una rica choza

haré levantar;

entonces Fileno,

viendo mi caudal,

negarme a su hija  
15

¡ay Dios!, no podrá;

llegando a su colmo

mi felicidad,

cuando por esposa

la adore en mi hogar.

20

[5]

Letrilla V

La astucia

En el valle opuesto

por do sale el sol,

tiene al pie de un sauce

su choza mi amor.

La fábrica humilde

5

con grande primor

de retama y caña

levantela yo;

mas para premiarse

mi tierna pasión,  
10

una ventanilla

oculta dejó.

Allí por las noches

su fuego y mi ardor

con dulces suspiros  
15

contamos los dos:

mas yo lograría

más tierno favor,

si mi bien pudiera

abrir su prisión.

20

[6]

Letrilla VI  
¡Qué travesura!

Riyéndose aleve

Dafne prometió

abrirme su choza

anoche a las dos.

Saltando de gozo  
5

mas no sin pavor,

ansioso aguardaba

gustar tal favor.

Al fin mi amadilla

con turbada voz  
10

me dice que llegue

llena de pudor:

al umbral entonces

acudo veloz,

tropiezo y me caigo  
15

con ronco fragor:

el padre despierta,

clama por su honor,

me fugo medroso...

¡Qué susto me dio!  
20  
[7]

Letrilla VII  
Los juegos

En la noche clara

del señor san Juan,

las rojas candelas

me puse a saltar.

En vano las llamas  
5

del fuego voraz

me envuelven, pues nunca

causáronme mal.

Así atrevidillo

quise despreciar  
10

la hoguera del joven

de flecha y carcax.

Mas pronto en castigo

de mi vanidad

tornome mi pecho  
15

el dios en volcán,

haciendo que Dafne,

niña celestial,



se hiciera la dueña

de mi voluntad.

20

[8]

Letrilla VIII

El requiebro

La rosa que al alba

ofreciendo está

sus gratas esencias,

su tez virginal;

la fruta sabrosa

5

que empieza a pintar

con vivos matices

el fresco peral;

la concha que engendra

en el verde mar,  
10

envuelta entre nácar

la perla oriental;

la gloria del prado

de olor sin igual,

perfume del aire  
15

la flor de azahar,

a ti feudo humilde

deben tributar,

pues todo lo vences

en gracia y beldad.

20

[9]

Letrilla IX

La fantasma pastoril

Por burla me cubro

la frente con hojas,

y la rubia cara

me pinto con moras:

el talle me afeo  
5

con una corcova,

y me lanzo al prado

en pos de mi novia:

me acerco callando,

y miro reposa,  
10

soñando en el día

feliz de la boda:

la llamo, y al verme

afligida llora,

y yo más me río

15

de mi traza loca:

la máscara tiro,

mi bien se alborozó,

se enlaza a mis brazos

y acaba la historia.

20

[10]

En el claro estanque

del fresco vergel,

a mi adoradilla

bañándose hallé.

Entre enredaderas  
5

y tras de un ciprés,

contemplarla quise

a todo placer.

Sus formas de nieve,

del agua al través,  
10

en tibios celajes

dejábanse ver.

Por su alba garganta

y rosada tez

mil hilos de perlas  
15

se vían descender...

Pero su belleza

más no pintaré,

no sepa un profano

lo que callo y sé.

20

[11]

Letrilla XI

La corderilla

La blanca cordera

que mi pastorcilla

me dio por regalo

al cumplir su día,

miradla cual viene

5

sonando la esquila,



triscando en la yerba

con loca alegría;

su vellón parece

seda la más fina,  
10

do prenden en moños

coloradas cintas:

las otras ovejas

se comen de envidia

al verla tan blanca,  
15

sin mancha y tan linda:

sin duda es la Reina

del hato en que trisca,

así cual su ama

dueña es de mi vida.

20

[12]

Letrilla XII

El pañuelo

¡Oh don de mi amada,

regalo sin precio,

prenda de mi vida,

oh fino pañuelo!

En tu hermosa orla  
5

imprimo mil besos,

y adoro la mano

que bordó tu asiento.

Enjugas piadoso

el llanto que vierto,  
10

y oyes de mis labios

mi amor indiscreto.

Cuando con sus ojos

mis ojos encuentro

cubres con tu holanda  
15

mi rostro bermejo...

Si acaso entre rosas

¡oh cándido lienzo!,

a mi amante vuelves,

dila mi secreto.  
20  
[13]

Letrilla XIII  
El ramillete

¡Oh blanca azucena

honor de vergeles,

del amor más puro

emblema inocente!

¡Oh rosa encarnada  
5

gloria de Citeres,

que con tus colores

ser firme prometes!

¡Oh lirio morado,

cifra de donceles,  
10

que en pasión rendida

tímidos fallecen!

¡Oh azules jacintos!

¡Oh verdes laureles

que esperanza o celos  
15

pedís elocuentes!

Formad un variado

lindo ramillete,

con cuyos matices

mis cuitas exprese.

20

[14]

Letrilla XIV

El columpio

Entre un alto roble

y un verde nogal

un columpio hermoso

solemos colgar;

aquí las pastoras

5

de todo el lugar

vienen a mecerse

en grato solaz.

A la que más quiera

la impelo fugaz  
10

y va hendiendo el aire

como una deidad;

y en graciosa risa

quiere sujetar

la fina arandela  
15

del rico sayal:



se rompe el columpio,

ella una voz da,

y al salto, en mis brazos

logrela estrechar.

20

[15]

Letrilla XV

La ilusión del retrato

Como un inocente

estaba mirando

la corriente tersa

del arroyo manso;

y sin que la viese,  
5

mi Pastora en tanto

me echaba en los hombros

lirios deshojados.

Al punto diviso

su hermoso retrato  
10

pintarse en las aguas

con fúlgidos rayos;

perdido y sin seso

quiero despechado

la celeste imagen  
15

besar con mis labios;

sin tino en el agua

me deslizo y caigo,

y mi aleve aplaude

tan súbito baño.  
20  
[16]

Letrilla XVI  
Las paces

Si de hacer las paces

que es tiempo ya juzgo,

al soto desciendo

y a un árbol me subo.

    Mi Dafne me sigue  
5

con celo y disgusto,

relato me haciendo

de azares y sustos;

    mas yo de sus cuentos

rapaz no me curo,  
10

y alcanzo más frutas

y más nidos busco.

Allá en lo mas alto

finjo que me turbo,

y troncho las ramas  
15

con gran disimulo:

se asusta, y me ruega

que baje en el punto,

y al obedecerla

las paces concluyo.

20  
[17]

Letrilla XVII  
El juego

Vendados los ojos

de un blanco cendal,

con las pastorcillas

me salgo a jugar;

de la mano asidas,  
5

al ver el disfraz,

en torno del ciego

pónense a danzar:

y alegres en rueda

se vienen y van,  
10

sin que a las alevés

yo pueda atrapar;

ya alcanzo, mas huye,

un fino sayal,

ya prendo un pellico,  
15

mas vuelve a escapar:

y al fin de la burla,

por feliz azar,

logré a mi adorada

absorto abrazar.

20

[18]

Letrilla XVIII

El baile

Ayer en el baile

me encontré a Damón,

alegre triscando

con Dafne mi amor.



Picome de celos  
5

tan cruel sinrazón,

y este mal al punto

mi bien conoció.

Y por más herirme,

con ardid traidor  
10

prendada se hacía

del tierno amador.

Mas luego en despique,

sin pensarlo yo,

la rueda deshizo  
15

y al galán dejó.

Se vino a mí ufana,

bailamos los dos,

quedando yo alegre

y triste el pastor.  
20  
[19]

Letrilla XIX  
La infidelidad

En pos de mi amada

salí al manantial,

y hallé otra pastora

¡ay Dios!, por mi mal.

Gracia tan cumplida  
5

no la vi jamás,

ni tanta apostura,

ni tanta beldad.

Sus mejillas rosas,

el seno azahar,  
10

los ojos dos soles,

la boca coral.

Infiel con mis labios

quísela besar,

rindiéndose ella  
15

cual cera a mi afán...

Mas tú, fuente clara,

testigo fatal,

por Dios no reveles

mi infidelidad.  
20  
[20]

Letrilla XX  
La lección

Por ver en la aldea

mi ingenio lucir,

quiso mi bien darme

lección de escribir:

en la ancha corteza  
5

de una haya gentil,

las letras y rasgos

me hacía distinguir;

después tales cifras

mi amante buril  
10

remedaba atento

con gracia feliz;

y en pocos ensayos

llegué a conseguir

grabar este mote  
15

en álamos mil:

«Discreción e ingenio

te lo debo a ti,

pero a tierno amante

yo solo aprendí.»  
20  
[21]

Letrilla XXI  
El encarecimiento

Los silbos agudos

del furioso viento,

que indómito arranca

los robles y cedros;

el río caudaloso

5

que hinchado en hibierno

las vegas arrasa

y anega los huertos;

la horrible tormenta

que en el crudo enero  
10

destruye el sembrado

con granizo y hielo;

y el feroz rugido

de espantoso trueno



que ahuyenta al rebaño  
15

del fiel ganadero,

no me dan, bien mío,

más pena por cierto,

como si me miran

tus ojos con celo.

20

[22]

Letrilla XXII  
La fiesta en el río

Ir suele en la siesta

mi dueño querido

a perder las horas

jugando en el río.

En tan claro espejo  
5

su rostro divino

se adorna la esquiva

con rico atavío;

y a veces ufana

prende de sus rizos  
10

las flores que coge

del margen florido:

mas yo por ajarle

tocado tan lindo,

dos guijas le arrojó  
15

desde el verde aliso;

en el agua caen

con grato sonido,

salpicando a Dafne

de humor cristalino.  
20  
[23]

Letrilla XXIII  
La turbación

Id, mansas ovejas,

a templar la sed

al abrevadero

del fresco vergel:

las yerbas del margen  
5

golosas paced,

mientras que a la cita

parece mi bien;

y a Dafne ultrajada

¡ay Dios! ¿Qué diré  
10

si sabe que he sido

a su amor infiel?

Sin duda más vale

negar con doblez,

quejándome luego  
15

de tanto desdén.

Mas ¡ah!, que ya llega,

cesó mi altivez,

y ni aun disculparme

conturbado sé.

20

[24]

Letrilla XXIV

El arroyo

Arroyuelo manso,

raudal cristalino,

¡oh cuánto me agrada

tu inquieto bullicio!

Tú riegas las flores

5

del borde florido,

que en cambio te ofrecen

perfume el más rico;

el prado paseas

con sutiles giros,  
10

derramando en torno

tu influjo benigno...

Mas yo de tus dichas

sólo triste envidio

el ver sin cadenas  
15

tu libre albedrío,

y el que entre mil juegos,

el dulce bien mío,

imprime en tus aguas

sus labios divinos.  
20

[25]

Los amores de la aldea  
Letrillas pastoriles

[27]

Letrilla I  
Introducción

Lindas pastorcillas



del fresco Genil,

que del niño alado

la llama sentís;

las que entre las flores  
5

de tanto jardín

triscáis entre el césped

en danza gentil,

mis dulces letrillas

campestres oid,  
10

cuando entre las ramas

trina el colorín,

oiréis los suspiros

que en su frenesí

exhala en sus ayes  
15

amante infeliz,

y luego en el bosque

al son pastoril

tan tiernas canciones

podéis repetir.  
20

[28]

Letrilla II  
La niñez

Cual céfiro blando

que al rayar la Aurora

huye y desaparece

entre verdes hojas;

o corriente arroyo  
5

de aguas bulliciosas,

que pasa triscando

a vegas remotas,

sin quedar presente

la más leve sombra

10

del agua que corre,

del viento que sopla;

así de mi huyose

mi infancia dichosa,

y sólo su imagen

15

queda en mi memoria.

Pero amor en cambio

en mi pecho posa,

quemándome alevé

con su ardiente antorcha.

20

[29]

Letrilla III  
El natalicio

Por tierna memoria

de mi nacimiento

plantó junto al agua

mi buen padre un fresno.

A par de mis años,  
5

lozano en extremo,

al árbol frondoso

se ha visto ir creciendo.

En su copa encuentran

en plácido fresco  
10

quietud ya las aves,

sombra el pasajero:

¡Sin duda te bastas,

árbol, a ti mismo,

en mayo florido,  
15

si helado en enero!

Mas yo que rapaza

quince abriles cuento,

sin un fiel amante

feliz no me encuentro.  
20  
[30]

Letrilla IV  
La confusión

Cuando se me acerca

mi hermoso zagal,

de rubor me abraso,

no sé qué me da.

El corazón quiere  
5

turbado saltar,

y lánguida siento

el más vivo afán.

Sin duda pudiera

con su amor curar  
10

mi Tirsis amado



esta enfermedad;

¡mas no quiera el cielo

que sepa el lugar

que busco tan niña  
15

remedio a mi mal!

Y así a media noche

veré a mi galán,

y entonces, entonces

mi ardor curará.  
20  
[31]

Letrilla V  
La ingenuidad

Más que a su cordera

tierno recental,

que al verla de gozo

comienza a balar;

más que a su consorte  
5

palomo galán,

que sabe en arrullos

su ardor explicar;

más que flor al agua,

que acero al imán,  
10

más que todo ¡oh cielo!,

quiero a mi zagal:

que al mirar sus ojos

cual soles brillar,

y el rostro más fresco  
15

que fruta en agraz,

de un dulce delirio

me siento llevar,

y caigo en sus brazos

en plácido afán.

20

[32]

Letrilla VI

Como principia amor

Guardando alegre

mis ovejillas

me salí al prado

siendo muy niña.

Al pie de un sauce

5

vi que dormía

el niño Tirsis,

del sol envidia.

Llamele al punto,

y sus pupilas  
10

claras lucieron

cual raya el día.

Bañando el rostro

de amable risa

tendiome amante  
15

su palma fina:

sin saber cómo

le di la mía,

y desde entonces

soy su cautiva.  
20  
[33]

Letrilla VII  
El consejo

Te ruego afligida,

pastor, no te ausentes,

llevando el rebaño

a extraños vergeles.

Casado conmigo  
5

muy rico ser puedes,

uniendo a mi hato

el hato que tienes.

Ni quiero que a otra

por más bella aprecies,  
10

que las más hermosas

no son las más fieles.

Y si no me engaña

esta clara fuente,

bien merezco, ingrato,  
15

amor, no desdenes;

que tengo la cara

blanca cual la leche,

como un junco el talle,

con ojos celestes.

20

[34]



Letrilla VIII  
La transformación

Doloridas voces

suenan en el río,

cual del que se ahoga

con crudos martirios.

¡Ay Dios, que no sea  
5

el amado mío

que pasa a estas horas

a bailar conmigo!

Que si tal desgracia

me diera el destino,  
10

lánguida muriera

cual cárdeno lirio.

Mas, plegue en tal caso

al cielo benigno

transformar al punto  
15

el triste ser mío

en lúgubres cañas,

que con tristes silbos

mi desdicha cuenten

al fiel peregrino.

20

[35]

Letrilla IX

La burla amorosa

Sin cesar repite

mi amante zagal:

«¿Cuándo, vida mía,

te podré abrazar?»

Pero yo picada

5

del necio refrán,

con donosa burla

le quise engañar.

Lo cité en el bosque

al sitio feraz,  
10

do entre verdes juncos

surte el manantial.

Allí formé un blando

lecho de arrayán,

sembrado de espinas

15

de agreste zarzal.

El pastor alegre

se vino a acostar

se espinó, riendo

yo en tanto su mal.

20

[36]

Letrilla X

El clavel

Disciplinado

tengo un clavel,

que de mi huerto

fresco corté.

Los pastorcillos  
5

andan tras él,

ansiando todos

tan dulce bien:

y yo indecisa

no sé a quien dé  
10

la prueba cierta

de mi querer.

Gentil es Tirsi,

Damón es fiel,

y así no atino  
15

cuál escoger:

que al fin quisiera,

como mujer,

tener dos novios

cuando no tres.  
20  
[37]

Letrilla XI  
La tierna confianza

Dicen que mi novio,

si está de mí ausente,

pudiera olvidarme

si no aborrecerme.

Mas yo no me cuido  
5

de tales sandeces,

mientras yo lo mire

y que él me requiebre.

Enamoradilla



le haré tiernas preces,  
10

prorrumpiendo en llanto,

ardid de mujeres;

o para irritarle,

si está indiferente,

le haré mil melindres  
15

y arteros desdenes;

y si esto ¡ay!, no basta,

dejaré me bese,

que a esta prueba nadie

resistirse puede.

20

[38]

Letrilla XII

El ardid

Si queréis, zagalas,

que en la amante lid

rindan los pastores

la altiva cerviz,

a sus voluntades

5

lazos mil urdid,

do incautos se enreden

cual ave infeliz.

Si os siguen rendidos,

esquivas huid;  
10

si os huyen, seguidlos

con halagos mil.

Las tiernas querellas

del amor fingid,

pues no hay quien resista  
15

a un ay femenil;

que los cazadores,

a no usar de ardid,

no prendieran nunca

al cruel jabalí.

20

[39]

Letrilla XIII  
La envidia de amor

¡Oh cómo te envidio,

colorada rosa,

verte premiar libre

al que fiel te adora!

En tu virgen cáliz  
5

sin crudas zozobras

recibes los besos

de la mariposa;

tus pétalos rizas,

y abrazas absorta  
10

al bien que te halaga

en lazada airosa.

Venturas tan gratas

placentera gozas,

sin temor que turbe  
15

tus gustos y glorias,

mientras que a mi Tirsis

el deber me estorba

que ni un leve abrazo

le dé por corona.  
20  
[40]

Letrilla XIV  
El convite

Ven, ven, pastor mio,

bajo esta mosqueta

que cubre la gruta

con la madre selva.

Sentado a la sombra  
5

en la ardiente siesta,

regalarte quiero

con blandas finezas.

Te daré en mi taza

de marfil yo mesma,  
10

la más dulce leche

que dan mis ovejas;

después de mi huerto

la fruta más fresca,

y pura miel virgen  
15

que da mi colmena.

Tanto y más te ofrezco,

y porque lo creas,



de mi boca un beso

he de darte en prenda.

20

[41]

Letrilla XV

La red

Oculto en el prado,

tendida la red,

muestro a las palomas

artera el cimbel.

Al reclamo acuden

5

ardiéndose en sed,

e incautas se arrojan

al lazo cruel:

en prisiones quedan

sin lograr romper

10

el hilo, aunque batan

las alas y pies.

De este ardid sin duda

valerme podré

para mil amantes

15

cual aves prender.

Será mi hermosura

el prado o vergel,

un favor señuelo,

el lazo un desdén.

20

[42]

Letrilla XVI  
Propensión de la mujer

Si mi amante Tirsis

en pos de mí viene

pidiéndome amores

con ojos clementes,

tal vez lo recibo  
5

con crudos desdenes,

y en verle turbado

me gozo yo alegre;

mas ahora que tibio

observo al aleve,  
10

cuidándose poco

de mis esquiveces,

en activa llama

mi pecho se enciende,

cual sed que se irrita  
15

no hallando la fuente.

Sin duda es preciso,

para yo quererte,

que huyas mis finezas

¡oh Tirsi inocente!  
20  
[43]

Letrilla XVII  
El billete y el ramo

En tersa vitela

un rico señor

me escribió un artero

billete de amor.

Un ramo de flores  
5

Tirsis me envió,

que es lengua de amantes

que hablamos los dos.

Aquel me brindaba

con su vil pasión,  
10

y éste me ofrecía

su tímido ardor:

en tal aventura,

¿qué resolución?

¿Qué respuesta a entrambos  
15

deberé dar yo?...

A aquél un desprecio

por cada renglón,

y al tímido joven

cien besos por flor.  
20  
[44]

Letrilla XVIII  
La partida

Ayer ¡cruda pena!,

mi Tirsis se fue,

llevando a otros prados

su hato a pacer.

Al último abrazo  
5

mi rico joyel

con su lisión verde



al cuello le eché:

señal de esperanza

aquel color es,  
10

de que a mi cariño

será el pastor fiel.

En cambio el ausente

besome cortés,

y el rostro, turbada,  
15

bañé en rosicler.

Si será o no firme

¡ay Dios!, no lo sé,

mas yo le prometo

jamás serle infiel.

20

[45]

Letrilla XIX  
El despecho

Do quier que estampe

turbada el pie,

allí perjuro

te pienso ver.

Si el prado umbrío

cruzo tal vez  
5

tras mí tu sombra

miro correr.

Si duermo, creo

que amor y fe

juras a Doris  
10

bajo el ciprés.

El dios alado

con su pincel

aquí tu imagen

retrató fiel.  
15

¡Ay si pudiera

(rabiosa sed)

herir mi pecho

y a ti allí en él!  
20  
[46]

Letrilla XX  
La esquivéz ingeniosa

Cual ninfa acostada

en la verde orilla,

al ruido del agua

me finjo dormida.

5  
Mi tímido amante,

turbado a mi vista,

se acerca en silencio

temiendo mis iras.

Besarme amoroso

10  
la pasión le brinda,

mas luego el respeto

su ardor intimida:

al fin se resuelve,

besa mis mejillas,

y yo disimulo  
15

su dulce osadía;

que así no desmiento

mi altivez esquiva,

y logro un halago

sin ofensa mía.  
20  
[47]

Letrilla XXI  
El tesoro

Solícita guardo

el don más precioso,

que sólo mi amante

gozará, y no otro.

En mi tierno pecho  
5

furtiva le escondo,

y late y conmueve

de nieve dos globos.

Velo sin mirarle,

y en plácido gozo  
10

se alegra si ríe

y gime a su lloro:

si amante me sigue

salta alegre y loco,

si me huye fallece  
15

con tristes sollozos.

Mi corazón, Tirsis,

es este tesoro,



do está en sello eterno

grabado tu rostro.

20

[48]

Letrilla XXII

La boda

¿Por qué mi fiel pecho

nada en dulces glorias,

cual fuente perenne

do el agua rebosa?

¿Por qué se me pinta

5

más rica la choza,

el prado más verde,

más bella la aurora?

¿Por qué lo ve todo

mi mente dichosa  
10

ilusa, bordado

de flores y rosas?

¿Por qué canto alegre?

¿Por qué danzo loca,

y ciño en mis sienes  
15

floridas coronas?

Porque para el mayo,

que festivo asoma,

está prometida

mi mano y mi boda.

20

[49]

Letrilla XXIII

El amanecer

Los rojos celajes

y nubes celestes

ya anuncian que el alba

raya en el oriente:

con cárdenos visos  
5

las luces se tienden,

y al prado y las flores

sus matices vuelven:

la copa del sauce

el céfiro mueve,  
10

y al lindo jilguero

en los ramos mece:

la niebla se alza,

el sol aparece,

y en grata cadencia  
15

murmura la fuente.

Aquí en la mañana

los amantes vienen

en oculta cita

a gozar mil bienes.  
20  
[50]

Letrilla XXIV  
La música

En la media noche

con la luna clara

se viene mi amante

bajo mi ventana.

Me da un blando silbo  
5

para que yo salga,

y en diestro preludio

templa la guitarra.

De tiempo de moros

un romance canta,  
10

luego la letrilla

a mí dedicada.

Cada vez que entona

su voz soberana,

de placer los ojos  
15

cierro embelesada;

pues no hay mayor gusto

que oírse cantada

por la linda boca

de aquel que se ama.

20

[51]

Letrillas moriscas

[53]

Letrilla I

La cita

¡Oh Zaida, más bella

que en fresco vergel

la risa del cielo

al amanecer!

Más pura tu boca

5



que la pura miel,

o el purpúreo cáliz

de rosa de Fez;

más blanco tu aljófár

en su rico andén  
10

que el menudo fruto

del pino doncel;

más dulce tu habla

que en florido mes

la más dulce alloza  
15

que apaga la sed:

para hablar de amores

a tu amante ven,

bajo el fausto abrigo

del verde laurel.

20

[54]

Letrilla II

Los soles

Cuando el sol de Arabia

con disco de fuego

desde el Zenit vibra

sus rayos e incendios,

y quema y consume  
5

los pimpollos tiernos

de los terebintos

y almeces del huerto,

no hieren tan vivos

como tú mi pecho  
10

cuando tus dos soles

me miran ardiendo.

Mis ojos turbados

te piden consuelo,

y en llama invisible  
15

entonces me quemó;

y una sed ardiente

y tan dulce siento,

que ni sé explicarla

ni apagarla puedo.

20

[55]

Letrilla III  
La reconvención

No muestres tu cáliz

altiva en el prado

con púrpura y oro,

oh rosa de mayo;

ni estés, bello almendro,  
5

pomposo ni ufano

con las blancas flores

de tu verdes ramos;

ni pienses tú solo,

oloroso nardo,  
10

haber el perfume

más suave y grato;

pues si a la Hourí mía

demente os comparo,

cuando amor me jura  
15

con tímido labio,

vuestro albor y aroma,

y tinte encarnado,

se trueca a mis ojos

en vapor liviano.

20

[56]

Letrilla IV

El desierto

La turba sedienta

que afligida vaga

por el mar de arena

de la ardiente Arabia,

y cuando en su abismo

5

triste muerte aguarda,

de pronto el Oasis

más frondoso halla,

gozando en la sombra

de las verdes palmas

10

el sueño que atrae

el rumor del agua,

no prueba en su alivio

más dulce esperanza,

cual da al pecho mío

15

mi hermosa adorada,



si piadosa alienta

mis tímidas ansias,

llevándome al cielo

con una mirada.

20

[57]

Letrilla V

Las dudas

Una mano airada

de inflamado hierro,

que ardiendo invadiese

mi sensible pecho,

y en bárbaro encono  
5

me fuese oprimiendo

el corazón triste

con doliente estrecho,

mitigando a veces

tan crudo tormento  
10

para más airada

renovarle luego,

no diera a mi alma

dolor tan intenso,

ni ahogo más triste,  
15

ni tan crudo anhelo,

como el que, bien mío,

con tu amor padezco,

vagando entre dudas,

angustias y celos.

20

[58]

Letrilla VI  
La tempestad

El nublado cerco

que ciñe a la luna,

empañando el brillo

de su lumbre pura;

el aire inflamado  
5

que las aves turban,

buscando azoradas

la enramada oculta;

las cárdenas llamas

que en el cielo sulcan,  
10

y el eco del trueno

que airado retumba;

los silbos del Noto,

las sombras que cruzan,

todo, Zaida mía,  
15

tempestad anuncia.

Ven, y mientras pasa

estarás segura,

tornando a tus ojos

en cielo mi gruta.

20

[59]

Letrilla VII

El bereber

Alzad ya las tiendas,

mis tristes esclavos,

llevando a otros valles

mi pobre rebaño:

dejad del Atlante

5

los sabrosos pastos

y aduar perseguido,

al desierto huyamos.

¿Qué de mí infelice

aquí solitario,  
10

si la infiel que adoro

mi amor ha burlado?

Encuentran mis flores

abrojos por pago,

desdén mis finezas,  
15

desprecio mi llanto.

Así alzad las tiendas,

mis tristes esclavos,

y aduar perseguido,

al desierto huyamos.

20

[60]

Letrilla VIII

Los cánticos

Primer amor mío,

adorada virgen,

astro y luz divina

que mi amor dirige;



cáliz misterioso  
5

que encierra el elixir,

balsámico alivio

de mi pecho triste;

urna de perfumes,

tesoro sublime  
10

del albor sin mancha

de armiños y cisnes;

angélica imagen

que entre rojos iris

ve en sueños brindarse  
15

mi mente felice,

antes que la luna

sus luces eclipse

oirás a tus verjas

mis cantos humildes.  
20  
[61]

Letrilla IX  
El azahar

Cuando atento miro

tu angélica faz,

gozando la lumbre

de tanta beldad,

en tu boca admiro  
5

la concha del mar

bordado su cerco

de rojo coral:

te hablo, y mi mente

se siente embriagar  
10

oyendo suave

tu voz celestial;

pero si al llegarme

con tímido afán

tu aliento de rosas  
15

aspiro inmortal,

en tan puro cáliz

disfruto a la par,

con albor y aroma,

la flor de azahar.  
20

[62]

Letrilla X  
El sacrificio al amor

En el mediodía

se asoma mi amor

por el alto otero

donde paso yo.

De faz tan hermosa  
5

envidioso el sol,

certero la hería

con dardo traidor.

No, no, virgen mía,

mi loca afición  
10

te harán ni un instante

sufrir más dolor.

Huye a la enramada,

te ruego, veloz,

y sufra esta pena  
15

mi tierna pasión;

pues cada cruel rayo

que te vibra el dios,

espina es que hiere

mi fiel corazón.

20

[63]

Letrilla XI

La fiesta

Cercano al torrente

que del monte baja,

un bosque se encuentra

de almeces y acacias.

El plátano airoso

5

ufano se alza,

besando al mecerse

las pomposas palmas.

La yedra tejiendo

la flexible rama  
10

con su sombra cubre

la agradable estancia.

La rosa y celinda

el aire embalsaman,



y de rojo y blanco  
15

la pradera esmaltan.

Aquí en ti pensando,

oh prenda adorada,

la siesta de estío

fugaz se me pasa.  
20  
[64]

Letrilla XII  
El pastor

Cuando por la tarde

inquieto te busco,

bajo los granados

cercados de juncos,

y te hallo guardando  
5

el rebaño tuyo,

y el tigre rugiendo

al lejos escucho;

y ¡oh flor del desierto!

¿Tú quieres, pregunto,  
10

que mi pecho y brazo

te sirvan de escudo?

Y logrando asenso

me siento a ti junto,

y mi afán ardiente  
15

y mi amor te juro,

el placer me agita

con tan dulce impulso

cual aura del alba

al florido arbusto.  
20  
[65]

Letrilla XIII  
Los cabellos

Cabellos preciosos,

celestial regalo

que en nardo mi amada

me diera empapados;

selladme los ojos,  
5

tocad en mis labios

y el cuello ceñidme

con amante lazo;

cadena de flores

seréis, en presagio  
10

de ser de mi diosa

el más fiel esclavo.

Os pongo en mi rostro

y juzgo embriagado

que aún sois de sus trenzas  
15

los rizos ufanos.

Feliz el que amante

se duerma en sus brazos

de tan luengas hebras

al plácido halago.

20

[66]

Letrilla XIV

La aflicción

Si tú me encontraras,

oh Zaida inclemente,

llorando en el valle

tus crudos desdenes;

si oyeras mi labio

5

suspirar vehemente,

o en silencio amargo

devorarme a veces;

si incierto me hallaras

vagando demente,  
10

el seno hecho pira,

los ojos dos fuentes,

acaso trocaras,

condolida al verme,

en cera tu pecho,  
15

en fuego tu nieve:

con miel redimieras

las pasadas hieles,

y cada tormento

con dulces deleites.

20

[67]

Letrilla XV

El cálamo

Fresca y verde juncia,

heno delicioso,

cogido en la aurora,



en el verde soto;

anémone hermosa,  
5

perfumado aroma,

que el aura embalsamas

de olores preciosos;

enramada umbría

dosel misterioso  
10

de jazmín tejido

entre verdes olmos;

albergue y morada

a mis tiernos votos,

con lecho el más blando,  
15

prestadme officiosos;

que el tálamo apresto

de placer absorto,

do espero a la amada

cual ardiente esposo.

20  
[68]

Los celos

El mortal Siroco

que ardiente desierto

lanza emponzoñado

de su estéril suelo,

llevando en sus alas  
5

con silbido horrendo

el fuego del rayo,

de sierpe el veneno,

y allí donde toca

carbón hace luego,  
10

y muere abrasado

quien bebe su aliento,

no causa más crudo

estrago ni incendio,

cual da al alma mía  
15

el mal de los celos.

Huracán furioso

sacude mi pecho,

y en puñal y en sangre

placer sólo encuentro.

20

[69]

Letrilla XVII

La gacela

¿Ves por el collado

pasar fugitiva,

turbada y doliente

la gacela herida?

Los hermosos ojos

5

de negras pupilas,

¿la ves a los cielos

alzar dolorida?

Procura, aunque en vano,

con mortal porfía  
10

librarse del dardo

que infiel le lastima.

Cansada se postra,

y su mal no alivia

ni la clara fuente,  
15

ni la sombra amiga;

hasta que luchando

con triste agonía,

cual tu tierno amante,

perderá la vida.

20

[70]

Letrilla XVIII

El placer

El mosto tan dulce

que exprimida mana

en el labio ardiente

la roja granada;

el dátil sabroso  
5

que brinda en las ramas,

su miel destilando

la frondosa palma;

el fruto cuajado

con púrpura y ámbar  
10

que ofrece en Engadi

la vid delicada,

no tan dulcemente



el gusto me halagan

cual tú, panal mío,  
15

si en la noche clara

al huerto en silencio

cuidadosa bajas,

y de amor bebemos

la copa encantada.  
20  
[71]

Letrilla XIX  
La súplica celosa

¡Oh genio inclemente

que infausto presides

con mano enemiga

mi destino triste!

Tú, que el mal acerbo  
5

que sufro concibes,

pues lava y no sangre

a mi pecho diste,

dispensa piadoso

a mi ruego humilde  
10

tus mágicas artes,

tu forma invisible;

y cuando la aleve

su amor más afirme,

y más favor logre  
15

mi rival felice,

pueda aparecerles

mi sombra terrible,

y helados al verla

con mi daga expiren.  
20

[73]

Odas anacreónticas  
Al mar

[74]

...mediique per æquora ponti

fert prædam...

OVID. Metamorphos.

[75]

Oda I  
De mi canto

No canto coronado

de rojas amapolas

las flores que da el valle

en primavera hermosa;

ni pinto en fácil verso  
5

las danzas de pastoras,

ni por la verde margen

vagar la mariposa.

Mi musa reclinada

en las marinas rocas,  
10

canta del Ponto airado

las sirtes procelosas.

Celebra embebecida

cuál el Céfito sopla,

moviendo dulcemente  
15

las cristalinas ondas;

y dice en fin de Elisa

las gracias seductoras,

si en la orilla jugando

pierde las breves horas.  
20  
[76]

Oda II  
La tarde

¡Qué fresco delicioso

corre por la marina,

y el pecho al blando influjo

con qué placer respira!

Sobre las claras aguas  
5

salta la afable brisa

que en soplos apacibles

el verde azul agita.

El mar al fausto beso

en olas mil se riza,  
10

y con leve murmullo

lame la hermosa orilla.

El Sol ya trasponiendo

por las opuestas cimas,

hiere con tibios rayos  
15

las aguas cristalinas.

La luz se desvanece

en el movable prisma,

y entre hermosos colores



bandas de fuego brillan.  
20  
[77]

Los africanos montes

con rosadas neblinas,

en la región del Moro

se roban a mi vista.

La alegre paviota  
25

allá en los aires gira,

y tras el pez dorado

veloz al mar se vibra.

Zabúllese trazando

mil ruedas cristalinas,  
30

que entre insensibles sombras

se apagan cual la vida.

El ave sale ilesa

sobre las tersas linfas

meciéndose entre espuma  
35

como pomposa isla.

El marinero canta,

remando en su barquilla,

sus sencillos amores,

sus redes y fatigas.  
40

El ave de la noche

en las rocas vecinas

se angustia y se lamenta

con voces doloridas.

Del norte las tinieblas  
45

a descender principian,

y entre pardos celajes [78]

la Luna se divisa.

En tanto errante vaga

mi mente embebecida,  
50

tras la imagen incierta

de mi esperada dicha.

¡Dicha infiel e inconstante

cual del abril los días,

engañosa cual sombra,  
55

cual viento fugitiva! [79]

Oda III  
La pesca

Con una débil caña

y un sedal amarillo,

dél pendiente un anzuelo

pescar mi Elisa quiso.

Lanza el ardid al agua  
5

y el cebo fementido,

para prender artera

los tristes pececillos.

¡Cuál era el ver los simples

de nácar revestidos,  
10

rondar el corvo anzuelo

con delicados giros!

Uno se acerca alegre

del cebo al incentivo,

mas se retira huyendo  
15

de la sombra del hilo.

Otro del manjar gusta,

mas vase fugitivo,

oyendo de las olas

el inquieto ruido.

20

[80]

Aquel sale bullendo

más goloso y festivo,

y otros peces le siguen

más dorados y lindos.

Del corvo hierro todos

25

se temen mil peligros,

y en torno van y vienen

trazando mil caminos.

Elisa en tanto observa

el ligero corchillo,  
30

y la señal aguarda

de haber algún cautivo.

El corcho se sumerge,

ella tira con brío,

y por pez ¡cruda pena!  
35

Sacó este motetillo:

«El mar ¡oh pescadora!



Hoy se burla contigo,

premio de la que engaña

a un amador sencillo».

40

[81]

Oda IV  
El naufragio

¿Oyes, oyes, Elisa,

el repetido trueno

que forma el mar airado

las rocas combatiendo?

¿Oyes con qué rugidos  
5

embravecido el viento

se encuentra y se rechaza

en giros contrapuestos?

Parece que la esfera

de los quicios eternos  
10

se derroca al impulso

de estrepitoso fuego.

Mira pasar las nubes

con espantoso vuelo,

de siniestros colores  
15

manchado el ancho cerco.

Mira cual se embravece

el turbio mar Tirreno,

queriendo enfurecido

tocar al firmamento.  
20  
[82]

Las olas levantando

los verdinegros cuellos,

se enroscan como sierpes

bramando en son horrendo.

Hierve el agua formando  
25

mil montes gigantescos,

que se embisten y rompen

en subterráneo estruendo.

Una nave luchando

allá se ve a lo lejos,  
30

que cruje a los embates

del airado elemento.

Su quilla ya cascada

y roto el mastelero,

sin dirección ni guía  
35

toca al postrer momento.

Ya a los abismos baja,

ya sube hasta los cielos,

ya zozobra, ya anhela

ganar el salvo puerto.  
40

Desesperados suben

los rancos marineros

a mástiles y entenas

para el último esfuerzo.

Pliegan las anchas velas,  
45

lanzan el corvo hierro,

pican los altos palos, [83]

timón aferran luego.

Mas ¡ah!, todo es en vano,

la nave ya sin freno  
50

sigue el ímpetu horrible

del huracán soberbio.

Las olas la arrebatan,

y en remolinos fieros

la estrellan en los riscos,  
55

con crujido tremendo.

El mar se cubre todo

de miserables restos,

y allá salen nadando

piloto y pasajeros.  
60

Pero ¡oh dolor!, escucha

los lastimados ecos

que los náufragos tristes

arrancan de su pecho:

cual, fatigado lucha  
65

por asir aquel leño;

cual, las salobres aguas

va a su pesar sorbiendo;

y el hado inexorable,

para mayor tormento,  
70



hace morir al justo

y salva a los perversos.

La Luna llora en tanto

tan mísero suceso, [84]

cubriendo el claro disco  
75

de un enlutado velo:

y yo también absorto

amargo llanto vierto,

del cielo contemplando

los crueles decretos.

80  
[85]

Oda V  
El báquico deseo

Si el mar se convirtiese,

y toda su agua pura,

en el licor formado

del zumo de la uva,

cambiando sus cristales  
5

en la rosada espuma

que el vino bullicioso

alza en las anchas cubas,

yo entonces me embarcara

en mi dorada fusta,  
10

en cuya popa Baco

pintado está y las Musas:

con yedra entrelazara

la rica arboladura,

casando frescos lotos  
15

con flámulas de púrpura:

las sienes me ciñera

con pámpanos y juncia,

y el címbalo agitara

como bacante furia:

20

[86]

de entre las rojas olas

mi ánfora profunda

llenara, y de mis labios

cayera siempre enjuta;

lanzara hacia los cielos

25

las linfas rubicundas,

con vino, así imitando

las más copiosas lluvias:

frenético rompiera

velas, timón y aguja,  
30

para en el mar quedarme

y a tierra no ir ya nunca:

si el viento, a pesar mío,

con clemencia importuna

me impeliese al paisaje  
35

de más gente y verdura,

abriera al mar mi quilla

con una aguda punta,

hundiéndome entre néctar

a las profundas grutas.  
40

Más que vivir muriendo

entre maligna chusma,

al delicioso vino

quiero por dulce tumba. [87]

Oda VI  
La danza

Desnuda por donaire

su breve airosa planta,

del mar en las orillas

la mi Elisa danzaba:

el mar enamorado  
5

al ver lindeza tanta,

quiso por reverencia

muy humilde besarla:

mas ella, que lo esquivaba

tiene a blasón y gala,  
10

con malignos desvíos

los besos desdeñaba.

Ya al plegarse las olas

gozosa se adelanta,

y se retira huyendo  
15

si se estrellan y avanzan.

Ya en torno de la orilla

triscando Elisa vaga,



y de los blandos besos

siempre veloz se escapa.  
20

¡Oh qué hermosa parece [88]

si recoge la falda

huyendo que salpiquen

las transparentes aguas!

¡Oh qué bien que parecen!  
25

¡Oh qué bien que resaltan

sobre sus pies nevados

mil venas azuladas!

Olas en tanto salen

de derretido ámbar,  
30

que casi a los pies llegan

y nunca los alcanzan;

logrando borrar sólo,

en premio a tantas ansias,

de la movable arena  
35

las huellas estampadas:

pero mi Elisa mira

una ligera barca

que al fugitivo viento

las velas desplegaba:  
40

el mar a tal descuido

cobra nueva esperanza,

y líquidos cristales

hacia Elisa derrama:

parten, y a los pies llegan,  
45

y con perlas los bañan,

quedando así la esquiua

a su pesar besada. [89]

Oda VII  
El paseo

¡Cómo sulca los mares

mi barquichuelo alegre!

¡Y cuál las verdes olas

le agitan y conmueven!

Gozosas le rodean,  
5

saltando le acometen;

ya lo elevan, lo abisman

y lascivas te mecen.

En tanto yo gozando

de tan blandos vaivenes,  
10

contemplo en nubes de oro

ceñirse el Occidente.

El sol desfallecido

de su carro desciende,

y abriéndose las aguas  
15

en ellas se sumerge.

Los remos clara espuma

alzan al mar luciente,

mientras en torno bullen

los argentados peces.

20

Se esparcen cual rocío [90]

gotas por el ambiente,

y remedan las lluvias

de los floridos meses.

Mas ¡oh cielos!, ¿qué es esto  
25

que mi cabeza siente,

y que en mis turbios ojos

como niebla se extiende?

La orilla se me anda,

la alta ciudad se mueve,  
30

y en presto giro ruedan

las bóvedas celestes.

La misma embriaguez pruebo

que aquel que vino bebe,

y las mismas angustias  
35

del que ama mucho y teme.

La tierra de su asiento

fugárseme parece,

y temo navegante

quedarme para siempre.  
40

A tierra, a tierra vuelvo,

no quiero mas bajeles,

ni flámulas pintadas,



ni jarcias ni trinquetes;

quiero sólo de rosas  
45

coronadas mis sienes,

cantar desde la orilla

letrillas inocentes. [91]

Oda VIII  
Mi propósito

Atiende pues, Elisa,

cuál fuera el gusto mío,

si otra forma pudiese

tomar a mi capricho:

yo hiciera que mis miembros,  
5

en agua convertidos,

cayesen sueltamente

en transparentes hilos;

y a mí, y al mar nos vieras

hacernos un ser mismo,  
10

mas yo guardando siempre

mi amor y fiel instinto.

Sin duda tú abrasada

del caloroso estío,

buscaras anhelante  
15

a tu ardor blando alivio;

y yo, y el mar afables

brindáramos rendidos

para tu dulce baño

un silencioso asilo;  
20  
[92]

y entre, tersos cristales,

bullicioso y festivo,

absorto yo aguardara

tu cuerpo peregrino.

¡Oh qué placer, qué gozo,  
25

qué suave delirio

que tus pies me tocasen

tan desnudos y lindos!

¡Oh qué intensa alegría,

qué puro regocijo  
30

besar, sin tú saberlo,

tus ocultos hechizos!

Mil círculos formara

con ámbitos distintos

que abrazaran tu cuello,  
35

talle y seno divino:

loco te encadenara

con lumbrosos anillos,

fáciles en plegarse

a tu esquivo albedrío.  
40

Pompas de cristal puro

formara fugitivo,

mil fósforos alzando

con vacilante brillo.

Tú así, como inocente  
45

de mis juegos malignos,

desnuda te ostentaras [93]

del trasparente lino;

y viera enamorado,

y sin sufrir desvíos,  
50

bellezas que envidiara

la misma flor de Gnido.

¡Ah Elisa! ¡Cuál las gracias

que ocultas imagino!

¡Y cuál sus lindas formas  
55

sin verlas me las pinto!

Tu imagen se me muestra

ora entre mil prestigios,

y caigo enajenado

en plácido deliquio.

60

[94]

Oda IX

El faro

¡Cuál murmuran los mares

con grata mansedumbre,

lamiendo el pie a las rocas

que hasta los cielos suben!

La Luna y las estrellas

con vacilantes luces,

5

hieren las tersas aguas



formando mil vislumbres;

y el mar hermoso ornado

de mil visos azules,

con majestad retrata  
10

la celestial techumbre.

Parece que en las aguas

mil diamantes relucen,

o que vivos luceros

aquí y allí se bullen.  
15

¡Oh qué hermosos cambiantes!

¡Oh qué trémulas lumbres!

¡Qué fósforos fulgentes

brillan prestos y huyen!

La noche con su manto

20

[95]

al orbe entero cubre,

y su mágica calma

de mar a mar difunde.

El Faro en tanto gira

su máquina voluble,

25

y en derredor sus discos

encendidos discurren.

Su resplandor dirige

al navegante buque,

que ve la estéril playa  
30

como una débil nube.

Los rayos a lo lejos

se lanzan y confunden,

y una faja, cual senda,

de fuego azul descubren.

35

Opuesta a la luz traza

la torre su alta cumbre,

y en colosal figura

su sombra en el mar hunde.

Con sus afables soplos,

40

el aura fresca y dulce,

en los tersos cristales

mil besos distribuye;

y atónitos mis labios

en cánticos prorrumpen,  
45

Dictados gravemente

por mi celeste numen. [96]

Oda X  
La serenidad

¡Cómo ostentan los mares

sus olas azuladas,

y cuál muestran ufanos

sus transparentes aguas!

En tan tersos cristales  
5

la mente embelesada

ve ilusa una llanura

de refulgente plata.

La unida superficie,

pura cual la luz clara,  
10

descubre a los mortales

las húmidas estancias.

Las menudas arenas

fielmente se retratan,

luciendo cual granates  
15

y finas esmeraldas.

De entre las verdes ovas

los pececillos saltan,

y en las diáfanos linfas

donosamente vagan.  
20  
[97]

De los rojos corales

allí se ve la planta,

y entre las rubias conchas

se ve nadar el ámbar.

La peregrina perla  
25

en su mansión de nácar,

cual belleza inocente

se oculta avergonzada.

En los hondos abismos

la vista ansiosa alcanza  
30

los restos miserables

de naves sepultadas;



restos que desparcidos

en la vecina playa,

con triste voz pregonan  
35

nafragios y desgracias. [98]

Oda XI  
El regalo

Atiende pues, bien mío,

el donoso presente,

que por amor y gala

rendido he de ofrecerte.

Es un cándido globo  
5

de cristal transparente,

que encierra en agua pura

dos pequeñuelos peces.

¡Si los vieras qué lindos

y qué airosos parecen  
10

rebatiendo traviosos

sus colas relucientes!...

Sin duda el más hermoso,

que rojas manchas tiene,

del otro nacarado  
15

es la esposa inocente.

Ella los blandos besos

recibe con desdenes,

y del amante huye

con crudas esquivaces.  
20

Éste la solicita, [99]

la sigue tiernamente,

anhelante la halaga,

y en penas desfallece.

La amada (aunque en su pecho  
25

la misma pasión siente)

le finge mil desvíos

y desprecios crueles;

hasta que al fin rendida,

la desdeñosa vuelve  
30

cariños por cariños

más intensos y ardientes.

Ya enamorados nadan,

ya juegan y enloquecen,

ya entre espuma se fijan,  
35

ya vivos se sumergen.

Se rondan embriagados,

en el placer se aduermen,

absortos se contemplan

y bésanse mil veces.  
40

La imagen representan

de dos amantes fieles,

que en su delirio gozan

los más sabrosos bienes...

Galardón tan precioso  
45

mis manos reverentes

te ofrecerán, bien mío,

si amante ya me fueres. [100]

Oda XII  
El retrato

Si quieres tus pinceles

hacerlos inmortales,

dibuja a queste cuadro,

oh pintor admirable.

Primero pon en tabla  
5

un vistoso paisaje,

y que el mar cristalino

su hermosa costa bañe.

Pintarás a las aguas

tan puras, que retraten  
10

del sol y de los cielos

las luces vacilantes.

Y luego para ornato

las voladoras naves

pondrás, como que surcan  
15

los azulados mares.

Sus mástiles ostenten,

para mayor realce,

las flotantes banderas

meciéndose en los aires.  
20



[101]

Y después a lo lejos

sonrosados celajes

finge con diestra mano,

haciendo mil cambiantes:

y si quieres tu cuadro  
25

hacer inimitable,

decóralo pintando

en él mi hermosa amante.

La pintarás desnuda,

disponiendo su imagen,  
30

cubierta de la aguas

hasta el airoso talle.

Sus dos cándidos pechos

tan blancos que arrebatan,

y en ellos pon dos rosas  
35

que quieran desplegarse.

Y pinta (si a esto alcanzas

con tu exquisito arte)

el batir de su seno

cuando suspira y late.  
40

Pondrás tanta dulzura

en su bello semblante,

que irresistiblemente

a un dios airado aplaque.

En derredor del cuello  
45

las negras trenzas vaguen,

y harás de vivo fuego [102]

sus ojos celestiales.

De un perfil breve y lindo

forma su boca amable,  
50

y sus delgados labios

tiñe en color de sangre.

Sus brazos proporciona

con sin igual donaire,

que brinden blando lazo  
55

al más tibio y cobarde.

En su albo cuerpo brillen

los húmidos cristales,

que en leves hilos caigan

cual lumbrosos diamantes.

60

Al través de las aguas

sus formas virginales

deja ver, vacilando,

entre sombras fugaces.

Y después representa

65

las marinas deidades,

que vengan reverentes

a rendirla homenaje.

En mil grupos y coros,

por último remate,  
70

ponlas como ensayando

artificiosos bailes;

y a mí, desde la orilla,

también puedes pintarme [103]

como adorando absorto  
75

al retrato que saques.

Y al dar cabo a tu obra

haz de tu cuadro alarde,

pues será, cual yo he dicho,

de precio inestimable.

80

[104]

Oda XIII

El encuentro feliz

Ayer al ocultarse

el rubio dios de Delos,

tuve en la fresca orilla

este feliz encuentro.

Era un niño inocente,  
5

del talante más bello,

con túnica a la griega

y armado a lo guerrero.

Estaba el cuitadillo

reclinado en el suelo,  
10

y un hoyo por sus manos

afanoso había hecho;

y en él las puras aguas



del mar iba vertiendo,

con una blonda concha  
15

que ostentaba contento.

Conocilo; quería

con anhelante empeño

sepultar a los mares,

¡cosa fácil por cierto!  
20  
[105]

Preguntele ¿quién eres?

«Amor, replicó luego,

que trabajo incesante

por dejar el mar seco;

pues parto a unas conquistas  
25

a los líbicos reinos,

y no quiero embarcarme,

que el agua me da miedo».

Reime al escucharle

tan donoso embeleco,  
30

y picado gritome:

«¿Te burlas? Tu proyecto

es más loco, pues quieres

olvidar a tu dueño,

y aunque esquiva, has de amarla  
35

a pesar de ti mismo». [106]

Oda XIV  
Las ilusiones del sueño

Escucha los presagios

que en sueños me dio el cielo,

una vez que dormido

pensaba en ti, mi dueño.

En mi bajel de nácar  
5

soñé te estaba viendo,

como surcando alegre

los piélagos inmensos.

Amor en el viaje

te era fiel marinero,  
10

y con dos de sus dardos

remedaba los remos.

En torno de la nave

iban el mar hendiendo,

montadas en Delfines  
15

las hijas de Nereo;

y los locos Tritones,

con humilde respeto,

saltaban a tu vista

por lograr tu contento.

20

[107]

A distancia se alzaba

brillando como fuego,

formado de cristales

un palacio el más bello.

Y no sé por qué hechizos

25

y ocultos sortilegios,

las inconstantes aguas

le eran firme cimiento;

pues él, del mar seguía

como flotante leño,

30

meciéndose suave,

el blando movimiento.

Yo en tanto su estructura,

del gusto más correcto,

y su planta elegante  
35

observaba suspenso.

Con grandeza ostentaba

el pórtico soberbio,

corínticas columnas

de jaspe y mármol griego.  
40

Los curiosos relieves

con oro sobrepuestos

brillaban vivamente

en los cóncavos techos.

Con madreperla y conchas  
45

mil grupos arabescos

las bóvedas mostraban [108]

con acabado esmero.

¡Qué mármoles se vían!

¡Qué entallados trofeos!  
50

¡Qué estatuas torneadas!



¡Qué ricos paramentos!

Con proporción airosa

el más mullido lecho

bajo un dosel dorado  
55

se alzaba allá en el centro.

Con pérsicas alfombras

noté que estaba hecho,

y de purpúreas telas

blandas cual muelle heno.  
60

Eran de seda y oro

los lucientes arcos,

de cristal las pilastras,

y azul el sobrecielo.

Mil trémulos colores  
65

la luz formaba, hiriendo

el trasparente estuco

del artesón excelso.

¡Oh qué iris tan fugaces

vagaban por el viento!  
70

¡Qué ráfagas, qué rayos!

¡Qué vivos reverberos!

El mar sonaba en torno

con murmurar sereno, [109]

con su diáfana espuma  
75

sembrando el pavimento;

y una luz empapada

en delicioso fresco,

bañaba de ambrosía

el nupcial aposento.  
80

Aquí del mar saltaste,

y con sumiso afecto

los peces te adoraban

asomando sus cuellos.

Los dioses entretanto  
85

con grato acatamiento,

tan magnífico alcázar

humildes te ofrecieron.

Y Amor, que como niño

habla siempre el primero,  
90

una arenga te hizo

con gracioso despejo.

En ella relataba

como el marino imperio

y el mando de las olas  
95

te eran dadas en feudo;

y que en colmo a tu dicha

podrías partir el cetro,

uniéndote a tu amante

con feliz himeneo.

100

En esto ¡ay!, (al decirlo [110]

se me traspasa el pecho)

Mi rival presentose

gozoso y placentero.

Conocile en sus garzos

105

ojos, y por lo suelto

de su flexible talle,

y en su galán aspecto.

Él asió de tu mano,

y con blandos requiebros  
110

al tálamo dichoso

te agujaba sediento.

Con lascivo abandono

premiábasle sus ruegos,

y tú le requerías  
115

con ademanes tiernos.

El placer en el punto

os cobijó su velo,

y en derredor giraba

vuestra ventura haciendo.  
120

Al través del celaje

os vi un breve momento

confusas ya tus trenzas

con su anillado pelo.

En mil himnos los coros  
125

entonces prorrumpieron,



y acordes resonaban

los armónicos ecos. [111]

Con un cendal celeste

quiso vendarme Venus,  
130

rogándome no viese

tu gloria y mis tormentos.

Mas yo esquivé su oferta,

y contemplé a su hijuelo

que se arrancó una pluma  
135

de las alas riendo;

y con tinte de rosas

en un cándido lienzo

vuestras dulces caricias

veraz iba escribiendo;  
140

y después por picarme,

con malicioso empeño

la suma me mostraba

que de ellas había hecho.

Conté, y por cada gota

145

que el mar tiene en su seno

cien ósculos ardientes

mi rival te había impreso;

y tú en pago le dieras

un abrazo y dos besos  
150

por cada blonda hebra

de sus rubios cabellos. [112]

Oda XV  
El amanecer

Ya el alba en el oriente

sonriendo descorre

los transparentes velos

de la lóbrega noche.

Derrama en las esferas

5

sus cándidos fulgores,

y el mar pinta del cielo

los rojos pabellones.

¡Qué majestad sublime!

¡Qué grandeza, qué orden

10

sonda la ansiosa vista

do quiera que repose!

Aquí el delfín parece

con sentidos trasportes,

como a dar la alborada  
15

a Febo cuando asome.

Allí saltan los peces,

y entre las ovas corren,

y bullen locamente

con fingidos temores.

20

[113]

En su ilusión los ojos

ven en el horizonte

juntarse mar y cielo

cual demarcando el orbe.

Entretanto Neptuno

25

sus imperios recorre,

y se avanza sentado

en su marino coche.

Es de coral y concha,

tirado de Tritones,  
30

y el blanco, azul y rojo

ostenta por colores.

Las Ninfas le preceden

sonando caracoles,

y en derredor solaza  
35

una turba de Dioses.

Al agua pura suben

los simples moradores

a ofrecer reverentes

a la deidad sus dones.  
40

Se sacuden y escarchan

los húmidos licores,

cual copiosos diamantes

en brillantez conformes.

Entre los juncos nada  
45

de los tristes Alciones

el nido, dulce fruto [114]



de sus castos amores.

La tempestad al verlo

huye al oscuro Norte,  
50

y el marinero experto

navega alegre entonces.

Allá en las altas mares

se ven embarcaciones

que el estrecho de Alcides  
55

entre nubes trasponen.

Ya apunta el Sol, ¡qué visos!

¡Qué hermosos resplandores

los piélagos arrojan

y los cercanos montes!  
60

El dios viene en su carro

de caballos veloces,

y su disco de oro

fijo en el cielo pone.

¡Oh qué ilusiones nuevas,  
65

qué brillos, qué esplendores

miran ora los peces,

y contemplan los hombres! [115]

Oda XVI  
La galera mora

A cautivar hermosas

y buscando venganzas,

una galera mora

rondando está la playa.

El bizarro Albenzaide  
5

cual adalid la manda,

árabe descendiente

de reyes de la Alhambra,

audaz en la ribera

con pie esforzado salta,  
10

y en pos de él veloces

mil bravos desembarcan.

Llevan verdes turbantes,

con marlotas moradas,

y azules alquiceles  
15

por más vistosa gala.

Cada cual en sus manos

muestra pica y adarga,

y del tahalí suspenden

tajantes cimitarras.

20

[116]

Oculto por las sombras

la infiel legión avanza,

y el brillo de la Luna

la senda le señala.

El cautiverio y muerte  
25

siembra en su airada marcha

y todo en el camino

lo destruye y arrasa.

La acometida en tanto

con lumbres y humaradas  
30

publican por la costa

las torres y atalayas.

A lo lejos se escucha

la ronca voz de alarma,

y el peón y el jinete  
35

al choque se preparan.

Tras el pendón de Cristo

las huestes esforzadas,

tan graves como hermosas,

airosamente marchan.  
40

Los guerreros cubiertos

se ven de dura malla,

guarnidos fuertemente

del casco y la coraza.

El vencedor Ramiro  
45

preside las escuadras,

y la roja Cruz lleva [117]

en su pecho estampada.

Vibra en su noble mano

la fulminante lanza,  
50

y el flexible penacho

se mece en la celada.

En las primeras filas



brioso se adelanta,

y al moro más osado  
55

de un recio golpe mata.

Los añafiles suenan,

truenan las roncadas cajas,

y las furiosas huestes

con denuedo se cargan.  
60

La media luna cede,

y en sus ligeras lanchas

los feroces alarbes

a nado se reembarcan.

La roja sangre corre,  
65

el duro suelo mancha,

y en tinto color tiñe

las transparentes aguas.

Ramiro tras los moros

sus bajeles asalta,  
70

y allí con Albenzaide

renueva la batalla.

Mas pronto sin amparo,

roto el arnés, sin armas, [118]

y acosado de muchos  
75

rindió la fuerte espada.

Lo cargan de cadenas,

cruelmente lo atan,

y a Túnez da la vuelta

la mora galeaza;  
80

y mientras, en la orilla

con triste disonancia,

lloran una victoria

a tal precio comprada. [119]

Oda XVII  
Las bodas de Neptuno

Al celebrar sus bodas

Neptuno y Anfitrite,

el niño de las flechas

estuvo en los festines.

Eran dioses y ninfas  
5

todos los del convite,

y el vino lo escanciaban

los hermosos Delfines.

Las Sirenas se oían

en coros apacibles,  
10

y en derredor triscaban

los Nereidas felices.

Se entonaron mil himnos,

dulces motes y brindis,

y amor solo en la bulla  
15

lloroso estaba y triste.

Sin duda se acordaba

de su adorada Psiquis,

y sus ojos vertían

líquidos ametistes.  
20

Un Tritón entre tantos [120]

más atrevido y libre

lo burló, pero pronto

tuvo que arrepentirse.

Toma una ebúrnea copa,  
25

y en el licor exprime

de las letales yerbas

que al labio bien no dicen.

Al Amor luego alegre

que beba pide humilde;  
30

el dios bebe, y al punto

el amargor percibe:

frunce de rabia el gesto,

da mil gritos horribles,

y de su boca el néctar  
35

espumando despide.

Vacía en el mar la copa,

y airado le maldice,

y suplica a los cielos

que no sufran tal crimen.  
40

Su queja fue admitida,

y Júpiter terrible



mudó las claras linfas

en las salobres sirtes.

Desde entonces las aguas  
45

del mar son insufribles,

y punzan en los labios

con amargo salitre. [121]

Oda XVIII  
Los peces

Cual numeroso pueblo

que emigra a otras regiones,

los fugitivos peces

el verde mar recorren.

Como una densa nube  
5

caminan, y veloces

el pendón y caudillo

siguen en grato orden.

Forman mil laberintos,

mil giros, y discordes  
10

toman diversas sendas

y marcha y filas rompen.

Ya otra vez se concitan,

de nuevo huyen, se esconden,

bésanse, y se acometen  
15

con sus febles arpones.

Agitan en sus juegos

con tibios resplandores

el agua, y cada gota

bulle mil vivos soles.  
20  
[122]

¡Qué matices ostentan

sus colas! ¡Qué colores

sus cuellos! Y sus pechos

¡qué manchas y arreboles!

Ora los cuitadillos  
25

solazan, y ora inmables

se muestran, y de pronto

se zabullen y corren.

¡Qué festivos se halagan

con donosos amores!  
30

¡Cuál palpitan de gozo

sus fieles corazones!

Dichosos pececillos,

plegue a los altos dioses

líbraros de las redes  
35

de crueles pescadores;

y que vuestras esposas

en paz feliz desoven,

entre juncos y algas

sin pérfidos temores.

40

[123]

Oda XIX

La bella comparación

¿Qué símil, qué retrato

de la mujer variable,

creó naturaleza

en lo infiel e inconstante?

¿Y quién de la mudanza

5

no ve la viva imagen

en una mujer bella

y en los azules mares?

El mar, que placentero

ya con mil besos lame  
10

reverente la orilla,

y luego se retrae.

Ya inquieto, un sordo trueno

en los abismos hace,

apenas reprimiendo  
15

su indómito coraje.

Ya airado se levanta

turbio y feroz, y bate

las playas, y mil tumbas

entre sus olas abre.

20

[124]

Ora apacible y manso

mueve la frágil nave,

como a las tiernas flores

mece sereno el aire.

Ora audaz con sus ondas

25

soberbio la combate,



y a los someros riscos

impélela a estrellarse.

Verás manchar en cieno

sus hermosos cristales,  
30

o en un verde sombrío

sus azules brillantes.

Verasle ya en sus linfas

las luces agradables

de los fúlgidos astros  
35

retratar vacilante,

y trazar de los peces

los giros más fugaces,

borrándolos al punto

con bullir incesante.

40

Formar mil hondos surcos

y vértigos verasle,

y en una ancha llanura

al punto transformarse.

Ya en su calma convida  
45

de nuevo al navegante,

prometiendo en su aspecto [125]

el más feliz viaje.

Ora truena soberbio,

ora susurra afable,  
50

ora es manso, ora inquieto,

pero jamás constante.

¡Ah Elisa! Sin pensarlo

tu retrato indudable

saqué, cuando pintaba  
55

la imagen de los mares.

Tú me esquivas y huyes

para luego llamarme;

ya libre me convidas,

ya te finges cobarde.  
60

Primero me aborreces

para luego adorarme,

y en tu amor, cual las aguas,

eres siempre inconstante. [126]

Oda XX  
El certamen

Cumpliéndome que era

el más veloz remero,

quiso ver mi adorada

mi destreza y denuedo;

y sentada en un risco  
5

de rojo coral hecho,

al que llegase a ella,

prometió dar un beso.

Mi rival y yo al punto

emulamos tal premio,  
10

y cada cual su esquife

aparejó risueño.

Iba yo coronado

de jazmines modestos,

y de juncias y sauces  
15

orné mi mastelero.

Mas mi rival, cual joven

amante y satisfecho,

ciñó su sien de rosas

y arrayanes de Venus.

20

[127]

Luego el amor (que es siempre

el juez en estos juegos)

sonó una caracola,

clarín de marineros.

A este aviso tendimos

25

los brazos a los remos,

con ímpetu cortando

el verde mar con ellos.

Desesperadamente

remábamos contentos,  
30

y en ronco son se oía

como aquejarse el pecho.

¡Cuál era nuestra ira

por no volar! ¡Qué esfuerzo

prestábamos al barco  
35



las aguas sacudiendo!

¡Qué emulación, qué gloria

por ser el delantero!

¡Qué dicha conquistando

tal triunfo y vencimiento!

40

Su palma la victoria

al ver igual empeño

quiso partir, de lauro

ornando nuestros cuellos;

pero yo enfurecido,  
45

en vivo fuego hirviendo,

pasé de mi enemigo [128]

el barco placentero.

Al anhelado risco

loco de gozo llego,  
50

y al querer saltar, caigo

sin tino al mar soberbio.

Mi rival mientras arriba,

me mira sonriendo,

requebró a mi adorada  
55

y se ganó mi beso. [129]

Oda XXI  
Amor y la tempestad

Queriendo yo embarcarme

en las playas vecinas,

un pescador muchacho

me ofreció su barquilla.

Era de hermoso talle,  
5

de cara la más linda,

y en sus ojos saltaban

las bullentes pupilas.

Yo al verle tan donoso

besele en la mejilla,  
10

y admití reverente

su súplica rendida.

Embarqueme, y al punto

él remó tan de prisa,

que a poco entre celajes  
15

despareció la orilla.

Yo en tanto cauteloso

por entre sus ropillas

columbrele dos flechas

en un carcax sumidas;  
20  
[130]

y de unas ricas plumas,

azules y amarillas,

dos alas le vi airosas

que en sus hombros batían.

Éste es Amor, me dije,  
25

y con malvada risa

el rapaz se gozaba

de su burla maligna.

«Amor, me dijo, soy;

vas a probar mis iras,  
30

sufriendo en estos mares

las tempestades mías».

Dijo, y a sus palabras

los mares se concitan,

las nubes se aglomeran,  
35

y el Noto airado silba.

¡Oh qué cárdenas luces

y relámpagos brillan!

¡Oh qué llamas y rayos

la alta techumbre vibra!  
40

Ya toca allá en los astros

la nao su popa altiva,

ya en las hondas cavernas

sepúltase abatida.

El velamen se rompe,  
45

la entena se desquicia,

y con las turbias olas [131]

tiembla la débil quilla.

Con vaivenes tan recios

entúrbiase mi vista,  
50

y sienten peso grave

mis sienes doloridas.



Reclino mi cabeza,

mas con cruda malicia

tan delgado consuelo

55

aleve el dios me quita;

pues con sus albas manos

la barca sacudía,

colmando así mi pecho

de angustias y fatigas.

60

¡Oh qué gozo era el suyo

al ver mis tristes cuitas!

¡Oh como me increpaba

la embriaguez que sentía!

En mis lívidos labios  
65

brotaba amargo acíbar,

y el pecho me saltaba,

temblando mis rodillas.

En huracán tan recio

mi mente embebecida  
70

siempre esperanza tuvo

que amor fuese su guía;

mas el traidor de pronto

dejó mi navecilla, [132]

rompiendo el timón antes  
75

para mayor desdicha.

De entonces vago iluso

a la merced esquivada,

del huracán terrible

de amor y de sus iras.

80

[133]

Oda XXII  
La reflexión

Mira, sensible Elisa,

en los mares profundos

el mismo mal y angustia

que el cielo al hombre impuso.

Cruel naturaleza  
5

maligno placer tuvo

en derramar do quiera

muerte, dolor y luto.

No hallarás en los peces

el dulce amor, los gustos,  
10

que en seres tan sencillos

creyó tu pecho iluso:

que los verdes palacios

no son, mi bien, más puros

que las altas moradas  
15

de jaspe y rico estuco.

Cual los hombres, se odian,

se dañan furibundos;

los fuertes son tiranos,

el débil sufre el yugo.

20

[134]

Todos llevan pacientes

el más grave infortunio,

si a otro más flaco logran

esclavizar injustos.

Al contemplar, bien mío,

25

tan triste cuadro, dudo

que la virtud y dicha

se encuentren en el mundo.

Mira en prueba siguiendo

el horrendo tiburón  
30

a la infeliz dorada,

de clemencia desnudo.

Allá va la ballena,

despiadado verdugo

del pez que airada encuentra  
35

en su rápido curso.

Y el pescador a poco

hiere al inmenso bruto,

abriendo su ancho seno

con el arpón agudo.  
40

Focas allí y delfines

en coléricos grupos,

se embisten y batallan,

de humana lid trasunto.

Todos, todos se oprimen,  
45

y en mi amargura juzgo



que al mal todos caminan [135]

por encontrados rumbos.

¿Mas quién necio se asombra

de tanto mal? ¿Qué mucho  
50

que quieran devorarse

los hijos de Neptuno?

El cielo imprimió al orbe

irresistible impulso,

y arrebatados todos  
55

siguen tan ciego influjo;

y aunque horribles cayesen

millares de diluvios,

el mal reinará en todo,

y el bien huirá cual humo.  
60

Nuestros pechos se hielan

con cuadros tan impuros,

y tiemblan cual al viento

las hojas del arbusto.

Ven pues, oh dulce Elisa,

65

descansaremos juntos

bajo estas altas rocas,

revestidas de musgo.

Huyamos, que en la orilla

mi esquife tengo surto,  
70

a unos riscos sujeto,

con retorcidos juncos.

Busquemos los placeres,

huyamos los disgustos, [136]

que el agua aquí convida  
75

con su grato murmurio.

Y al sueño pagaremos

el más dulce tributo,

sellando tú mis labios,

y yo, mi bien, los tuyos.

80

[137]

Oda XXIII  
Los pescadores

Meciéndose en las velas

el ligero Favonio,

el pescador esquife

parte a tender el copo:

hiende las claras olas,  
5

y en giro el más vistoso

deslízase en la espalda

del azulado Ponto.

Sacuden los remeros

tersas pompas y globos,  
10

luciendo entre la espuma

mil rubís y abalorios.

La endurecida gente

con gritos de alborozo,

las redes y las nasas  
15

cala en el turbio fondo.

Nueva chusma en la orilla

do bate el mar sonoro,

a tan cruel faena

presta mutuo socorro.  
20  
[138]

Arrastran de las redes

doblado el duro dorso,

el pie firme en la arena,

bajo el tostado rostro.

Brota en la sien ardiente  
25

el afanoso lloro,

y en fresco lo trasforma

el viento con sus soplos.

Doblan las luengas cuerdas

en enroscados rollos,  
30

y así el copo se acerca

lleno de ardid y dolo.

Encima de las olas

nadan los leves corchos,

y el ámbito señalan  
35

do hace la red sus robos.

Destruye en su carrera

del pez el nido ovoso,

sus placeres y estancias



con implacable enojo.  
40

Los crueles pescadores

con alaridos roncros

anuncian ya las redes

gritando en alto coro.

En dos bandos se avanzan,  
45

y con terrible encono

hieren endurecidos [139]

al pez lleno de asombro.

Allí tristes palpitan

los presos lastimosos,  
50

entre juncos y cañas

y marinos tesoros.

En roja sangre tiñen

sus doloridos ojos,

y saltan las escamas  
55

cual láminas de oro.

Ora inquietos se mueven,

y luego en abandono

esperan que les abra

la muerte el triste orco.  
60

Su brillantez empañan

la arena y negro polvo,

y pesarosos mueren

sin gala y sin adorno.

Su bullir incesante  
65

forma un murmullo sordo,

do percibe el oído

lágrimas y sollozos.

En mil ricos rimeros

los dividen entorno,  
70

do brilla la dorada

y el purpurino ostro.

El sol los ilumina

con mil cambiantes rojos, [140]

formando azules visos  
75

desde su excelso trono.

Los pescadores parten

los sangrientos despojos,

retirando el esquife

del cristalino golfo.  
80

Y después en un bosque

de palmas y altos chopos,

prueban en blando sueño

el más dulce reposo. [141]

Oda XXIV  
La nave

Allá en aquella orilla,

de céspedes cubierta,

los rancos marineros

gigante nao carenan.

En bronce tachonada  
5

la fuerte quilla muestra,

y la redonda popa

ornada ya se ostenta.

El incesante golpe

del martillo resuena,  
10

y el eco lo repite

con pausada cadencia.

Los encorvados leños

se embuten y sujetan,

y los largos costados  
15

bañan de hirviente breá.

Los mástiles se alzan,

colócase la entena,

y flotan en los aires

las jarcias y banderas.

20

[142]

Ya el rayo en el alcázar

con feroz traza asestan,

ya en el mar cristalino

lanzan la nao serena.

Con majestad al viento

25

tiende sus anchas velas,

y con sosiego hiende

la superficie tersa.

Borrascas la amenazan,



el huracán la espera,  
30

ella empero camina

de susto siempre exenta.

Los vientos la dirigen,

a puros soplos vuela,

y por fuerte cimienta  
35

delgadas tablas cuenta.

Tras esperanzas corre,

sigue su rumbo incierta,

y en pos va de tesoros

y de orientales perlas.  
40

Por un tejo de plata

trocará su inocencia,

y adquirirá más vicios,

ninguna virtud nueva.

Después de mil peligros  
45

y fortunas adversas,

retornará a estas playas [143]

colmada de riquezas.

Gócelas sin envidia

si puede, y placentera  
50

a más luengos viajes

apréstese contenta.

Que yo por mí, más quiero

hollar esta pradera

con pie seguro y cierto  
55

siguiendo a mis ovejas:

más quiero coger flores,

y ornar tu cabellera

de lirios inocentes

y puras azucenas.

60

[144]

Oda XXV

Los juegos en el mar

Oye, Elisa, en la orilla

el festejo y bullicio

del pueblo que se entrega

al fasto regocijo.

Se embarca placentero,  
5

y hendiendo el mar tranquilo,

forma en ligeras barcas

un anchuroso circo.

La luna entre las ondas

del céfiro al supiro  
10

riza la tez serena

entre esplendores tibios.

En medio se levantan,

como flotantes pinos,

dos árboles pomposos  
15

en pólvora embutidos.

De mimbre y frágil caña

difícil laberinto

muestran, con los colores

más vistosos y lindos.  
20  
[145]

Mil faroles pintados

con graciosos caprichos,

dejan ver relumbrando

tan galán atavío.

Allí infernal salitre  
25

con mil nudos y anillos,

cede dócil al arte

su infausto poderío;

y una ingeniosa mano,

cual con oculto hechizo,  
30

hace que al placer sirva

su llama y fuego activo.

Ya nuncio de la fiesta

en prolongado silbo

parte el raudo cohete,  
35

con reluciente giro.

Una ráfaga hermosa

señala su camino,

y entre el azul estalla

con sonoro estampido.  
40

Otros mil revolando

con recamado brillo,



remedan entre llamas

los celestiales signos.

Unos se arden y truenan,  
45

y bajan desprendidos

en mil sierpes de oro, [146]

o en mil lumbrosos hilos.

Otros se abren, y sueltan

cual copiosos racimos,  
50

flores las más hermosas

en ramos encendidos;

y el mar, reverberando

tanta luz, cristalino,

en cada gota bulle  
55

un rojo sol de estío.

En tanto allí se agitan

en prestos remolinos

mil círculos de llamas,

con alegres tronidos.  
60

Relucen cual coronas,

y en sus ardientes discos

ruedan fúlgidos rayos

entre azul y amarillo.

Mas ya un fuego volante,  
65

de hábil mano impelido,

prende el vistoso incendio

al mágico artificio.

Una descarga anuncia

con eco repetido,  
70

que el indómito azufre

rompe sus febles grillos;

y las llamas alzando

su ardiente señorío [147]

los ámbitos dibujan  
75

de dos bellos castillos.

Beben la luz los ojos,

viendo entre mil prestigios

las torres y murallas

de un gótico edificio.

80

Banderas y trofeos

y despojos moriscos,

con ágatas adornan

los altos frontispicios;

y columnas ardiendo  
85

cual de pórfido egipcio,

trazan las galerías

entre adornos corintios.

Pirámides de oro

allí abrasarse admiro,  
90

y allá contemplo arderse

grandiosos obeliscos.

¡Qué templos aparecen!

¡Qué pensiles asirios!

¡Qué pagodas, qué grutas!  
95

¡Qué arcadas y qué asilos!

La luz cierne sus rayos

en el prisma marino,

robando al arco iris

su hermoso colorido.  
100

Otras descargas suenan, [148]

y brillan de improviso

los jardines y huertos

de Hespérides floridos.

Los árboles de fuego  
105

en cien bosques distintos,

de oro y azul las hojas,

mecen la copa erguidos.

Allá ostentan su fruto

los plátanos del Indo,  
110

y allí toronjas de oro

los naranjos y cidros.

Por flores en las ramas

mece el viento festivo

corolas de diamantes  
115

o piñas de zafiros.

¡Oh qué ilusiones nuevas!



¡Qué carmines, qué visos

prestan su faz de rosa

al cielo y mar vecino!  
120

Ora el fuego cual agua

se lanza fugitivo

por las fingidas fuentes

de una Venus o Io.

Ora en raudales cae,  
125

y en murmurar contino

llena hermosos estanques

con rubís derretidos. [149]

Allá corre entre olas,

y cual soberbio río  
130

se despeña en cascadas

por inflamados riscos.

Crece el vistoso incendio,

y en hondos precipicios

las olas se sumergen  
135

yendo al eterno olvido.

Se esparcen por los aires

raudales de jacintos,

empapándose el éter

de un brillante rocío.  
140

Parece que el sol corre

los húmidos dominios,

iluminando al agua

con sus fúlgidos tiros.

La boreal aurora  
145

en el glacial recinto

hiriendo al blanco hielo

no da claror más limpio.

Salvas y salvas suenan,

y de su débil quicio  
150

salta el papel pintado

con garulo estallido.

Guirnaldas se desprenden

de roja rosa y lirios,

volando leves copos  
155

[150]

cual ricos vellocinos.

Llueven granos de fuego,

y cual en terso vidrio

ruedan sobre la espuma

los globos transparentes.  
160

Pompas y lumbres vuelan,

arde el azul vacío,

y pírnicos florones

deshoja el viento esquivo.

¡Qué cifras se dibujan!  
165

¡Qué blasones tan ricos!

¡Qué adargas, qué preseas!

¡Qué orientales prodigios!

Arden hermosas palmas,

y de inflamado mirto  
170

se estampan con centellas

los palacios de Chipro.

Los celajes ligeros

se visten purpurinos

del color y plumaje  
175

del ave paraíso.

Y el ópalo y el nácar

en piropos fundidos,

dan el barniz más puro

al vapor fugitivo.  
180

De pronto allá en la cumbre

del pabellón ardido [151]

se muestra entre más fuego

un bello paraninfo.

Bate las lindas alas,  
185

y en ademán divino

despliega con sus manos

un manto Real de armiños.

Allí en luz, transparente

se ve en arte exquisito  
190

De la Corona Hispana

el timbre esclarecido.



Castillos y leones,

y en medio un cerco fijo,

con blancas azucenas  
195

de honor y gloria signo.

La heráldica divisa

dejaba ver escritos

entre cifras y orlas

este celeste aviso:  
200

«La Hebe de las Reinas,

la hermosa flor de Gnido,

la esposa de Fernando,

de Hesperia astro benigno,

deslaza la sortija  
205

del castísimo cinto,

hirviendo ya en su seno

con maternal cariño».

A tal nueva en la turba [152]

con bulliciosos gritos,  
210

mil plácemes y dichas

se daban de amor idos;

que en el dichoso fruto,

alcanza el fiel instinto

el sello de ventura

215

de dos orbes unidos;

y en la progenie hermosa

de Carlos y Filipo,

las glorias y los triunfos

de Alfonsos y Ramiros.

220

Mientras, la fiesta sigue,

y en desigual sonido

los vocingleros fuegos

dan más gozo y delirio.

Parece cristal puro  
225

el estrellado Olimpo,

reverberando auroras

de hogueras mil herido.

Las marinas deidades

dejando el verde abismo,  
230

sobre el agua solazan

de puesto el ceño altivo.

Y yo absorto en la orilla

cuadro tan bello pinto,

de lealtad inflamado  
235

también el pecho mío.

[153]

Romances  
Galantes y pastoriles

PRIMERA PARTE

[154]

Árbol que fuiste testigo

del bien primero y postrero  
que amor me dio en galardón  
de los males que padezco;  
cuando te planté, vivía  
con un solo bien contento,  
y ahora mil sinsabores  
agravan más mi tormento.

LOPE DE VEGA

[155]

Romance I  
La mañana de abril

¡Cuán fausto viene en los brazos

del regalado Favonio

bañada su faz en risa

el mes de Abril venturoso!

¡Cuál en un carro de flores,  
5

triscando alegres entorno,

las leves Horas lo traen

en su riquísimo solio!

Galán de la Primavera,

del año nuncio glorioso,  
10

do quier que tiende la vista

rosas siembra y quita abrojos.

La mañana engalanando

su cabello y virgen rostro,

sale a su feliz encuentro  
15

llena del más puro gozo.

En su regazo de aromas

con mil inocentes votos

le acoge, y le da mil besos

en ademán cariñoso.

20  
[156]

En tanto del claro Oriente

asoma el sol en su trono,



dando al prado mil colores

con su disco luminoso.

Mil pintorescos celajes

25

la mente ve con asombro,

que la hermosa luz reflejan

cual prisma maravilloso.

¡Oh qué ráfagas celestes!

¡Qué pabellones de oro!

30

¡Qué carmines y arreboles

do quier deslumbran los ojos!

Allá las rosadas nubes

en fresca lluvia de pronto

se deshacen, fecundando  
35

del prado el menudo polvo.

Mil hilos de perlas caen

cual lucientes abalorios,

que al descenso los columpia

el Céfiro con sus soplos.  
40

La luz fugaz reverbera

en tan cristalinos copos,

y al través se ven vagando

los cambiantes más vistosos:

en tanto que a la otra parte

45

se mece en noble decoro

el arco hermoso del iris [157]

orlado de azul y rojo.

Con su lluvia el claro día

se baña en fúlgido lloro,

50

mientras que en el alto cielo

se ostenta riente Apolo.

¡Oh qué mágico contraste,

ver pintarse el alborozo

entre el llanto y la sonrisa  
55

en la faz del orbe todo!

¡Cuál con su aliento inocente

vence el Abril delicioso

las galas del fértil Mayo,

las mieses del rico Agosto!  
60

El vergel alza sus ramas,

y meciendo sus pimpollo,

escarcha el fresco rocío

en mil topacios lumbrosos.

El agua en las leves hojas

65

se cuaja en lucientes globos,

que en mil brillos multiplican

del sol los rayos dudosos.

El azahar se conmueve

en sus fragantes cogollos,  
70

embalsamando el ambiente

con su perfume oloroso.

El rosal y los claveles,

del jardín florido adorno, [158]

matizan ya sus capullos  
75

en tildes, jaldes y blondos.

Ya reverdecen las vides,

y en sus yemas y retoños

sacuden del crudo hibierno

el letargo y mortal opio.  
80

Entre madreselva y mirto

la hiedra se abraza al tronco,

y ensortijando sus ramas

busca en él piadoso apoyo.

Desde su sombra anhelantes,  
85

volando tras sus esposos,

salen las blancas palomas

clamando en arrullos roncros.

Escenas tan agradables

en apacible alboroto  
90

las avecillas celebran

en mil armónicos coros;

y allá en la fresca cañada

entre los tallos del olmo,

se lamenta con mil trinos  
95

el ruiseñor amoroso.

Por los riscos de la sierra,

huérfano dejando el chozo,



en pos viene del rebaño

el zagalejo donoso  
100

detrás de la blanca madre [159]

trisca el inocente choto

con delicados balidos,

y en agraciados retozos.

En la ladera frondosa  
105

salta relinchando el potro,

y recostado en la yerba

gravemente muge el toro.

Despeñado por los riscos

baja el cristalino arroyo,  
110

enamorando al oído

con su murmullo sonoro.

Ora aquí gira en mil vueltas

fugitivo y bullicioso,

por salvar de alguna piedra  
115

el leve y rústico estorbo.

Ora allá, sesgando el paso

en un remanso gracioso,

cual en trasparente espejo

retrata los verdes pobos.  
120

Sobre el margen liba el agua,

en mil delicados sorbos,

el pájaro que a su nido

lleva tan dulce socorro.

Este pintoresco cuadro,  
125

por remate prodigioso,

al horizonte termina

en un dilatado soto. [160]

Y la opuesta cordillera,

de la tierra inmenso aborto,  
130

sale a poner con su mole

a la vista linde y coto.

Entre la verde espesura

de los álamos frondosos

descuella algún caserío,  
135

fausto albergue del contorno.

Veloz por la oscura umbría

huye del fiel perro el lobo,

que deja yermo el aprisco

con sus sangrientos destrozos;  
140

y el montero por las quiebras

en ademán cuidadoso

ora persigue la liebre,

ora el fugitivo corzo.

Asesta y dispara el arma,

145

el humo se alza espantoso,

y el eco tardo a lo lejos

multiplica el trueno sordo.

Envuelto en la horrenda nube

parte el mortífero plomo,  
150

y tras la víctima herida

se lanza ladrando el dogo.

El ánade en el estanque

se baña ufano y pomposo,

y los rubios pececillos

155

[161]

se ven nadar en el fondo.

Sobre el cáliz de las flores

en disorde desentono,

vaga y susurra la abeja

libando dulces tesoros;

160

y la linda mariposa

en giros raudos y locos,

muestra cual siempre su pecho

inconstante y desdeñoso.

El árbol, dando en su copa  
165

del fruto el más rico asomo,

promete dar al labriego

el esquilmo más copioso.

Aquí su flor muestra el guindo

en cien festones de oro,  
170

allí su alloza el almendro,

su trama el olivo hermoso;

y sus vástagos el sauce,



como en lánguido abandono

deja caer, cual llorando  
175

con lastimados sollozos.

Agobiado el buey paciente

va rondando el ancho pozo,

y mueve el rústico apresto

con estridor el más bronco.  
180

Gira el ánfora entre tanto,

y en incesante retorno [162]

cual cristal el agua trae,

que corre al huerto abundoso.

La cascada allá murmura,  
185

bulle el céfiro canoro,

su esquila suenan los mansos,

sus copas mecen los pobos.

Todo es vida y movimiento,

orden y amor misterioso,  
190

y celestial armonía

que el pecho contempla absorto.

Desde el florido collado

se ve el cristalino golfo,

en zonas de azul y verde  
195

besar su pie al promontorio:

y a la banda contrapuesta,

cual formidables colosos,

se ven medirse en las nubes

los altos montes del Moro.  
200

Acaso pintada nave

hiende el azulado Ponto,

dando flámulas al viento

libre ya de airado Noto.

Todo es placer y ventura,  
205

la dicha llega a su colmo,

y al Abril y sus delicias

su palma cede el Otoño.

Ven, ven, ¡oh mes apacible! [163]

Y en mi pecho bondadoso  
210

derrama tu fausto influjo

disipando mis enojos.

Ven, ven, y mi mente absorta

goce en plácido reposo

los bienes que al orbe prestas  
215

clemente de polo a polo. [164]

Romance II  
El estío

Ya en medio del alto cielo,

cual en un fulgente alcázar,

señoreando a la tierra

el Sol se muestra entre llamas.

Huyen cual débiles sombras  
5

a las gratas enramadas

las leves Horas, que ciñen

su diadema a la mañana.

El Céfito desmayado

pliega sus trémulas alas,  
10

y entre las hojas del bosque

dormido la noche aguarda.

Cesan las aves su canto,

y en áspera disonancia

sólo el estridor se escucha  
15

de la importuna cigarra.

En su carro el Sol en tanto

al alto cenit se avanza,

y de su faz reluciente

mares de fuego derrama.

20

[165]

Muge enfurecido el toro,

y de la cumbre más alta

rápido desciende al río

y su ardor en él apaga.

Entre las algas y juncos  
25

el tardo reptil se arrastra,

y la pintada culebra

silbando el cuello levanta.

Acaso cruzando el prado

huyendo la liebre pasa,  
30



o en el árido rastrojo

la voraz langosta salta.

Con sus matices las flores

no ya el vergel engalanan,

ni con sus dulces perfumes  
35

al grato ambiente embalsaman.

Que el rayo ardiente de Febo

agostó sus frescas galas,

y su aroma delicioso

consumió con sed insana.

40

Echado junto al montero

fatigado el can descansa,

y acaso ladra soñando

los azares de la caza.

O bien las áridas fauces,  
45

que el calor estivo inflama,

abre incesante, buscando [166]

el dulce halago del aura.

Resuena con grave estruendo

en el monte la cascada,  
50

que bullendo entre los riscos

la más blanca espuma alza.

El Sol con mano potente

lleva la fogosa hacha,

con que enardece los vientos  
55

y la triste tierra abrasa.

Hierve el encendido polvo,

y de él la tímida planta

huye el pastor, y un asilo

bajo el emparrado halla.  
60

El mundo gime lloroso,

y en sus profundas entrañas

siente el destructor incendio

que lo consume y acaba.

En vano las claras fuentes  
65

abren sus urnas de plata,

y los tersos arroyuelos

de los altos montes bajan;

que ansiosa la hirviente arena

el curso débil del agua  
70

con tenues besos consume

entre sus ovas y algas.

En un ardiente letargo

ve la mente alucinada [167]

sepultado al orbe entero,  
75

y ardiendo en voraces llamas.

Tímida espera a la tarde,

que en apacible bonanza

venga a templar con su aliento

del Sol la furia tirana.  
80

Mientras que el dios con su disco,

rojo cual fúlgida ascua,

admirando a los mortales

el mediodía señala. [168]

Romance III  
El presumido humillado

Bien hayas, linda Zagala,

por el donoso despego

con que humillar has sabido

de Gil el orgullo necio.

Bien hayas, que a la hermosura  
5

muy bien sienta el vencimiento,

si con sus armas abate

a un presumido soberbio.

Gil con pretensión altiva

de galán como discreto,  
10

el yugo de amor miraba

con un desdén altanero:

y feliz siempre, por suerte,

en mil amorosos juegos

era como el rey ufano  
15

de las zagalas del pueblo.

De él una leve mirada

era un fino galanteo,

sus invectivas y burlas

un cortés razonamiento.



20  
[169]

Contaba como flaqueza

digna de baldón eterno,

aunque fuese a la más bella

dar el corazón en feudo.

Jamás suplicó rendido,  
25

ni instó con amante esfuerzo,

ni le aquejaron su mente

los amorosos desvelos.

¡Mas ay del triste que quiera

por un tiránico imperio  
30

el pecho de las hermosas

mandar con vara de hierro!

Que si bien éste se rinde

a unos encendidos ruegos

donde el amor se retrate  
35

tímido, puro y sincero,

así también se resiste,

cual castillo en roca puesto,

si se quiere haber por fuerza,

y no por merecimiento.  
40

Bien haya una y mil veces

el cumplido zagalejo

que toda su dicha cifra

en la humildad de su afecto.

Que a éste Amor le revela  
45

el inefable secreto

con que abrir fácil la puerta [170]

del más desdeñoso pecho.

No así Gil, que envanecido

presumió llevar por premio  
50

de su orgullo, lo que puede

ser blasón de todo un reino.

Te vio y te amó (si es que abriga

tan celestial sentimiento

el que se afrenta de serle  
55

sumiso al dios ceguezuelo).

Triunfante ya se gozaba

en el placer lisonjero

de colmar con tus amores

sus no muy caros trofeos.  
60

Sin duda iré, se decía,

y en gustosos pasatiempos

haré vasalla a otra hermosa

blasonando después de ello.

Así razonó, y quería  
65

llegar y rendirte luego,

lucir tu amor en la aldea,

después volando a otro objeto.

¡Pero cuál fue su sorpresa

al ver que en noble despejo,  
70

sin presumirte de esquivar

ni hacer gala del desprecio,

rechazaste sus finezas

con mil leves desafectos, [171]

dando respuesta a sus flores  
75

con demostrar no entenderlo!

Atrás volvió, y admirado

se demandaba a sí mismo,

cómo feliz no salía

su empresa al primer intento.  
80

Mas nunca dio a tus desvíos

la causa del contratiempo,

que el que presume de amores

es tardo en convencimiento.

Pensó incrédulo que ansiosa  
85

no recoger sus obsequios,

o era exceso de modestia

o torpeza en entenderlos.

Así más envanecido

dobló sus ofrecimientos,  
90

prodigándote oficioso

los más galantes requiebros;

y por mostrarse en las lides

amorosas más experto,

ya tímido se fingía,  
95



ora alegre y satisfecho.

Mas como en artes de amores

toda mujer es maestro,

y que trazas tan añejas

no surten su antiguo efecto,  
100

los ardides entendiste, [172]

y con desdén más resuelto

pronunciaste más la fuerza

de tu esquivo menosprecio.

Perdió pie ya Gil entonces  
105

en su loco devaneo,

sin saber cuál redimirse

de aquel azar tan funesto.

Quite buscaba a la flecha

que Amor le asestaba diestro,  
110

y en su fatiga dejaba

el pecho más descubierto.

En despiques de amor propio,

que hasta allí conservó ileso,

se disfrazaba la llama  
115

del más encendido fuego.

Conoció por vez primera

haber trocado el sendero,

que al corazón de una hermosa

conduce fácil y recto.  
120

Así turbado y confuso,

sonrojado en su despecho,

con escuela más sumisa

vino a rondarte de nuevo.

Mas en amor, como en guerra,  
125

perder el feliz momento

es despreciar de la suerte

el don que no vuelve luego: [173]

pues tú ya firme en mostrarte

inexorable a sus ruegos,  
130

a sus súplicas ardientes

dabas respuestas de hielo.

¡Cuál el triste enamorado,

vagando perdido y ciego,

por recobrase caía

135

en mil necios desaciertos!

Ora del amor hablaba

con sentencias y consejos,

cual si iniciado estuviese

en sus más sacros misterios.

140

Ora su dolor vestía

con disfraz el más risueño,

tachando al amor de vano,

pueril entretenimiento.

Ya por ocultar a todos  
145

lo rabioso de su incendio,

de su desamor se daba

mil plácemes a sí mismo.

Y ya acaso (mayor seña

de su pasión dando en esto)  
150

afectaba hallar maligno

en tu rostro algún defecto.

Pero a nadie de la aldea

persuadió tal fingimiento,

ni deslumbraron las trazas

155

[174]

de tan necios desacuerdos;

pues todos bien conocían

que en su engañoso contento,

la risa estaba en los labios,

pero la hiel allá dentro.

160

Mas él, zozobrando mientras

entre dudas y recelos,

al fin hallar presumía

en ti a su amor fausto puerto.

Sin pensar correr perdido  
165

el huracán tan horrendo

que provoca, el verse triste

por otro galán depuesto.

Notó al través delicado

de tu recato hechicero  
170



la inclinación más honesta

por el donoso Fileno.

¡Qué dolorosas angustias

probó en su soberbio pecho

al verse sacrificado

175

como víctima a otro dueño!

¡Cuál sin límites su pena

se aumentaba, conociendo

las prendas que aventajaban

al pastorcillo tan bello!  
180

Dándose al fin por vencido,

y un mar de llanto vertiendo, [175]

a ti acudió ya postrado

amor y piedad pidiendo:

mas como preces nacidas  
185

de un forzado humillamiento,

no inspiran la confianza

que un tímido amor primero,

su ofrenda así desdeñaste,

y feliz acogimiento  
190

diste al divino holocausto

del Zagalejo modesto.

Prendárate, no lo rico

de sus preciosos arreos,

ni su destreza en el baile,  
195

ni su talle airoso y suelto,

te enamoró, sí, lo fino

de sus tímidos deseos,

y de su ardor expresivo

el tierno encarecimiento.  
200

¿Cómo poder tú librarte

con un corazón tan tierno,

de dar a tan fino amante

un fausto agradecimiento?

¿Cómo tu pecho sensible  
205

dejar sin pago un anhelo,

tan dulcemente explicado

y con tan finos conceptos?

Cediste al fin, y tus labios [176]

colmo a su dicha pusieron,  
210

y en cien tímidos favores

tu amor le probaste cierto.

Todo el pueblo ve, Zagala,

con sumo gozo el empleo

que de pastor tan cumplido  
215

tu pasión discreta ha hecho:

todos de Gil la desgracia

celebran con más empeño,

por ver sumiso a un rebelde

y castigado a un soberbio.  
220

Sus graciosas aventuras

se cuentan ya por proverbios;

ayer del caso cantaban

las pastoras estos versos:

Huye avergonzado,  
225

huye, necio Gil,

de las anchas vegas

del claro Genil:

que aquí sólo agrada

la pasión constante,  
230

del más fiel y puro

y rendido amante;

y no los despegos

que quieres lucir

con las zagalejas  
235

¡oh menguado Gil! [177]

Tu desdén emplea

y ruda altivez,

si el turbante vistes

renegando en Fez:  
240

que allí las mujeres

hallan un Visir

en vez de un amante,

mas no en el Genil;

que en su orilla encuentran  
245



en vez de Sultán,

un pastor sumiso,

tímido y galán.

Con que así, por siempre

huye, necio Gil,  
250

de las verdes vegas

del claro Genil. [178]

Romance IV  
A las nubes

Cesad, o funestas nubes,

con vuestra lluvia importuna

de aguar con siniestro empeño

las horas de mi ventura.

Esos turbios aguaceros  
5

que el florido campo inundan,

huyan del helado Norte

a las regiones oscuras:

y limpio el sereno cielo,

con faz luciente la luna  
10

por el éter cristalino

su clara luz distribuya;

y pueda mi bien, a salvo

del huracán y su furia,

dejar su albergue, midiendo  
15

el prado en huella segura;

pueda lucirse en la fiesta,

bailar alegre en la gruta,

gozando yo por mis ojos

de su angélica figura.

20  
[179]

Tres noches ha que esta dicha

mi estrella infiel me rehúsa,

que son tres siglos de ausencia

vividos siempre en angustia.

Ven, mi cielo, que esta falta  
25

desquitará mi fortuna,

requebrándote más fino

y más amante que nunca.

Goce yo verte en la danza

airosa como ninguna,  
30

revolando los listones

de tu flexible cintura.

Oiga yo tu voz divina

que en dulce canto se luzca

bien como el blando suspiro  
35

del Céfiro que susurra.

Pueda yo hablarte en amores,

y que tu boca tan pura

dispense fausta acogida

a mis tímidas preguntas.  
40

Te hará de amor la fianza

mi lengua, jamás perjura,

mil propósitos más tiernos

escuchando de la tuya.

Frenad ya, negros nublados,  
45

vuestra escarcha y luengas lluvias,

y el claro arroyo despeje [180]

su cristal que el hielo enturbia.

El prado muestra su gala,

la flor sus corolas rubias,  
50

do la linda mariposa

en locos vuelos circula.

Tornen las aves al canto

entre las ramas ocultas,

y que gocen sus amores  
55

en dulce y lasciva lucha.

Si por más tiempo retardas

que yo adore tu hermosura,

¿cómo sufrir en mi pecho

tantos desvelos y dudas?  
60

Celoso y ciego, apurando

el cáliz de la amargura,

suspirará sin consuelo,

cantará triste mi musa.

Ven pues con tu blando influjo,  
65

florido Abril, en mi ayuda,

y que a tu fausta llegada



los fieros nublados huyan.

De la estación venturosa

el cetro feliz empuña,  
70

y en los granizos de Marzo

que tu blando aliento influya.

Mas si mi súplica ardiente

sordo e insensible no escuchas, [181]

¿Por qué no sales, bien mío,  
75

vengando tú así mi injuria?

Que a tus dos hermosos soles,

que a un tiempo ciegan y alumbran,

su furor calmará Marzo,

su escarcha la niebla impura.

80

Mas ya en el cárdeno cielo

hermoso el Iris dibuja

entre colores el arco

que el viento manso columpia.

Despeja el monte su cumbre,

85

su faz la verde laguna,

y el turbio arroyo ya corre

en cristal y blanca espuma.

Entre las hojas pomposas

el blando viento murmura,  
90

y en los vástagos más altos

pule el jilguero la pluma.

Se viste el cielo fulgente

de mil visos que deslumbran,

y el fértil suelo se alfombra  
95

en fresco trébol y juncia.

Sin duda mi amada llega,

todo feliz me lo anuncia,

que prados, flores y aves

en su paso la saludan.

100

A sus pies vuelo anhelante, [182]

y en deliciosa ternura,

le pediré que me imponga

de amor la feliz coyunda.

Le pintaré mis tormentos,  
105

mi dulce amor y locura,

rindiéndole mi albedrío

como a señora absoluta. [183]

Romance V  
El amor y en tiempo

(Imitación de Legouvé.)

Peregrinando un anciano,

que tiene por nombre el Tiempo,

llegó a la margen del río

más caudaloso y soberbio.

Al verse a pie y sin amparo,  
5

en un país extranjero,

así clamaba en la orilla

con un dolorido acento:

«¿El que mide los instantes

no encontrará aquí consuelo?  
10

Por piedad, venid, amigos,

venid a pasar el Tiempo».

Mil bellas que en la ribera

estas súplicas oyeron,

brindarle el barco querían  
15

en que es Amor marinero.

Mas otra hermosa más sabia

el peligro conociendo, [184]

sin cesar les repetía

este prudente consejo:  
20

«Dejad, incautas zagalas,

tan temerario proyecto,

que muchas han naufragado

por querer pasar el Tiempo».

El Amor en su barquilla  
25

gira al borde contrapuesto,

y al pobre anciano le ofrece

pasaje con blando ruego.

Lo embarca, y con faz risueña

se abandona al fácil viento,  
30

los cristalinos raudales

con los remos sacudiendo.



Y al paso que el agua hendía

cantaba en alegre empeño:

«Mirad, hermosas zagalas,  
35

cómo el Amor pasa el Tiempo.»

Mas el dios rindiose pronto

cual en blando desaliento,

y a su vez con diestra mano

el Tiempo empuñó los remos.  
40

«Te cansas, niño, le dijo,

tal fue siempre tu defecto;

deja, deja tal fatiga

mientras yo firme navego:

que en tanto diré triunfante,  
45  
[185]

con aire el más placentero:

contemplad en fin, pastoras,

que al Amor lo pasa el Tiempo».

Apenas holló la playa,

cuando en profundo silencio,  
50

sin saludar las pastoras,

su rumbo siguió el viajero.

«Espera, huésped», le dicen:

Responde: «atrás jamás vuelvo»,

y de sus brazos se aleja  
55

con paso insensible y lento.

Entonces ambas orillas

con triste canto dijeron:

«Mirad, hermosas zagalas,

cuál pasa y no vuelve el Tiempo».  
60

Más allá encontró más ríos

el anciano pasajero,

presidiendo el mismo cuadro

siempre en un círculo eterno.

Su llegada, para el joven,  
65

gozo era siempre y contento,

como su pronta partida

señal del más triste duelo.

Todas las bellas ansiaban

do quier por pasar el Tiempo,  
70

Amor después lo pasaba,

y él pasaba al Amor luego. [186]

Romance VI  
La siega

¡Cuál en apacibles ondas,

que el Céfiro fugaz alza,

las leves espigas de oro

se mecen en dulce calma!

¡Cuál en graciosos vaivenes  
5

se abaten, huyen y enlazan,

remedando en su murmurio

el blando bullir del agua!

En mil lucientes coronas

ostentan el grano ufanas,  
10

que embutido en mil capullos

tras sí los ojos arrastran.

Doblando en flexibles arcos

su cuello a tan rica carga,

parece que al blondo Agosto  
15

le rinden humilde paria;

y sus tesoros la tierra

mostrando en las rubias hazas,

del labrador satisfecho

corona ya la esperanza.  
20  
[187]

Mientras el mes ardoroso

con noble faz se adelanta,

los zagales presidiendo

con la segur levantada

en cien numerosos bandos  
25

aquí y allí se derraman,

y las hoces relucientes

vibran en las febles cañas:

en tierra abatidas caen,

en haces mil las preparan;  
30

de allí la liebre se ahuyenta,

o de aquí el insecto salta.

Con más ardiente porfía



los segadores avanzan,

y el ancha vega de pronto  
35

su pompa pierde y su gala.

En pos del perdido grano,

que olvida una mano avara,

la espigadera inocente

viene con tímida planta.  
40

En tanto en las anchas eras

se ve disponer la parva,

do en abundantes rimeros

la fértil mies se levanta.

Batiendo el casco el caballo

45

en ademán noble marcha,

y el trillo con fuerte acero [188]

los altos panes quebranta,

el zagal en duro silbo

su fiero látigo estalla,

50

y la cuadriga dirige

y con voz alegre canta.

Ora el rústico tridente

el haz robusto desata,

ora arroja en grave impulso  
55

al viento la débil paja.

De ella los menudos granos

suiltamente se separan,

y cayendo en hilos de oro

son nuncios de la abundancia.  
60

Montes de trigo aparecen

por maravillosa magia,

y en su cumbre cual trofeo

los altos bieldos se clavan.

Dando giros en el aire  
65

sutiles aristas vagan,

que en opuestas direcciones

en fin por siempre se apartan.

No de otra suerte mi estrella

cruel de mi lado arranca  
70

los amigos que clementes

mi pecho fiel consolaban.

A los trojes y graneros

el grano en tanto trasladan, [189]

y el labrador se sonríe  
75

viendo el premio de sus ansias.

Los gozosos pajarillos

en bulliciosa algazara,

hacen bailar en sus picos

los leves granos que hallan.  
80

En el florido collado

la tímida oveja bala,

y paciende en el rastrojo

el blanco becerro brama.

¡Oh qué placer, qué ventura,  
85

ventura a que nada iguala,

verse entre aperos y arados

presidiendo una labranza!

¡Qué gozo uncir la coyunda,

ver numerar la manada,  
90

y oír sonar las esquilas

por el prado en la mañana!

En placer tan inocente

¡con qué desdén mira el alma

los tesoros que da Tíbar,  
95

y el oro puro de Arabia!

¡Feliz aquel que en el campo

exento su vida pasa,

y el que goce tanta dicha

mil y mil veces bien haya!  
100

De tan armónico canto [190]

ya Mérido descansaba,

cuando vio a su amante hermosa

salvar la verde cañada.

Un haz de doradas flores  
105

la espigadera llevaba,

que el trigo en rosas convierte

do pone su breve palma.



Entonces el pastorcillo

entre requiebros la llama,  
110

cantándole esta letrilla

con voz la más dulce y blanda.

La que en primavera

cortando vas rosas,

o pomas sabrosas  
115

del verde peral,

bella espigadera,

que en crudas fatigas

coges las espigas

que olvida el zagal:  
120

deja por tu vida

tal pena y enojo,

que puede un abrojo

tus manos herir.

Ven, ven, mi querida,  
125

que en tu sangre roja

querrá su alba hoja

el lirio teñir. [191]

En afán más blando

tu belleza emplea,  
130

y el amor te vea

amores gozar.

Mírete espigando

afanes, delirios,

y dulces martirios  
135

que da en su penar.

Ven, ven a la gruta

do ansioso te aguardo

con bálsamo y nardo

que te he de ofrecer.  
140

Y desde que enluta

sus luces el día

te tendré por mía

hasta amanecer. [193]

Soneto I  
El despecho

Ya que no puedo, por desdicha mía,

llamarte dulce esposa en tierno abrazo,

anudando tu talle con el lazo

que teje amor en su feliz porfía,

quieran los cielos, por oculta vía,  
5

en árbol trasformarme a breve plazo,

convirtiendo en corteza mi regazo,

y mi cabello en verde lozanía:

y mudente también en yedra amante

que ensortije mi tronco de contino,  
10

confundiendo tus hojas con mi rama:

que así mi amor, por fiel y por constante,

al fin conseguirá contra el destino

templar en ti lo ardiente de su llama. [196]

Soneto II  
La ingratitud

La blanca rosa que embalsama el viento,

inclinando su corola divina,

tributo paga al agua cristalina

que fértil le regó su verde asiento.

Trisca en la jaula el colorín contento,  
5

y en armónico son gozoso trina,

si así agradar más fácil imagina

al que le presta pródigo el sustento.

Premia en su beso la cándida paloma

el ardor cariñoso de su amante,  
10

y el altivo desdén a su afán doma:

Mas tú a mi amor más dura que diamante

desoyes de mi labio el tierno idioma,

siempre esquivando mi pasión constante. [197]

Soneto III  
Al Alhambra

Contempla, pasajero, la morada

que el árabe a su gloria alzó triunfante,

cómo al tiempo se rinde vacilante

su magnífica mole ya cascada:

La altivez de sus torres humillada,  
5



de escombros lleno el pórtico arrogante,

y sin su azul el artesón brillante,

anuncian muerte al ánima angustiada.

Contempla bien cual queda sin colores

el morisco relieve y paramento,  
10

borradas ya sus cifras y sus flores:

Míralo bien, que a paso menos lento,

el tiempo a ti también entre dolores,

traidor te acerca el último momento. [198]

Soneto IV  
El propósito desesperado

Si por robarte a mi pasión ardiente

tus deudos, descargando el fiero amago,

te arrebatasen con ardid aciago

de estos ojos que lloran por ti ausente;

aunque en un fuerte alcázar eminente  
5

te encanten por las artes de algún mago,

y que entorno te cerquen con un lago

de fuego hirviendo con voraz corriente;

o aunque te oculten en el hondo silo

del monte más oscuro y más distante;  
10

por logarte lanzárame tranquilo,

y hendiera un mar de lava fulminante,

o bajara en tu busca al negro asilo,

siempre que fueses a mi amor constante. [199]

Soneto V  
El anillo

Ve, pobre anillo, hasta la linda mano

de la hermosa que adora mi fiel pecho;

ve, ve, cumple y disfruta satisfecho

de galardón tan alto y soberano.

Dile pues que en tu óvalo galano  
5

quisiera yo enlazar con dulce estrecho

mi blando corazón, de cera hecho,

con el suyo, aunque helado y tan tirano.

En tu círculo de oro misterioso,

y en el firme diamante que te adorna,  
10

el más constante eterno amor aprenda:

mas si me vende, el cerco prodigioso

tú mismo con estrépito trastorna,

y así esta magia su traición reprecnda. [200]

Soneto VI

Mi estado

(Imitación del Petrarca.)

Busco la paz, y en triste lucha espiro;

espero y temo, abrásome y me hiel;

odio la tierra sin amar el cielo;

vehemente anhelo, exánime, suspiro:

pido la libertad, siervo me miro;  
5

me elevo ardiente, caigo yerto al suelo;

ciego confío, suspicaz recelo,

vivo en el ocio, y a la gloria aspiro:

el dogal que circunda el cuello mío

ni me acaba ni libra, y vivo ahogado;  
10

hallo el placer y mátame el hastío,

odio mi ser, te adoro despechado;

lloro sin pena y sin contento río...

Por ti, cruel, me miro en tal estado.

Poesías del solitario  
Serafín Estébanez Calderón

Lunavitque genu sinuosum fortiter arcum:

Quodque canas, Vates, accipe, dixit, opus.

P. OVID.

A la Excma. Señora Marquesa de Lambrano

Mis tímidos versos

concede, Señora,

que a tu fausto amparo

rendidos se acojan:

que la flor humilde  
5

sin matiz ni pompa,

cuya gala es solo

vaporoso aroma,

dos veces ufana

parece y hermosa  
10

si al búcaro rico

pagar feudo logra:

y el fúlgido llanto



de la clara Aurora,

descendiendo en copos  
15

cual líquido aljófar,

del vergel desdeña

pimpollos y hojas,

Por bordar el cáliz

de la blanca rosa.  
20

De alegres zagales

el festivo idioma

oirás, cuando juegan

en la edad dichosa:

también los cantares  
25

de la gente mora,

que de Alhambra dicen

las tristes historias:

o ya los cuidados

y dulces zozobras,  
30

del rapaz que hiere,

e hiriendo se mofa;

y en sus alas de oro

de infiel mariposa,

por bálsamo lleva  
35

la más cruel ponzoña

y al mar cristalino

verás en sus ondas

mecer verdes listas

entre azules zonas:  
40

o en la blanca espuma

sulcar alias proas,

y flámulas leves

que el Céfito azota:

marinos palacios  
45

se pintan, do moran

los locos Tritones,

las Ninfas y diosas;

que en urnas de nácar,

con ámbar de Etiopía,  
50

te dan en ofrenda

corales y conchas

que si el don acoges

triscarán gozosas,

mas que si en sus sienes  
55

ciñeran coronas;

cual yo, si mis cantos

te halagan, Señora,

no ansiaré mas nunca,

mayor prez ni gloria.  
60

[1]

Letrilla I  
El cantor aldeano

Los trinos suaves

de los ruiseñores

que amantes requiebran

a la fiel consorte;

el blando susurro  
5

que forma en el bosque

el aire meciendo

los pobos y robles;

El grato murmurio

que al lejos se oye  
10

del terso arroyuelo

que entre juncos corre,

Y el dulce abandono

que infunde en el orbe

la argentada luna  
15

en la media noche,

faustos me inspiraron

las tiernas canciones

que agora repito

al son del albogue.

20

[2]

Letrilla II

La declaración

En vano, zagala,

podrete ocultar

el fuego en que siento

mi seno abrasar;



que amor en mis ojos  
5

su llama fatal

con trémulas luces

publicando está;

y si a mi despecho

por todo el lugar  
10

se sabe que reinas

en mi voluntad,

Mi labio declare

ante tu beldad

la fe que te he dado,  
15

tu triunfo y mi mal;

Que a no ser tu pecho

duro pedernal,

moverate acaso

mi llanto a piedad.  
20  
[3]

Letrilla III  
El árbol

Ayer mi Pastora

subió a este manzano

a coger la fruta

de sus verdes ramos;

Mas yo que la huía  
5

celoso y picado,

oculto en la yerba

la estaba mirando:

llenó de las pomas

el lindo canasto,  
10

y quiso contenta

bajarse del árbol;

mas como medrosa

(da risa el contarlo),

inquieta temía  
15

el dar tan gran salto;

entonces mostreme,

brindele mis brazos,

y bajó entre ellos

mi dueño adorado.

20  
[4]

Letrilla IV  
El vaticinio

Desvalido y pobre

el tiempo vendrá

de ser en la aldea

rico mayoral;

un pingüe rebaño  
5

llegaré a juntar,

con mis dos corderas

y mi recental:

Luego entre los chopos

que baña el raudal  
10

una rica choza

haré levantar;

entonces Fileno,

viendo mi caudal,

negarme a su hija  
15

¡ay Dios!, no podrá;

llegando a su colmo

mi felicidad,

cuando por esposa

la adore en mi hogar.

20

[5]

Letrilla V

La astucia

En el valle opuesto

por do sale el sol,

tiene al pie de un sauce

su choza mi amor.

La fábrica humilde  
5

con grande primor

de retama y caña

levantela yo;

mas para premiarse

mi tierna pasión,  
10

una ventanilla

oculta dejó.

Allí por las noches

su fuego y mi ardor



con dulces suspiros  
15

contamos los dos:

mas yo lograría

más tierno favor,

si mi bien pudiera

abrir su prisión.  
20  
[6]

Letrilla VI  
¡Qué travesura!

Riyéndose aleve

Dafne prometió

abrirme su choza

anoche a las dos.

Saltando de gozo  
5

mas no sin pavor,

ansioso aguardaba

gustar tal favor.

Al fin mi amadilla

con turbada voz  
10

me dice que llegue

llena de pudor:

al umbral entonces

acudo veloz,

tropiezo y me caigo  
15

con ronco fragor:

el padre despierta,

clama por su honor,

me fugo medroso...

¡Qué susto me dio!  
20  
[7]

Letrilla VII  
Los juegos

En la noche clara

del señor san Juan,

las rojas candelas

me puse a saltar.

En vano las llamas  
5

del fuego voraz

me envuelven, pues nunca

causáronme mal.

Así atrevidillo

quise despreciar  
10

la hoguera del joven

de flecha y carcax.

Mas pronto en castigo

de mi vanidad

tornome mi pecho  
15

el dios en volcán,

haciendo que Dafne,

niña celestial,

se hiciera la dueña

de mi voluntad.

20

[8]

Letrilla VIII

El requiebro

La rosa que al alba

ofreciendo está

sus gratas esencias,

su tez virginal;

la fruta sabrosa

5

que empieza a pintar

con vivos matices

el fresco peral;

la concha que engendra

en el verde mar,  
10

envuelta entre nácar

la perla oriental;

la gloria del prado

de olor sin igual,

perfume del aire  
15

la flor de azahar,

a ti feudo humilde

deben tributar,

pues todo lo vences

en gracia y beldad.  
20  
[9]

Letrilla IX  
La fantasma pastoril

Por burla me cubro

la frente con hojas,



y la rubia cara

me pinto con moras:

el talle me afeo  
5

con una corcova,

y me lanzo al prado

en pos de mi novia:

me acerco callando,

y miro reposa,  
10

soñando en el día

feliz de la boda:

la llamo, y al verme

afligida llora,

y yo más me río  
15

de mi traza loca:

la máscara tiro,

mi bien se alborozaba,

se enlaza a mis brazos

y acaba la historia.  
20  
[10]

Letrilla X  
El baño

En el claro estanque

del fresco vergel,

a mi adoradilla

bañándose hallé.

Entre enredaderas  
5

y tras de un ciprés,

contemplarla quise

a todo placer.

Sus formas de nieve,

del agua al través,  
10

en tibios celajes

dejábanse ver.

Por su alba garganta

y rosada tez

mil hilos de perlas  
15

se vían descender...

Pero su belleza

más no pintaré,

no sepa un profano

lo que callo y sé.

20

[11]

Letrilla XI  
La corderilla

La blanca cordera

que mi pastorcilla

me dio por regalo

al cumplir su día,

miradla cual viene

5

sonando la esquila,

triscando en la yerba

con loca alegría;

su vellón parece

seda la más fina,  
10

do prenden en moños

coloradas cintas:

las otras ovejas

se comen de envidia

al verla tan blanca,  
15

sin mancha y tan linda:

sin duda es la Reina

del ható en que trisca,

así cual su ama

dueña es de mi vida.  
20  
[12]

Letrilla XII  
El pañuelo

¡Oh don de mi amada,

regalo sin precio,

prenda de mi vida,

oh fino pañuelo!

En tu hermosa orla  
5

imprimo mil besos,

y adoro la mano

que bordó tu asiento.

Enjugas piadoso

el llanto que vierto,  
10

y oyes de mis labios



mi amor indiscreto.

Cuando con sus ojos

mis ojos encuentro

cubres con tu Holanda  
15

mi rostro bermejo...

Si acaso entre rosas

¡oh cándido lienzo!,

a mi amante vuelves,

dila mi secreto.

20

[13]

Letrilla XIII  
El ramillete

¡Oh blanca azucena

honor de vergeles,

del amor más puro

emblema inocente!

¡Oh rosa encarnada  
5

gloria de Citeres,

que con tus colores

ser firme prometes!

¡Oh lirio morado,

cifra de donceles,  
10

que en pasión rendida

tímidos fallecen!

¡Oh azules jacintos!

¡Oh verdes laureles

que esperanza o celos  
15

pedís elocuentes!

Formad un variado

lindo ramillete,

con cuyos matices

mis cuitas exprese.

20

[14]

Letrilla XIV

El columpio

Entre un alto roble

y un verde nogal

un columpio hermoso

solemos colgar;

aquí las pastoras

5

de todo el lugar

vienen a mecerse

en grato solaz.

A la que más quiera

la impelo fugaz  
10

y va hendiendo el aire

como una deidad;

y en graciosa risa

quiere sujetar

la fina arandela  
15

del rico sayal:

se rompe el columpio,

ella una voz da,

y al salto, en mis brazos

logrela estrechar.

20

[15]

Letrilla XV

La ilusión del retrato

Como un inocente

estaba mirando

la corriente tersa

del arroyo manso;

y sin que la viese,  
5

mi Pastora en tanto

me echaba en los hombros

lirios deshojados.

Al punto diviso

su hermoso retrato  
10

pintarse en las aguas

con fúlgidos rayos;

perdido y sin seso

quiero despechado

la celeste imagen  
15

besar con mis labios;

sin tino en el agua

me deslizo y caigo,

y mi aleve aplaude

tan súbito baño.  
20  
[16]



Letrilla XVI  
Las paces

Si de hacer las paces

que es tiempo ya juzgo,

al soto desciendo

y a un árbol me subo.

    Mi Dafne me sigue  
5

con celo y disgusto,

relato me haciendo

de azares y sustos;

mas yo de sus cuentos

rapaz no me curo,  
10

y alcanzo más frutas

y más nidos busco.

Allá en lo mas alto

finjo que me turbo,

y troncho las ramas  
15

con gran disimulo:

se asusta, y me ruega

que baje en el punto,

y al obedecerla

las paces concluyo.

20

[17]

Letrilla XVII

El juego

Vendados los ojos

de un blanco cendal,

con las pastorcillas

me salgo a jugar;

de la mano asidas,

5

al ver el disfraz,

en torno del ciego

pónense a danzar:

y alegres en rueda

se vienen y van,  
10

sin que a las alevés

yo pueda atrapar;

ya alcanzo, mas huye,

un fino sayal,

ya prendo un pellico,  
15

mas vuelve a escapar:

y al fin de la burla,

por feliz azar,

logré a mi adorada

absorto abrazar.

20

[18]

Letrilla XVIII

El baile

Ayer en el baile

me encontré a Damón,

alegre triscando

con Dafne mi amor.

Picome de celos  
5

tan cruel sinrazón,

y este mal al punto

mi bien conoció.

Y por más herirme,

con ardid traidor  
10

prendada se hacía

del tierno amador.

Mas luego en despique,

sin pensarlo yo,

la rueda deshizo  
15

y al galán dejó.

Se vino a mí ufana,

bailamos los dos,

quedando yo alegre

y triste el pastor.  
20  
[19]

Letrilla XIX

La infidelidad

En pos de mi amada

salí al manantial,

y hallé otra pastora

¡ay Dios!, por mi mal.

Gracia tan cumplida  
5

no la vi jamás,

ni tanta apostura,

ni tanta beldad.

Sus mejillas rosas,



el seno azahar,  
10

los ojos dos soles,

la boca coral.

Infiel con mis labios

quísela besar,

rindiéndose ella  
15

cual cera a mi afán...

Mas tú, fuente clara,

testigo fatal,

por Dios no reveles

mi infidelidad.

20

[20]

Letrilla XX

La lección

Por ver en la aldea

mi ingenio lucir,

quiso mi bien darme

lección de escribir:

en la ancha corteza

5

de una haya gentil,

las letras y rasgos

me hacía distinguir;

después tales cifras

mi amante buril  
10

remedaba atento

con gracia feliz;

y en pocos ensayos

llegué a conseguir

grabar este mote  
15

en álamos mil:

«Discreción e ingenio

te lo debo a ti,

pero a tierno amante

yo solo aprendí.»

20

[21]

Letrilla XXI  
El encarecimiento

Los silbos agudos

del furioso viento,

que indómito arranca

los robles y cedros;

el río caudaloso  
5

que hinchado en hibierno

las vegas arrasa

y anega los huertos;

la horrible tormenta

que en el crudo enero  
10

destruye el sembrado

con granizo y hielo;

y el feroz rugido

de espantoso trueno

que ahuyenta al rebaño  
15

del fiel ganadero,

no me dan, bien mío,

más pena por cierto,

como si me miran

tus ojos con celo.  
20  
[22]

Letrilla XXII  
La fiesta en el río

Ir suele en la siesta

mi dueño querido

a perder las horas

jugando en el río.

En tan claro espejo  
5

su rostro divino

se adorna la esquiua

con rico atavío;

y a veces ufana

prende de sus rizos

10

las flores que coge

del margen florido:

mas yo por ajarle

tocado tan lindo,

dos guijas le arrojó  
15

desde el verde aliso;

en el agua caen

con grato sonido,

salpicando a Dafne



de humor cristalino.

20

[23]

Letrilla XXIII

La turbación

Id, mansas ovejas,

a templar la sed

al abrevadero

del fresco vergel:

las yerbas del margen

5

golosas paced,

mientras que a la cita

parece mi bien;

y a Dafne ultrajada

¡ay Dios! ¿Qué diré  
10

si sabe que he sido

a su amor infiel?

Sin duda más vale

negar con doblez,

quejándome luego  
15

de tanto desdén.

Mas ¡ah!, que ya llega,

cesó mi altivez,

y ni aun disculparme

conturbado sé.

20

[24]

Letrilla XXIV

El arroyo

Arroyuelo manso,

raudal cristalino,

¡oh cuánto me agrada

tu inquieto bullicio!

Tú riegas las flores  
5

del borde florido,

que en cambio te ofrecen

perfume el más rico;

el prado paseas

con sutiles giros,  
10

derramando en torno

tu influjo benigno...

Mas yo de tus dichas

sólo triste envidio

el ver sin cadenas  
15

tu libre albedrío,

y el que entre mil juegos,

el dulce bien mío,

imprime en tus aguas

sus labios divinos.  
20

[25]

Los amores de la aldea  
Letrillas pastoriles

[27]

Letrilla I  
Introducción

Lindas pastorcillas

del fresco Genil,

que del niño alado

la llama sentís;

las que entre las flores  
5

de tanto jardín

triscáis entre el césped

en danza gentil,

mis dulces letrillas

campestres oid,  
10

cuando entre las ramas

trina el colorín,

oiréis los suspiros

que en su frenesí

exhala en sus ayes  
15

amante infeliz,

y luego en el bosque

al son pastoril

tan tiernas canciones

podéis repetir.

20

[28]

Letrilla II

La niñez

Cual céfiro blando

que al rayar la Aurora

huye y desaparece

entre verdes hojas;

o corriente arroyo

5

de aguas bulliciosas,



que pasa triscando

a vegas remotas,

sin quedar presente

la más leve sombra  
10

del agua que corre,

del viento que sopla;

así de mi huyose

mi infancia dichosa,

y sólo su imagen  
15

queda en mi memoria.

Pero amor en cambio

en mi pecho posa,

quemándome alevé

con su ardiente antorcha.

20

[29]

Letrilla III  
El natalicio

Por tierna memoria

de mi nacimiento

plantó junto al agua

mi buen padre un fresno.

A par de mis años,  
5

lozano en extremo,

al árbol frondoso

se ha visto ir creciendo.

En su copa encuentran

en plácido fresco  
10

quietud ya las aves,

sombra el pasajero:

¡Sin duda te bastas,

árbol, a ti mismo,

en mayo florido,

15

si helado en enero!

Mas yo que rapaza

quince abriles cuento,

sin un fiel amante

feliz no me encuentro.

20

[30]

Cuando se me acerca

mi hermoso zagal,

de rubor me abraso,

no sé qué me da.

El corazón quiere  
5

turbado saltar,

y lánguida siento

el más vivo afán.

Sin duda pudiera

con su amor curar  
10

mi Tirsis amado

esta enfermedad;

¡mas no quiera el cielo

que sepa el lugar

que busco tan niña  
15

remedio a mi mal!

Y así a media noche

veré a mi galán,

y entonces, entonces

mi ardor curará.

20

[31]

Letrilla V

La ingenuidad

Más que a su cordera

tierno recental,

que al verla de gozo

comienza a balar;

más que a su consorte

5

palomo galán,

que sabe en arrullos

su ardor explicar;

más que flor al agua,

que acero al imán,  
10

más que todo ¡oh cielo!,

quiero a mi zagal:

que al mirar sus ojos

cual soles brillar,

y el rostro más fresco  
15

que fruta en agraz,



de un dulce delirio

me siento llevar,

y caigo en sus brazos

en plácido afán.

20

[32]

Letrilla VI  
Como principia amor

Guardando alegre

mis ovejillas

me salí al prado

siendo muy niña.

Al pie de un sauce  
5

vi que dormía

el niño Tirsis,

del sol envidia.

Llamele al punto,

y sus pupilas  
10

claras lucieron

cual raya el día.

Bañando el rostro

de amable risa

tendiome amante  
15

su palma fina:

sin saber cómo

le di la mía,

y desde entonces

soy su cautiva.  
20  
[33]

Letrilla VII  
El consejo

Te ruego afligida,

pastor, no te ausentes,

llevando el rebaño

a extraños vergeles.

Casado conmigo  
5

muy rico ser puedes,

uniendo a mi hato

el hato que tienes.

Ni quiero que a otra

por más bella aprecies,  
10

que las más hermosas

no son las más fieles.

Y si no me engaña

esta clara fuente,

bien merezco, ingrato,  
15

amor, no desdenes;

que tengo la cara

blanca cual la leche,

como un junco el talle,

con ojos celestes.

20

[34]

Letrilla VIII  
La transformación

Doloridas voces

suenan en el río,

cual del que se ahoga

con crudos martirios.

¡Ay Dios, que no sea  
5

el amado mío

que pasa a estas horas

a bailar conmigo!

Que si tal desgracia

me diera el destino,  
10

lánguida muriera

cual cárdeno lirio.

Mas, plegue en tal caso

al cielo benigno

transformar al punto  
15

el triste ser mío

en lúgubres cañas,

que con tristes silbos

mi desdicha cuenten

al fiel peregrino.

20

[35]

Letrilla IX

La burla amorosa

Sin cesar repite

mi amante zagal:

«¿Cuándo, vida mía,

te podré abrazar?»



Pero yo picada  
5

del necio refrán,

con donosa burla

le quise engañar.

Lo cité en el bosque

al sitio feraz,  
10

do entre verdes juncos

surte el manantial.

Allí formé un blando

lecho de arrayán,

sembrado de espinas  
15

de agreste zarzal.

El pastor alegre

se vino a acostar

se espinó, riendo

yo en tanto su mal.  
20  
[36]

Letrilla X  
El clavel

Disciplinado

tengo un clavel,

que de mi huerto

fresco corté.

Los pastorcillos  
5

andan tras él,

ansiando todos

tan dulce bien:

y yo indecisa

no sé a quien dé  
10

la prueba cierta

de mi querer.

Gentil es Tirsi,

Damón es fiel,

y así no atino  
15

cuál escoger:

que al fin quisiera,

como mujer,

tener dos novios

cuando no tres.

20  
[37]

Letrilla XI  
La tierna confianza

Dicen que mi novio,

si está de mí ausente,

pudiera olvidarme

si no aborrecerme.

Mas yo no me cuido  
5

de tales sandeces,

mientras yo lo mire

y que él me requiebre.

### Enamoradilla

le haré tiernas preces,  
10

prorrumpiendo en llanto,

ardid de mujeres;

o para irritarle,

si está indiferente,

le haré mil melindres  
15

y arteros desdenes;

y si esto ¡ay!, no basta,

dejaré me bese,

que a esta prueba nadie

resistirse puede.

20

[38]

Letrilla XII

El ardid

Si queréis, zagalas,

que en la amante lid

rindan los pastores

la altiva cerviz,

a sus voluntades  
5

lazos mil urdid,

do incautos se enreden

cual ave infeliz.

Si os siguen rendidos,

esquivas huid;  
10

si os huyen, seguidlos

con halagos mil.

Las tiernas querellas

del amor fingid,



pues no hay quien resista  
15

a un ay femenil;

que los cazadores,

a no usar de ardid,

no prendieran nunca

al cruel jabalí.  
20  
[39]

Letrilla XIII  
La envidia de amor

¡Oh cómo te envidio,

colorada rosa,

verte premiar libre

al que fiel te adora!

En tu virgen cáliz  
5

sin crudas zozobras

recibes los besos

de la mariposa;

tus pétalos rizas,

y abrazas absorta  
10

al bien que te halaga

en lazada airosa.

Venturas tan gratas

placentera gozas,

sin temor que turbe  
15

tus gustos y glorias,

mientras que a mi Tirsis

el deber me estorba

que ni un leve abrazo

le dé por corona.  
20  
[40]

Letrilla XIV  
El convite

Ven, ven, pastor mio,

bajo esta mosqueta

que cubre la gruta

con la madre selva.

Sentado a la sombra  
5

en la ardiente siesta,

regalarte quiero

con blandas finezas.

Te daré en mi taza

de marfil yo mesma,  
10

la más dulce leche

que dan mis ovejas;

después de mi huerto

la fruta más fresca,

y pura miel virgen  
15

que da mi colmena.

Tanto y más te ofrezco,

y porque lo creas,

de mi boca un beso

he de darte en prenda.

20

[41]

Letrilla XV

La red

Oculto en el prado,

tendida la red,

muestro a las palomas

artera el cimbel.

Al reclamo acuden

5

ardiéndose en sed,

e incautas se arrojan

al lazo cruel:

en prisiones quedan

sin lograr romper  
10

el hilo, aunque batan

las alas y pies.

De este ardid sin duda

valerme podré

para mil amantes  
15

cual aves prender.

Será mi hermosura

el prado o vergel,

un favor señuelo,

el lazo un desdén.  
20  
[42]

Letrilla XVI  
Propensión de la mujer

Si mi amante Tirsis

en pos de mí viene



pidiéndome amores

con ojos clementes,

tal vez lo recibo  
5

con crudos desdenes,

y en verle turbado

me gozo yo alegre;

mas ahora que tibio

observo al aleve,  
10

cuidándose poco

de mis esquivas,

en activa llama

mi pecho se enciende,

cual sed que se irrita  
15

no hallando la fuente.

Sin duda es preciso,

para yo quererte,

que huyas mis finezas

¡oh Tirsi inocente!

20

[43]

Letrilla XVII  
El billete y el ramo

En tersa vitela

un rico señor

me escribió un artero

billete de amor.

Un ramo de flores  
5

Tirsis me envió,

que es lengua de amantes

que hablamos los dos.

Aquel me brindaba

con su vil pasión,  
10

y éste me ofrecía

su tímido ardor:

en tal aventura,

¿qué resolución?

¿Qué respuesta a entrambos  
15

deberé dar yo?...

A aquél un desprecio

por cada renglón,

y al tímido joven

cien besos por flor.

20

[44]

Letrilla XVIII

La partida

Ayer ¡cruda pena!,

mi Tirsis se fue,

llevando a otros prados

su hato a pacer.

Al último abrazo

5

mi rico joyel

con su lisi3n verde

al cuello le ech3:

señal de esperanza

aquel color es,  
10

de que a mi cariño

será el pastor fiel.

En cambio el ausente

besome cort3s,

y el rostro, turbada,  
15

bañé en rosicler.

Si será o no firme

¡ay Dios!, no lo sé,

mas yo le prometo

jamás serle infiel.

20

[45]

Letrilla XIX  
El despecho

Do quier que estampe

turbada el pie,

allí perjuro

te pienso ver.

Si el prado umbrío

cruzo tal vez  
5

tras mí tu sombra

miro correr.

Si duermo, creo

que amor y fe

juras a Doris  
10

bajo el ciprés.



El dios alado

con su pincel

aquí tu imagen

retrató fiel.  
15

¡Ay si pudiera

(rabiosa sed)

herir mi pecho

y a ti allí en él!  
20  
[46]

Letrilla XX  
La esquivéz ingeniosa

Cual ninfa acostada

en la verde orilla,

al ruido del agua

me finjo dormida.

    Mi tímido amante,  
5

turbado a mi vista,

se acerca en silencio

temiendo mis iras.

Besarme amoroso

la pasión le brinda,

10

mas luego el respeto

su ardor intimida:

al fin se resuelve,

besa mis mejillas,

y yo disimulo  
15

su dulce osadía;

que así no desmiento

mi altivez esquiva,

y logro un halago

sin ofensa mía.

20

[47]

Letrilla XXI

El tesoro

Solícita guardo

el don más precioso,

que sólo mi amante

gozará, y no otro.

En mi tierno pecho

5

furtiva le escondo,

y late y conmueve

de nieve dos globos.

Velo sin mirarle,

y en plácido gozo  
10

se alegra si ríe

y gime a su lloro:

si amante me sigue

salta alegre y loco,

si me huye fallece  
15

con tristes sollozos.

Mi corazón, Tirsis,

es este tesoro,

do está en sello eterno

grabado tu rostro.

20

[48]

Letrilla XXII

La boda

¿Por qué mi fiel pecho

nada en dulces glorias,

cual fuente perenne

do el agua rebosa?

¿Por qué se me pinta  
5

más rica la choza,

el prado más verde,

más bella la aurora?

¿Por qué lo ve todo

mi mente dichosa  
10

ilusa, bordado

de flores y rosas?

¿Por qué canto alegre?

¿Por qué danzo loca,

y ciño en mis sienes  
15

floridas coronas?

Porque para el mayo,

que festivo asoma,

está prometida

mi mano y mi boda.  
20  
[49]

Letrilla XXIII  
El amanecer

Los rojos celajes



y nubes celestes

ya anuncian que el alba

raya en el oriente:

con cárdenos visos  
5

las luces se tienden,

y al prado y las flores

sus matices vuelven:

la copa del sauce

el céfiro mueve,  
10

y al lindo jilguero

en los ramos mece:

la niebla se alza,

el sol aparece,

y en grata cadencia  
15

murmura la fuente.

Aquí en la mañana

los amantes vienen

en oculta cita

a gozar mil bienes.  
20  
[50]

Letrilla XXIV  
La música

En la media noche

con la luna clara

se viene mi amante

bajo mi ventana.

Me da un blando silbo  
5

para que yo salga,

y en diestro preludio

templa la guitarra.

De tiempo de moros

un romance canta,  
10

luego la letrilla

a mí dedicada.

Cada vez que entona

su voz soberana,

de placer los ojos  
15

cierro embelesada;

pues no hay mayor gusto

que oírse cantada

por la linda boca

de aquel que se ama.  
20  
[51]

Letrillas moriscas  
[53]

Letrilla I  
La cita

¡Oh Zaida, más bella

que en fresco vergel

la risa del cielo

al amanecer!

Más pura tu boca  
5

que la pura miel,

o el purpúreo cáliz

de rosa de Fez;

más blanco tu aljófar

en su rico andén  
10

que el menudo fruto

del pino doncel;

más dulce tu habla

que en florido mes

la más dulce alloza  
15

que apaga la sed:

para hablar de amores

a tu amante ven,

bajo el fausto abrigo

del verde laurel.  
20  
[54]

Letrilla II  
Los soles

Cuando el sol de Arabia

con disco de fuego

desde el Zenit vibra

sus rayos e incendios,

y quema y consume  
5

los pimpollos tiernos

de los terebintos

y almeces del huerto,

no hieren tan vivos

como tú mi pecho  
10



cuando tus dos soles

me miran ardiendo.

Mis ojos turbados

te piden consuelo,

y en llama invisible  
15

entonces me quemo;

y una sed ardiente

y tan dulce siento,

que ni sé explicarla

ni apagarla puedo.  
20

[55]

Letrilla III  
La reconvención

No muestres tu cáliz

altiva en el prado

con púrpura y oro,

oh rosa de mayo;

ni estés, bello almendro,  
5

pomposo ni ufano

con las blancas flores

de tu verdes ramos;

ni pienses tú solo,

oloroso nardo,

10

haber el perfume

más suave y grato;

pues si a la Hourí mía

demente os comparo,

cuando amor me jura

15

con tímido labio,

vuestro albor y aroma,

y tinte encarnado,

se trueca a mis ojos

en vapor liviano.

20

[56]

Letrilla IV  
El desierto

La turba sedienta

que afligida vaga

por el mar de arena

de la ardiente Arabia,

y cuando en su abismo

5

triste muerte aguarda,

de pronto el Oasis

más frondoso halla,

gozando en la sombra

de las verdes palmas  
10

el sueño que atrae

el rumor del agua,

no prueba en su alivio

más dulce esperanza,

cual da al pecho mío  
15

mi hermosa adorada,

si piadosa alienta

mis tímidas ansias,

llevándome al cielo

con una mirada.  
20  
[57]

Letrilla V  
Las dudas

Una mano airada

de inflamado hierro,

que ardiendo invadiese

mi sensible pecho,

y en bárbaro encono  
5

me fuese oprimiendo

el corazón triste

con doliente estrecho,

mitigando a veces

tan crudo tormento  
10

para más airada

renovarle luego,

no diera a mi alma

dolor tan intenso,

ni ahogo más triste,  
15

ni tan crudo anhelo,

como el que, bien mío,

con tu amor padezco,

vagando entre dudas,

angustias y celos.

20

[58]



Letrilla VI  
La tempestad

El nublado cerco

que ciñe a la luna,

empañando el brillo

de su lumbre pura;

el aire inflamado  
5

que las aves turban,

buscando azoradas

la enramada oculta;

las cárdenas llamas

que en el cielo sulcan,  
10

y el eco del trueno

que airado retumba;

los silbos del Noto,

las sombras que cruzan,

todo, Zaida mía,  
15

tempestad anuncia.

Ven, y mientras pasa

estarás segura,

tornando a tus ojos

en cielo mi gruta.

20

[59]

Letrilla VII

El bereber

Alzad ya las tiendas,

mis tristes esclavos,

llevando a otros valles

mi pobre rebaño:

dejad del Atlante

5

los sabrosos pastos

y aduar perseguido,

al desierto huyamos.

¿Qué de mí infelice

aquí solitario,  
10

si la infiel que adoro

mi amor ha burlado?

Encuentran mis flores

abrojos por pago,

desdén mis finezas,  
15

desprecio mi llanto.

Así alzad las tiendas,

mis tristes esclavos,

y aduar perseguido,

al desierto huyamos.

20

[60]

Letrilla VIII  
Los cánticos

Primer amor mío,

adorada virgen,

astro y luz divina

que mi amor dirige;

cáliz misterioso  
5

que encierra el elixir,

balsámico alivio

de mi pecho triste;

urna de perfumes,

tesoro sublime  
10

del albor sin mancha

de armiños y cisnes;

angélica imagen

que entre rojos iris

ve en sueños brindarse  
15

mi mente felice,

antes que la luna

sus luces eclipse

oirás a tus verjas

mis cantos humildes.  
20  
[61]

Letrilla IX  
El azahar

Cuando atento miro

tu angélica faz,

gozando la lumbre

de tanta beldad,

en tu boca admiro  
5

la concha del mar

bordado su cerco

de rojo coral:

te hablo, y mi mente



se siente embriagar  
10

oyendo suave

tu voz celestial;

pero si al llegarme

con tímido afán

tu aliento de rosas  
15

aspiro inmortal,

en tan puro cáliz

disfruto a la par,

con albor y aroma,

la flor de azahar.

20

[62]

Letrilla X

El sacrificio al amor

En el mediodía

se asoma mi amor

por el alto otero

donde paso yo.

De faz tan hermosa

5

envidioso el sol,

certero la hería

con dardo traidor.

No, no, virgen mía,

mi loca afición

10

te harán ni un instante

sufrir más dolor.

Huye a la enramada,

te ruego, veloz,

y sufra esta pena

15

mi tierna pasión;

pues cada cruel rayo

que te vibra el dios,

espina es que hiere

mi fiel corazón.

20

[63]

Letrilla XI

La fiesta

Cercano al torrente

que del monte baja,

un bosque se encuentra

de almeces y acacias.

El plátano airoso  
5

ufano se alza,

besando al mecerse

las pomposas palmas.

La yedra tejiendo

la flexible rama  
10

con su sombra cubre

la agradable estancia.

La rosa y celinda

el aire embalsaman,

y de rojo y blanco  
15

la pradera esmaltan.

Aquí en ti pensando,

oh prenda adorada,

la siesta de estío

fugaz se me pasa.  
20  
[64]

Letrilla XII  
El pastor

Cuando por la tarde

inquieto te busco,

bajo los granados

cercados de juncos,

y te hallo guardando  
5

el rebaño tuyo,

y el tigre rugiendo

al lejos escucho;

y ¡oh flor del desierto!

¿Tú quieres, pregunto,  
10

que mi pecho y brazo

te sirvan de escudo?

Y logrando asenso

me siento a ti junto,

y mi afán ardiente  
15

y mi amor te juro,

el placer me agita

con tan dulce impulso

cual aura del alba



al florido arbusto.

20

[65]

Letrilla XIII

Los cabellos

Cabellos preciosos,

celestial regalo

que en nardo mi amada

me diera empapados;

selladme los ojos,  
5

tocad en mis labios

y el cuello ceñidme

con amante lazo;

cadena de flores

seréis, en presagio  
10

de ser de mi diosa

el más fiel esclavo.

Os pongo en mi rostro

y juzgo embriagado

que aún sois de sus trenzas  
15

los rizos ufanos.

Feliz el que amante

se duerma en sus brazos

de tan luengas hebras

al plácido halago.

20

[66]

Letrilla XIV

La aflicción

Si tú me encontraras,

oh Zaida inclemente,

llorando en el valle

tus crudos desdenes;

si oyeras mi labio  
5

suspirar vehemente,

o en silencio amargo

devorarme a veces;

si incierto me hallaras

vagando demente,  
10

el seno hecho pira,

los ojos dos fuentes,

acaso trocaras,

condolida al verme,

en cera tu pecho,  
15

en fuego tu nieve:

con miel redimieras

las pasadas hieles,

y cada tormento

con dulces deleites.  
20  
[67]

Letrilla XV  
El cálamo

Fresca y verde juncia,

heno delicioso,

cogido en la aurora,

en el verde soto;

anémone hermosa,  
5

perfumado aroma,

que el aura embalsamas

de olores preciosos;

enramada umbría

dosel misterioso  
10

de jazmín tejido

entre verdes olmos;

albergue y morada

a mis tiernos votos,

con lecho el más blando,  
15

prestadme officiosos;

que el tálamo apresto

de placer absorto,

do espero a la amada

cual ardiente esposo.

20

[68]

Letrilla XVI  
Los celos

El mortal Siroco

que ardiente desierto

lanza emponzoñado

de su estéril suelo,

llevando en sus alas  
5

con silbido horrendo

el fuego del rayo,

de sierpe el veneno,



y allí donde toca

carbón hace luego,  
10

y muere abrasado

quien bebe su aliento,

no causa más crudo

estrageo ni incendio,

cual da al alma mía  
15

el mal de los celos.

Huracán furioso

sacude mi pecho,

y en puñal y en sangre

placer sólo encuentro.  
20  
[69]

Letrilla XVII  
La gacela

¿Ves por el collado

pasar fugitiva,

turbada y doliente

la gacela herida?

Los hermosos ojos  
5

de negras pupilas,

¿la ves a los cielos

alzar dolorida?

Procura, aunque en vano,

con mortal porfía  
10

librarse del dardo

que infiel le lastima.

Cansada se postra,

y su mal no alivia

ni la clara fuente,  
15

ni la sombra amiga;

hasta que luchando

con triste agonía,

cual tu tierno amante,

perderá la vida.  
20  
[70]

Letrilla XVIII  
El placer

El mosto tan dulce

que exprimida mana

en el labio ardiente

la roja granada;

el dátil sabroso  
5

que brinda en las ramas,

su miel destilando

la frondosa palma;

el fruto cuajado

con púrpura y ámbar  
10

que ofrece en Engadi

la vid delicada,

no tan dulcemente

el gusto me halagan

cual tú, panal mío,  
15

si en la noche clara

al huerto en silencio

cuidadosa bajas,

y de amor bebemos

la copa encantada.

20

[71]

Letrilla XIX  
La súplica celosa

¡Oh genio inclemente

que infausto presides

con mano enemiga

mi destino triste!

Tú, que el mal acerbo  
5

que sufro concibes,

pues lava y no sangre

a mi pecho diste,

dispensa piadoso

a mi ruego humilde  
10

tus mágicas artes,

tu forma invisible;

y cuando la aleve

su amor más afirme,

y más favor logre  
15

mi rival felice,

pueda aparecerles

mi sombra terrible,



y helados al verla

con mi daga expiren.  
20

[73]

Odas anacreónticas  
Al mar

[74]

...mediique per æquora ponti

fert prædam...

OVID. Metamorphos.

[75]

Oda I  
De mi canto

No canto coronado

de rojas amapolas

las flores que da el valle

en primavera hermosa;

ni pinto en fácil verso  
5

las danzas de pastoras,

ni por la verde margen

vagar la mariposa.

Mi musa reclinada

en las marinas rocas,  
10

canta del Ponto airado

las sirtes procelosas.

Celebra embebecida

cuál el Céfito sopla,

moviendo dulcemente  
15

las cristalinas ondas;

y dice en fin de Elisa

las gracias seductoras,

si en la orilla jugando

pierde las breves horas.  
20  
[76]

Oda II  
La tarde

¡Qué fresco delicioso

corre por la marina,

y el pecho al blando influjo

con qué placer respira!

Sobre las claras aguas  
5

salta la afable brisa

que en soplos apacibles

el verde azul agita.

El mar al fausto beso

en olas mil se riza,  
10

y con leve murmullo

lame la hermosa orilla.

El Sol ya trasponiendo

por las opuestas cimas,

hiere con tibios rayos  
15

las aguas cristalinas.

La luz se desvanece

en el movable prisma,

y entre hermosos colores

bandas de fuego brillan.

20

[77]

Los africanos montes

con rosadas neblinas,

en la región del Moro

se roban a mi vista.

La alegre paviota

25

allá en los aires gira,

y tras el pez dorado

veloz al mar se vibra.

Zabúllese trazando

mil ruedas cristalinas,  
30

que entre insensibles sombras

se apagan cual la vida.

El ave sale ilesa

sobre las tersas linfas

meciéndose entre espuma  
35

como pomposa isla.

El marinero canta,

remando en su barquilla,

sus sencillos amores,

sus redes y fatigas.  
40

El ave de la noche

en las rocas vecinas

se angustia y se lamenta

con voces doloridas.

Del norte las tinieblas  
45

a descender principian,



y entre pardos celajes [78]

la Luna se divisa.

En tanto errante vaga

mi mente embebecida,  
50

tras la imagen incierta

de mi esperada dicha.

¡Dicha infiel e inconstante

cual del abril los días,

engañosa cual sombra,  
55

cual viento fugitiva! [79]

Oda III  
La pesca

Con una débil caña

y un sedal amarillo,

dél pendiente un anzuelo

pescar mi Elisa quiso.

Lanza el ardid al agua  
5

y el cebo fementido,

para prender artera

los tristes pececillos.

¡Cuál era el ver los simples

de nácar revestidos,  
10

rondar el corvo anzuelo

con delicados giros!

Uno se acerca alegre

del cebo al incentivo,

mas se retira huyendo  
15

de la sombra del hilo.

Otro del manjar gusta,

mas vase fugitivo,

oyendo de las olas

el inquieto ruido.

20

[80]

Aquel sale bullendo

más goloso y festivo,

y otros peces le siguen

más dorados y lindos.

Del corvo hierro todos

25

se temen mil peligros,

y en torno van y vienen

trazando mil caminos.

Elisa en tanto observa

el ligero corchillo,  
30

y la señal aguarda

de haber algún cautivo.

El corcho se sumerge,

ella tira con brío,

y por pez ¡cruda pena!  
35

Sacó este motetillo:

«El mar ¡oh pescadora!

Hoy se burla contigo,

premio de la que engaña

a un amador sencillo».

40

[81]

Oda IV  
El naufragio

¿Oyes, oyes, Elisa,

el repetido trueno

que forma el mar airado

las rocas combatiendo?

¿Oyes con qué rugidos  
5

embravecido el viento

se encuentra y se rechaza

en giros contrapuestos?

Parece que la esfera

de los quicios eternos  
10

se derroca al impulso

de estrepitoso fuego.

Mira pasar las nubes

con espantoso vuelo,

de siniestros colores

15

manchado el ancho cerco.

Mira cual se embravece

el turbio mar Tirreno,

queriendo enfurecido

tocar al firmamento.

20

[82]

Las olas levantando

los verdinegros cuellos,



se enroscan como sierpes

bramando en son horrendo.

Hierve el agua formando  
25

mil montes gigantescos,

que se embisten y rompen

en subterráneo estruendo.

Una nave luchando

allá se ve a lo lejos,  
30

que cruje a los embates

del airado elemento.

Su quilla ya cascada

y roto el mastelero,

sin dirección ni guía

35

toca al postrer momento.

Ya a los abismos baja,

ya sube hasta los cielos,

ya zozobra, ya anhela

ganar el salvo puerto.

40

Desesperados suben

los rancos marineros

a mástiles y entenas

para el último esfuerzo.

Pliegan las anchas velas,  
45

lanzan el corvo hierro,

pican los altos palos, [83]

timón aferran luego.

Mas ¡ah!, todo es en vano,

la nave ya sin freno  
50

sigue el ímpetu horrible

del huracán soberbio.

Las olas la arrebatan,

y en remolinos fieros

la estrellan en los riscos,  
55

con crujido tremendo.

El mar se cubre todo

de miserables restos,

y allá salen nadando

piloto y pasajeros.  
60

Pero ¡oh dolor!, escucha

los lastimados ecos

que los náufragos tristes

arrancan de su pecho:

cual, fatigado lucha  
65

por asir aquel leño;

cual, las salobres aguas

va a su pesar sorbiendo;

y el hado inexorable,

para mayor tormento,  
70

hace morir al justo

y salva a los perversos.

La Luna llora en tanto

tan mísero suceso, [84]

cubriendo el claro disco  
75

de un enlutado velo:

y yo también absorto

amargo llanto vierto,

del cielo contemplando

los crueles decretos.

80

[85]

Oda V

El báquico deseo

Si el mar se convirtiese,

y toda su agua pura,

en el licor formado

del zumo de la uva,

cambiando sus cristales

5

en la rosada espuma

que el vino bullicioso

alza en las anchas cubas,

yo entonces me embarcara

en mi dorada fusta,  
10

en cuya popa Baco

pintado está y las Musas:

con yedra entrelazara

la rica arboladura,

casando frescos lotos  
15



con flámulas de púrpura:

las sienes me ciñera

con pámpanos y juncia,

y el címbalo agitara

como bacante furia:

20

[86]

de entre las rojas olas

mi ánfora profunda

llenara, y de mis labios

cayera siempre enjuta;

lanzara hacia los cielos

25

las linfas rubicundas,

con vino, así imitando

las más copiosas lluvias:

frenético rompiera

velas, timón y aguja,  
30

para en el mar quedarme

y a tierra no ir ya nunca:

si el viento, a pesar mío,

con clemencia importuna

me impeliese al paisaje  
35

de más gente y verdura,

abriera al mar mi quilla

con una aguda punta,

hundiéndome entre néctar

a las profundas grutas.  
40

Más que vivir muriendo

entre maligna chusma,

al delicioso vino

quiero por dulce tumba. [87]

Oda VI  
La danza

Desnuda por donaire

su breve airosa planta,

del mar en las orillas

la mi Elisa danzaba:

el mar enamorado  
5

al ver lindeza tanta,

quiso por reverencia

muy humilde besarla:

mas ella, que lo esquivaba

tiene a blasón y gala,  
10

con malignos desvíos

los besos desdeñaba.

Ya al plegarse las olas

gozosa se adelanta,

y se retira huyendo  
15

si se estrellan y avanzan.

Ya en torno de la orilla

triscando Elisa vaga,

y de los blandos besos

siempre veloz se escapa.  
20

¡Oh qué hermosa parece [88]

si recoge la falda

huyendo que salpiquen

las transparentes aguas!

¡Oh qué bien que parecen!  
25

¡Oh qué bien que resaltan

sobre sus pies nevados

mil venas azuladas!

Olas en tanto salen

de derretido ámbar,  
30

que casi a los pies llegan

y nunca los alcanzan;

logrando borrar sólo,

en premio a tantas ansias,

de la movable arena  
35

las huellas estampadas:

pero mi Elisa mira

una ligera barca

que al fugitivo viento

las velas desplegaba:  
40

el mar a tal descuido

cobra nueva esperanza,

y líquidos cristales

hacia Elisa derrama:

parten, y a los pies llegan,



45

y con perlas los bañan,

quedando así la esquiva

a su pesar besada. [89]

Oda VII  
El paseo

¡Cómo sulca los mares

mi barquichuelo alegre!

¡Y cuál las verdes olas

le agitan y conmueven!

Gozosas le rodean,  
5

saltando le acometen;

ya lo elevan, lo abisman

y lascivas te mecen.

En tanto yo gozando

de tan blandos vaivenes,  
10

contemplo en nubes de oro

ceñirse el Occidente.

El sol desfallecido

de su carro desciende,

y abriéndose las aguas  
15

en ellas se sumerge.

Los remos clara espuma

alzan al mar luciente,

mientras en torno bullen

los argentados peces.  
20

Se esparcen cual rocío [90]

gotas por el ambiente,

y remedan las lluvias

de los floridos meses.

Mas ¡oh cielos!, ¿qué es esto  
25

que mi cabeza siente,

y que en mis turbios ojos

como niebla se extiende?

La orilla se me anda,

la alta ciudad se mueve,  
30

y en presto giro ruedan

las bóvedas celestes.

La misma embriaguez pruebo

que aquel que vino bebe,

y las mismas angustias

35

del que ama mucho y teme.

La tierra de su asiento

fugárseme parece,

y temo navegante

quedarme para siempre.

40

A tierra, a tierra vuelvo,

no quiero mas bajeles,

ni flámulas pintadas,

ni jarcias ni trinquetes;

quiero sólo de rosas  
45

coronadas mis sienes,

cantar desde la orilla

letrillas inocentes. [91]

Oda VIII  
Mi propósito

Atiende pues, Elisa,

cuál fuera el gusto mío,

si otra forma pudiese

tomar a mi capricho:

yo hiciera que mis miembros,  
5

en agua convertidos,

cayesen sueltamente

en transparentes hilos;

y a mí, y al mar nos vieras

hacernos un ser mismo,  
10

mas yo guardando siempre

mi amor y fiel instinto.

Sin duda tú abrasada

del caloroso estío,

buscaras anhelante  
15

a tu ardor blando alivio;

y yo, y el mar afables

brindáramos rendidos

para tu dulce baño

un silencioso asilo;  
20  
[92]



y entre, tersos cristales,

bullicioso y festivo,

absorto yo aguardara

tu cuerpo peregrino.

¡Oh qué placer, qué gozo,  
25

qué suave delirio

que tus pies me tocasen

tan desnudos y lindos!

¡Oh qué intensa alegría,

qué puro regocijo

30

besar, sin tú saberlo,

tus ocultos hechizos!

Mil círculos formara

con ámbitos distintos

que abrazaran tu cuello,  
35

talle y seno divino:

loco te encadenara

con lumbrosos anillos,

fáciles en plegarse

a tu esquivo albedrío.

40

Pompas de cristal puro

formara fugitivo,

mil fósforos alzando

con vacilante brillo.

Tú así, como inocente

45

de mis juegos malignos,

desnuda te ostentaras [93]

del transparente lino;

y viera enamorado,

y sin sufrir desvíos,  
50

bellezas que envidiara

la misma flor de Gnido.

¡Ah Elisa! ¡Cuál las gracias

que ocultas imagino!

¡Y cuál sus lindas formas  
55

sin verlas me las pinto!

Tu imagen se me muestra

ora entre mil prestigios,

y caigo enajenado

en plácido deliquio.

60

[94]

Oda IX

El faro

¡Cuál murmuran los mares

con grata mansedumbre,

lamiendo el pie a las rocas

que hasta los cielos suben!

La Luna y las estrellas

con vacilantes luces,  
5

hieren las tersas aguas

formando mil vislumbres;

y el mar hermoso ornado

de mil visos azules,

con majestad retrata  
10

la celestial techumbre.

Parece que en las aguas

mil diamantes relucen,

o que vivos luceros

aquí y allí se bullen.

15

¡Oh qué hermosos cambiantes!

¡Oh qué trémulas lumbres!

¡Qué fósforos fulgentes

brillan prestos y huyen!

La noche con su manto

20

[95]

al orbe entero cubre,

y su mágica calma

de mar a mar difunde.

El Faro en tanto gira

su máquina voluble,  
25

y en derredor sus discos

encendidos discurren.

Su resplandor dirige

al navegante buque,

que ve la estéril playa  
30

como una débil nube.

Los rayos a lo lejos

se lanzan y confunden,



y una faja, cual senda,

de fuego azul descubren.

35

Opuesta a la luz traza

la torre su alta cumbre,

y en colosal figura

su sombra en el mar hunde.

Con sus afables soplos,

40

el aura fresca y dulce,

en los tersos cristales

mil besos distribuye;

y atónitos mis labios

en cánticos prorrumpen,  
45

Dictados gravemente

por mi celeste numen. [96]

Oda X  
La serenidad

¡Cómo ostentan los mares

sus olas azuladas,

y cuál muestran ufanos

sus transparentes aguas!

En tan tersos cristales  
5

la mente embelesada

ve ilusa una llanura

de refulgente plata.

La unida superficie,

pura cual la luz clara,  
10

descubre a los mortales

las húmidas estancias.

Las menudas arenas

fielmente se retratan,

luciendo cual granates  
15

y finas esmeraldas.

De entre las verdes ovas

los pececillos saltan,

y en las diáfanas linfas

donosamente vagan.  
20  
[97]

De los rojos corales

allí se ve la planta,

y entre las rubias conchas

se ve nadar el ámbar.

La peregrina perla  
25

en su mansión de nácar,

cual belleza inocente

se oculta avergonzada.

En los hondos abismos

la vista ansiosa alcanza  
30

los restos miserables

de naves sepultadas;

restos que desparcidos

en la vecina playa,

con triste voz pregonan  
35

nafragios y desgracias. [98]

Oda XI  
El regalo

Atiende pues, bien mío,

el donoso presente,

que por amor y gala

rendido he de ofrecerte.

Es un cándido globo

5

de cristal transparente,

que encierra en agua pura

dos pequeñuelos peces.

¡Si los vieras qué lindos

y qué airosos parecen

10

rebatendo traviosos

sus colas relucientes!...

Sin duda el más hermoso,

que rojas manchas tiene,

del otro nacarado  
15

es la esposa inocente.

Ella los blandos besos

recibe con desdenes,

y del amante huye

con crudas esquivaces.  
20

Éste la solicita, [99]



la sigue tiernamente,

anhelante la halaga,

y en penas desfallece.

La amada (aunque en su pecho  
25

la misma pasión siente)

le finge mil desvíos

y desprecios crueles;

hasta que al fin rendida,

la desdeñosa vuelve  
30

cariños por cariños

más intensos y ardientes.

Ya enamorados nadan,

ya juegan y enloquecen,

ya entre espuma se fijan,  
35

ya vivos se sumergen.

Se rondan embriagados,

en el placer se aduermen,

absortos se contemplan

y bésanse mil veces.  
40

La imagen representan

de dos amantes fieles,

que en su delirio gozan

los más sabrosos bienes...

Galardón tan precioso

45

mis manos reverentes

te ofrecerán, bien mío,

si amante ya me fueres. [100]

Oda XII  
El retrato

Si quieres tus pinceles

hacerlos inmortales,

dibuja aqeste cuadro,

oh pintor admirable.

Primero pon en tabla  
5

un vistoso paisaje,

y que el mar cristalino

su hermosa costa bañe.

Pintarás a las aguas

tan puras, que retraten  
10

del sol y de los cielos

las luces vacilantes.

Y luego para ornato

las voladoras naves

pondrás, como que surcan  
15

los azulados mares.

Sus mástiles ostenten,

para mayor realce,

las flotantes banderas

meciéndose en los aires.

20

[101]

Y después a lo lejos

sonrosados celajes

finge con diestra mano,

haciendo mil cambiantes:

y si quieres tu cuadro

25

hacer inimitable,

decóralo pintando

en él mi hermosa amante.

La pintarás desnuda,

disponiendo su imagen,  
30

cubierta de la aguas

hasta el airoso talle.

Sus dos cándidos pechos

tan blancos que arrebatan,

y en ellos pon dos rosas  
35

que quieran desplegarse.

Y pinta (si a esto alcanzas

con tu exquisito arte)

el batir de su seno

cuando suspira y late.  
40

Pondrás tanta dulzura

en su bello semblante,

que irresistiblemente

a un dios airado aplaque.

En derredor del cuello  
45

las negras trenzas vaguen,

y harás de vivo fuego [102]



sus ojos celestiales.

De un perfil breve y lindo

forma su boca amable,  
50

y sus delgados labios

tiñe en color de sangre.

Sus brazos proporciona

con sin igual donaire,

que brinden blando lazo  
55

al más tibio y cobarde.

En su albo cuerpo brillen

los húmidos cristales,

que en leves hilos caigan

cual lumbrosos diamantes.

60

Al través de las aguas

sus formas virginales

deja ver, vacilando,

entre sombras fugaces.

Y después representa

65

las marinas deidades,

que vengan reverentes

a rendirla homenaje.

En mil grupos y coros,

por último remate,  
70

ponlas como ensayando

artificiosos bailes;

y a mí, desde la orilla,

también puedes pintarme [103]

como adorando absorto  
75

al retrato que saques.

Y al dar cabo a tu obra

haz de tu cuadro alarde,

pues será, cual yo he dicho,

de precio inestimable.

80

[104]

Oda XIII

El encuentro feliz

Ayer al ocultarse

el rubio dios de Delos,

tuve en la fresca orilla

este feliz encuentro.

Era un niño inocente,  
5

del talante más bello,

con túnica a la griega

y armado a lo guerrero.

Estaba el cuitadillo

reclinado en el suelo,  
10

y un hoyo por sus manos

afanoso había hecho;

y en él las puras aguas

del mar iba vertiendo,

con una blonda concha  
15

que ostentaba contento.

Conocilo; quería

con anhelante empeño

sepultar a los mares,

¡cosa fácil por cierto!  
20  
[105]

Preguntele ¿quién eres?

«Amor, replicó luego,

que trabajo incesante

por dejar el mar seco;

pues parto a unas conquistas

25

a los líbicos reinos,

y no quiero embarcarme,

que el agua me da miedo».

Reime al escucharle

tan donoso embeleco,

30

y picado gritome:

«¿Te burlas? Tu proyecto

es más loco, pues quieres

olvidar a tu dueño,

y aunque esquiva, has de amarla  
35

a pesar de ti mismo». [106]

Oda XIV  
Las ilusiones del sueño

Escucha los presagios

que en sueños me dio el cielo,



una vez que dormido

pensaba en ti, mi dueño.

En mi bajel de nácar  
5

soñé te estaba viendo,

como surcando alegre

los piélagos inmensos.

Amor en el viaje

te era fiel marinero,  
10

y con dos de sus dardos

remedaba los remos.

En torno de la nave

iban el mar hendiendo,

montadas en Delfines  
15

las hijas de Nereo;

y los locos Tritones,

con humilde respeto,

saltaban a tu vista

por lograr tu contento.  
20  
[107]

A distancia se alzaba

brillando como fuego,

formado de cristales

un palacio el más bello.

Y no sé por qué hechizos  
25

y ocultos sortilegios,

las inconstantes aguas

le eran firme cimiento;

pues él, del mar seguía

como flotante leño,  
30

meciéndose suave,

el blando movimiento.

Yo en tanto su estructura,

del gusto más correcto,

y su planta elegante  
35

observaba suspenso.

Con grandeza ostentaba

el pórtico soberbio,

corínticas columnas

de jaspe y mármol griego.  
40

Los curiosos relieves

con oro sobrepuestos

brillaban vivamente

en los cóncavos techos.

Con madreperla y conchas  
45

mil grupos arabescos

las bóvedas mostraban [108]

con acabado esmero.

¡Qué mármoles se vían!

¡Qué entallados trofeos!  
50

¡Qué estatuas torneadas!

¡Qué ricos paramentos!

Con proporción airosa

el más mullido lecho

bajo un dosel dorado  
55

se alzaba allá en el centro.

Con pérsicas alfombras

noté que estaba hecho,

y de purpúreas telas

blandas cual muelle heno.  
60

Eran de seda y oro

los lucientes arreos,

de cristal las pilastras,

y azul el sobrecielo.

Mil trémulos colores  
65

la luz formaba, hiriendo

el trasparente estuco

del artesón excelso.

¡Oh qué iris tan fugaces

vagaban por el viento!  
70

¡Qué ráfagas, qué rayos!

¡Qué vivos reverberos!

El mar sonaba en torno

con murmurar sereno, [109]

con su diáfana espuma  
75

sembrando el pavimento;

y una luz empapada



en delicioso fresco,

bañaba de ambrosía

el nupcial aposento.

80

Aquí del mar saltaste,

y con sumiso afecto

los peces te adoraban

asomando sus cuellos.

Los dioses entretanto

85

con grato acatamiento,

tan magnífico alcázar

humildes te ofrecieron.

Y Amor, que como niño

habla siempre el primero,  
90

una arenga te hizo

con gracioso despejo.

En ella relataba

como el marino imperio

y el mando de las olas  
95

te eran dadas en feudo;

y que en colmo a tu dicha

podrías partir el cetro,

uniéndote a tu amante

con feliz himeneo.

100

En esto ¡ay!, (al decirlo [110]

se me traspasa el pecho)

Mi rival presentose

gozoso y placentero.

Conocile en sus garzos

105

ojos, y por lo suelto

de su flexible talle,

y en su galán aspecto.

Él asió de tu mano,

y con blandos requiebros  
110

al tálamo dichoso

te agujaba sediento.

Con lascivo abandono

premiábasle sus ruegos,

y tú le requerías  
115

con ademanes tiernos.

El placer en el punto

os cobijó su velo,

y en derredor giraba

vuestra ventura haciendo.

120

Al través del celaje

os vi un breve momento

confusas ya tus trenzas

con su anillado pelo.

En mil himnos los coros  
125

entonces prorrumpieron,

y acordes resonaban

los armónicos ecos. [111]

Con un cendal celeste

quiso vendarme Venus,  
130

rogándome no viese

tu gloria y mis tormentos.

Mas yo esquivé su oferta,

y contemplé a su hijuelo

que se arrancó una pluma  
135

de las alas riendo;

y con tinte de rosas

en un cándido lienzo

vuestras dulces caricias

veraz iba escribiendo;  
140

y después por picarme,

con malicioso empeño

la suma me mostraba

que de ellas había hecho.

Conté, y por cada gota  
145

que el mar tiene en su seno

cien ósculos ardientes

mi rival te había impreso;

y tú en pago le dieras

un abrazo y dos besos  
150

por cada blonda hebra

de sus rubios cabellos. [112]



Oda XV  
El amanecer

Ya el alba en el oriente

sonriendo descorre

los transparentes velos

de la lóbrega noche.

Derrama en las esferas  
5

sus cándidos fulgores,

y el mar pinta del cielo

los rojos pabellones.

¡Qué majestad sublime!

¡Qué grandeza, qué orden  
10

sonda la ansiosa vista

do quiera que repose!

Aquí el delfín parece

con sentidos trasportes,

como a dar la alborada  
15

a Febo cuando asome.

Allí saltan los peces,

y entre las ovas corren,

y bullen locamente

con fingidos temores.

20

[113]

En su ilusión los ojos

ven en el horizonte

juntarse mar y cielo

cual demarcando el orbe.

Entretanto Neptuno

25

sus imperios recorre,

y se avanza sentado

en su marino coche.

Es de coral y concha,

tirado de Tritones,  
30

y el blanco, azul y rojo

ostenta por colores.

Las Ninfas le preceden

sonando caracoles,

y en derredor solaza  
35

una turba de Dioses.

Al agua pura suben

los simples moradores

a ofrecer reverentes

a la deidad sus dones.  
40

Se sacuden y escarchan

los húmidos licores,

cual copiosos diamantes

en brillantez conformes.

Entre los juncos nada  
45

de los tristes Alciones

el nido, dulce fruto [114]

de sus castos amores.

La tempestad al verlo

huye al oscuro Norte,  
50

y el marinero experto

navega alegre entonces.

Allá en las altas mares

se ven embarcaciones

que el estrecho de Alcides  
55

entre nubes trasponen.

Ya apunta el Sol, ¡qué visos!

¡Qué hermosos resplandores

los piélagos arrojan

y los cercanos montes!  
60

El dios viene en su carro

de caballos veloces,

y su disco de oro

fijo en el cielo pone.

¡Oh qué ilusiones nuevas,

65

qué brillos, qué esplendores

miran ora los peces,

y contemplan los hombres! [115]

Oda XVI  
La galera mora

A cautivar hermosas

y buscando venganzas,

una galera mora

rondando está la playa.



El bizarro Albenzaide  
5

cual adalid la manda,

árabe descendiente

de reyes de la Alhambra,

audaz en la ribera

con pie esforzado salta,  
10

y en pos de él veloces

mil bravos desembarcan.

Llevan verdes turbantes,

con marlotas moradas,

y azules alquiceles  
15

por más vistosa gala.

Cada cual en sus manos

muestra pica y adarga,

y del tahalí suspenden

tajantes cimitarras.  
20  
[116]

Oculto por las sombras

la infiel legión avanza,

y el brillo de la Luna

la senda le señala.

El cautiverio y muerte  
25

siembra en su airada marcha

y todo en el camino

lo destruye y arrasa.

La acometida en tanto

con lumbres y humaradas  
30

publican por la costa

las torres y atalayas.

A lo lejos se escucha

la ronca voz de alarma,

y el peón y el jinete

35

al choque se preparan.

Tras el pendón de Cristo

las huestes esforzadas,

tan graves como hermosas,

airosamente marchan.

40

Los guerreros cubiertos

se ven de dura malla,

guarnidos fuertemente

del casco y la coraza.

El vencedor Ramiro  
45

preside las escuadras,

y la roja Cruz lleva [117]

en su pecho estampada.

Vibra en su noble mano

la fulminante lanza,  
50

y el flexible penacho

se mece en la celada.

En las primeras filas

brioso se adelanta,

y al moro más osado  
55

de un recio golpe mata.

Los añafiles suenan,

truenan las roncadas cajas,

y las furiosas huestes

con denuedo se cargan.  
60

La media luna cede,

y en sus ligeras lanchas

los feroces alarbes

a nado se reembarcan.

La roja sangre corre,  
65

el duro suelo mancha,

y en tinto color tiñe

las transparentes aguas.

Ramiro tras los moros

sus bajeles asalta,  
70

y allí con Albenzaide

renueva la batalla.

Mas pronto sin amparo,

roto el arnés, sin armas, [118]

y acosado de muchos  
75

rindió la fuerte espada.

Lo cargan de cadenas,

cruelmente lo atan,

y a Túnez da la vuelta



la mora galeaza;  
80

y mientras, en la orilla

con triste disonancia,

lloran una victoria

a tal precio comprada. [119]

Oda XVII  
Las bodas de Neptuno

Al celebrar sus bodas

Neptuno y Anfitrite,

el niño de las flechas

estuvo en los festines.

Eran dioses y ninfas  
5

todos los del convite,

y el vino lo escanciaban

los hermosos Delfines.

Las Sirenas se oían

en coros apacibles,  
10

y en derredor triscaban

los Nereidas felices.

Se entonaron mil himnos,

dulces motes y brindis,

y amor solo en la bulla  
15

lloroso estaba y triste.

Sin duda se acordaba

de su adorada Psiquis,

y sus ojos vertían

líquidos ametistes.  
20

Un Tritón entre tantos [120]

más atrevido y libre

lo burló, pero pronto

tuvo que arrepentirse.

Toma una ebúrnea copa,  
25

y en el licor exprime

de las letales yerbas

que al labio bien no dicen.

Al Amor luego alegre

que beba pide humilde;  
30

el dios bebe, y al punto

el amargor percibe:

frunce de rabia el gesto,

da mil gritos horribles,

y de su boca el néctar  
35

espumando despide.

Vacía en el mar la copa,

y airado le maldice,

y suplica a los cielos

que no sufran tal crimen.  
40

Su queja fue admitida,

y Júpiter terrible

mudó las claras linfas

en las salobres sirtes.

Desde entonces las aguas  
45

del mar son insufribles,

y punzan en los labios

con amargo salitre. [121]

Oda XVIII  
Los peces

Cual numeroso pueblo

que emigra a otras regiones,

los fugitivos peces

el verde mar recorren.

Como una densa nube

5

caminan, y veloces

el pendón y caudillo

siguen en grato orden.

Forman mil laberintos,

mil giros, y discordes

10

toman diversas sendas

y marcha y filas rompen.

Ya otra vez se concitan,

de nuevo huyen, se esconden,

bésanse, y se acometen  
15

con sus febles arpones.

Agitan en sus juegos

con tibios resplandores

el agua, y cada gota



bulle mil vivos soles.

20

[122]

¡Qué matices ostentan

sus colas! ¡Qué colores

sus cuellos! Y sus pechos

¡qué manchas y arreboles!

Ora los cuitadillos

25

solazan, y ora inmables

se muestran, y de pronto

se zabullen y corren.

¡Qué festivos se halagan

con donosos amores!  
30

¡Cuál palpitan de gozo

sus fieles corazones!

Dichosos pececillos,

plegue a los altos dioses

líbraros de las redes  
35

de crueles pescadores;

y que vuestras esposas

en paz feliz desoven,

entre juncos y algas

sin pérfidos temores.

40

[123]

Oda XIX

La bella comparación

¿Qué símil, qué retrato

de la mujer variable,

creó naturaleza

en lo infiel e inconstante?

¿Y quién de la mudanza

5

no ve la viva imagen

en una mujer bella

y en los azules mares?

El mar, que placentero

ya con mil besos lame  
10

reverente la orilla,

y luego se retrae.

Ya inquieto, un sordo trueno

en los abismos hace,

apenas reprimiendo  
15

su indómito coraje.

Ya airado se levanta

turbio y feroz, y bate

las playas, y mil tumbas

entre sus olas abre.

20

[124]

Ora apacible y manso

mueve la frágil nave,

como a las tiernas flores

mece sereno el aire.

Ora audaz con sus ondas  
25

soberbio la combate,

y a los someros riscos

impélela a estrellarse.

Verás manchar en cieno

sus hermosos cristales,  
30

o en un verde sombrío

sus azules brillantes.

Verasle ya en sus linfas

las luces agradables

de los fúlgidos astros  
35

retratar vacilante,

y trazar de los peces

los giros más fugaces,

borrándolos al punto

con bullir incesante.  
40

Formar mil hondos surcos

y vértigos verasle,

y en una ancha llanura

al punto transformarse.

Ya en su calma convida  
45

de nuevo al navegante,

prometiéndole en su aspecto [125]

el más feliz viaje.

Ora trueno soberbio,

ora susurra afable,  
50

ora es manso, ora inquieto,

pero jamás constante.



¡Ah Elisa! Sin pensarlo

tu retrato indudable

saqué, cuando pintaba  
55

la imagen de los mares.

Tú me esquivas y huyes

para luego llamarme;

ya libre me convidas,

ya te finges cobarde.  
60

Primero me aborreces

para luego adorarme,

y en tu amor, cual las aguas,

eres siempre inconstante. [126]

Oda XX  
El certamen

Cumpliéndome que era

el más veloz remero,

quiso ver mi adorada

mi destreza y denuedo;

y sentada en un risco  
5

de rojo coral hecho,

al que llegase a ella,

prometió dar un beso.

Mi rival y yo al punto

emulamos tal premio,  
10

y cada cual su esquife

aparejó risueño.

Iba yo coronado

de jazmines modestos,

y de juncias y sauces  
15

orné mi mastelero.

Mas mi rival, cual joven

amante y satisfecho,

ciñó su sien de rosas

y arrayanes de Venus.

20

[127]

Luego el amor (que es siempre

el juez en estos juegos)

sonó una caracola,

clarín de marineros.

A este aviso tendimos  
25

los brazos a los remos,

con ímpetu cortando

el verde mar con ellos.

Desesperadamente

remábamos contentos,  
30

y en ronco son se oía

como aquejarse el pecho.

¡Cuál era nuestra ira

por no volar! ¡Qué esfuerzo

prestábamos al barco  
35

las aguas sacudiendo!

¡Qué emulación, qué gloria

por ser el delantero!

¡Qué dicha conquistando

tal triunfo y vencimiento!  
40

Su palma la victoria

al ver igual empeño

quiso partir, de lauro

ornando nuestros cuellos;

pero yo enfurecido,  
45

en vivo fuego hirviendo,

pasé de mi enemigo [128]

el barco placentero.

Al anhelado risco

loco de gozo llego,  
50

y al querer saltar, caigo

sin tino al mar soberbio.

Mi rival mientras arriba,

me mira sonriendo,

requebró a mi adorada  
55

y se ganó mi beso. [129]

Oda XXI  
Amor y la tempestad

Queriendo yo embarcarme

en las playas vecinas,

un pescador muchacho

me ofreció su barquilla.



Era de hermoso talle,  
5

de cara la más linda,

y en sus ojos saltaban

las bullentes pupilas.

Yo al verle tan donoso

besele en la mejilla,  
10

y admití reverente

su súplica rendida.

Embarqueme, y al punto

él remó tan de prisa,

que a poco entre celajes  
15

despareció la orilla.

Yo en tanto cauteloso

por entre sus ropillas

columbrele dos flechas

en un carcax sumidas;  
20  
[130]

y de unas ricas plumas,

azules y amarillas,

dos alas le vi airosas

que en sus hombros batían.

Éste es Amor, me dije,  
25

y con malvada risa

el rapaz se gozaba

de su burla maligna.

«Amor, me dijo, soy;

vas a probar mis iras,  
30

sufriendo en estos mares

las tempestades mías».

Dijo, y a sus palabras

los mares se concitan,

las nubes se aglomeran,  
35

y el Noto airado silba.

¡Oh qué cárdenas luces

y relámpagos brillan!

¡Oh qué llamas y rayos

la alta techumbre vibra!  
40

Ya toca allá en los astros

la nao su popa altiva,

ya en las hondas cavernas

sepúltase abatida.

El velamen se rompe,  
45

la entena se desquicia,

y con las turbias olas [131]

tiembla la débil quilla.

Con vaivenes tan recios

entúrbiase mi vista,  
50

y sienten peso grave

mis sienes doloridas.

Reclino mi cabeza,

mas con cruda malicia

tan delgado consuelo  
55

aleve el dios me quita;

pues con sus albas manos

la barca sacudía,

colmando así mi pecho

de angustias y fatigas.  
60

¡Oh qué gozo era el suyo

al ver mis tristes cuitas!

¡Oh como me increpaba

la embriaguez que sentía!

En mis lívidos labios  
65

brotaba amargo acíbar,

y el pecho me saltaba,

temblando mis rodillas.

En huracán tan recio

mi mente embebecida  
70

siempre esperanza tuvo

que amor fuese su guía;

mas el traidor de pronto

dejó mi navecilla, [132]

rompiendo el timón antes  
75

para mayor desdicha.

De entonces vago iluso

a la merced esquivada,

del huracán terrible



de amor y de sus iras.

80

[133]

Oda XXII

La reflexión

Mira, sensible Elisa,

en los mares profundos

el mismo mal y angustia

que el cielo al hombre impuso.

Cruel naturaleza

5

maligno placer tuvo

en derramar do quiera

muerte, dolor y luto.

No hallarás en los peces

el dulce amor, los gustos,  
10

que en seres tan sencillos

creyó tu pecho iluso:

que los verdes palacios

no son, mi bien, más puros

que las altas moradas  
15

de jaspe y rico estuco.

Cual los hombres, se odian,

se dañan furibundos;

los fuertes son tiranos,

el débil sufre el yugo.

20

[134]

Todos llevan pacientes

el más grave infortunio,

si a otro más flaco logran

esclavizar injustos.

Al contemplar, bien mío,

25

tan triste cuadro, dudo

que la virtud y dicha

se encuentren en el mundo.

Mira en prueba siguiendo

el horrendo tiburo  
30

a la infeliz dorada,

de clemencia desnudo.

Allá va la ballena,

despiadado verdugo

del pez que airada encuentra  
35

en su rápido curso.

Y el pescador a poco

hiere al inmenso bruto,

abriendo su ancho seno

con el arpón agudo.

40

Focas allí y delfines

en coléricos grupos,

se embisten y batallan,

de humana lid trasunto.

Todos, todos se oprimen,  
45

y en mi amargura juzgo

que al mal todos caminan [135]

por encontrados rumbos.

¿Mas quién necio se asombra

de tanto mal? ¿Qué mucho  
50

que quieran devorarse

los hijos de Neptuno?

El cielo imprimió al orbe

irresistible impulso,

y arrebatados todos  
55

siguen tan ciego influjo;

y aunque horribles cayesen

millares de diluvios,

el mal reinará en todo,

y el bien huirá cual humo.  
60

Nuestros pechos se hielan

con cuadros tan impuros,

y tiemblan cual al viento

las hojas del arbusto.

Ven pues, oh dulce Elisa,  
65

descansaremos juntos

bajo estas altas rocas,

revestidas de musgo.

Huyamos, que en la orilla

mi esquife tengo surto,  
70

a unos riscos sujeto,

con retorcidos juncos.

Busquemos los placeres,



huyamos los disgustos, [136]

que el agua aquí convida  
75

con su grato murmurio.

Y al sueño pagaremos

el más dulce tributo,

sellando tú mis labios,

y yo, mi bien, los tuyos.  
80  
[137]

Oda XXIII  
Los pescadores

Meciéndose en las velas

el ligero Favonio,

el pescador esquife

parte a tender el copo:

hiende las claras olas,  
5

y en giro el más vistoso

deslízase en la espalda

del azulado Ponto.

Sacuden los remeros

tersas pompas y globos,

10

luciendo entre la espuma

mil rubís y abalorios.

La endurecida gente

con gritos de alborozo,

las redes y las nasas  
15

cala en el turbio fondo.

Nueva chusma en la orilla

do bate el mar sonoro,

a tan cruel faena

presta mutuo socorro.

20

[138]

Arrastran de las redes

doblado el duro dorso,

el pie firme en la arena,

bajo el tostado rostro.

Brota en la sien ardiente

25

el afanoso lloro,

y en fresco lo trasforma

el viento con sus soplos.

Doblan las luengas cuerdas

en enroscados rollos,  
30

y así el copo se acerca

lleno de ardid y dolo.

Encima de las olas

nadan los leves corchos,

y el ámbito señalan  
35

do hace la red sus robos.

Destruye en su carrera

del pez el nido ovoso,

sus placeres y estancias

con implacable enojo.  
40

Los crueles pescadores

con alaridos ronc

anuncian ya las redes

gritando en alto coro.

En dos bandos se avanzan,  
45

y con terrible encono

hieren endurecidos [139]

al pez lleno de asombro.

Allí tristes palpitan

los presos lastimosos,  
50

entre juncos y cañas

y marinos tesoros.

En roja sangre tiñen

sus doloridos ojos,

y saltan las escamas  
55

cual láminas de oro.

Ora inquietos se mueven,

y luego en abandono

esperan que les abra

la muerte el triste orco.  
60

Su brillantez empañan

la arena y negro polvo,

y pesarosos mueren

sin gala y sin adorno.

Su bullir incesante  
65

forma un murmullo sordo,



do percibe el oído

lágrimas y sollozos.

En mil ricos rimeros

los dividen entorno,  
70

do brilla la dorada

y el purpurino ostro.

El sol los ilumina

con mil cambiantes rojos, [140]

formando azules visos  
75

desde su excelso trono.

Los pescadores parten

los sangrientos despojos,

retirando el esquife

del cristalino golfo.  
80

Y después en un bosque

de palmas y altos chopos,

prueban en blando sueño

el más dulce reposo. [141]

Oda XXIV  
La nave

Allá en aquella orilla,

de céspedes cubierta,

los rancos marineros

gigante nao carenan.

En bronce tachonada  
5

la fuerte quilla muestra,

y la redonda popa

ornada ya se ostenta.

El incesante golpe

del martillo resuena,  
10

y el eco lo repite

con pausada cadencia.

Los encorvados leños

se embuten y sujetan,

y los largos costados  
15

bañan de hirviente breá.

Los mástiles se alzan,

colócase la entena,

y flotan en los aires

las jarcias y banderas.

20

[142]

Ya el rayo en el alcázar

con feroz traza asestan,

ya en el mar cristalino

lanzan la nao serena.

Con majestad al viento

25

tiende sus anchas velas,

y con sosiego hiende

la superficie tersa.

Borrascas la amenazan,

el huracán la espera,  
30

ella empero camina

de susto siempre exenta.

Los vientos la dirigen,

a puros soplos vuela,

y por fuerte cimienta  
35

delgadas tablas cuenta.

Tras esperanzas corre,

sigue su rumbo incierta,

y en pos va de tesoros

y de orientales perlas.  
40

Por un tejo de plata

trocará su inocencia,

y adquirirá más vicios,

ninguna virtud nueva.

Después de mil peligros  
45

y fortunas adversas,

retornará a estas playas [143]

colmada de riquezas.

Gócelas sin envidia

si puede, y placentera  
50

a más luengos viajes

apréstese contenta.

Que yo por mí, más quiero

hollar esta pradera

con pie seguro y cierto  
55



siguiendo a mis ovejas:

más quiero coger flores,

y ornar tu cabellera

de lirios inocentes

y puras azucenas.

60

[144]

Oda XXV

Los juegos en el mar

Oye, Elisa, en la orilla

el festejo y bullicio

del pueblo que se entrega

al fasto regocijo.

Se embarca placentero,  
5

y hendiendo el mar tranquilo,

forma en ligeras barcas

un anchuroso circo.

La luna entre las ondas

del céfiro al supiro  
10

riza la tez serena

entre esplendores tibios.

En medio se levantan,

como flotantes pinos,

dos árboles pomposos

15

en pólvora embutidos.

De mimbre y frágil caña

difícil laberinto

muestran, con los colores

más vistosos y lindos.

20

[145]

Mil faroles pintados

con graciosos caprichos,

dejan ver relumbrando

tan galán atavío.

Allí infernal salitre  
25

con mil nudos y anillos,

cede dócil al arte

su infausto poderío;

y una ingeniosa mano,

cual con oculto hechizo,  
30

hace que al placer sirva

su llama y fuego activo.

Ya nuncio de la fiesta

en prolongado silbo

parte el raudo cohete,  
35

con reluciente giro.

Una ráfaga hermosa

señala su camino,

y entre el azul estalla

con sonoro estampido.  
40

Otros mil revolando

con recamado brillo,

remedan entre llamas

los celestiales signos.

Unos se arden y truenan,  
45

y bajan desprendidos

en mil sierpes de oro, [146]

o en mil lumbrosos hilos.

Otros se abren, y sueltan

cual copiosos racimos,  
50

flores las más hermosas

en ramos encendidos;

y el mar, reverberando

tanta luz, cristalino,

en cada gota bulle  
55

un rojo sol de estío.

En tanto allí se agitan

en prestos remolinos

mil círculos de llamas,

con alegres tronidos.  
60

Relucen cual coronas,

y en sus ardientes discos

ruedan fúlgidos rayos

entre azul y amarillo.

Mas ya un fuego volante,  
65

de hábil mano impelido,

prende el vistoso incendio

al mágico artificio.

Una descarga anuncia



con eco repetido,  
70

que el indómito azufre

rompe sus febles grillos;

y las llamas alzando

su ardiente señorío [147]

los ámbitos dibujan  
75

de dos bellos castillos.

Beben la luz los ojos,

viendo entre mil prestigios

las torres y murallas

de un gótico edificio.  
80

Banderas y trofeos

y despojos moriscos,

con ágatas adornan

los altos frontispicios;

y columnas ardiendo  
85

cual de pórvido egipcio,

trazan las galerías

entre adornos corintios.

Pirámides de oro

allí abrasarse admiro,  
90

y allá contemplo arderse

grandiosos obeliscos.

¡Qué templos aparecen!

¡Qué pensiles asirios!

¡Qué pagodas, qué grutas!  
95

¡Qué arcadas y qué asilos!

La luz cierne sus rayos

en el prisma marino,

robando al arco iris

su hermoso colorido.  
100

Otras descargas suenan, [148]

y brillan de improviso

los jardines y huertos

de Hespérides floridos.

Los árboles de fuego  
105

en cien bosques distintos,

de oro y azul las hojas,

mecen la copa erguidos.

Allá ostentan su fruto

los plátanos del Indo,  
110

y allí toronjas de oro

los naranjos y cidros.

Por flores en las ramas

mece el viento festivo

corolas de diamantes  
115

o piñas de zafiros.

¡Oh qué ilusiones nuevas!

¡Qué carmines, qué visos

prestan su faz de rosa

al cielo y mar vecino!  
120

Ora el fuego cual agua

se lanza fugitivo

por las fingidas fuentes

de una Venus o Io.

Ora en raudales cae,  
125

y en murmurar contino

llena hermosos estanques

con rubís derretidos. [149]

Allá corre entre olas,

y cual soberbio río  
130

se despeña en cascadas

por inflamados riscos.

Crece el vistoso incendio,

y en hondos precipicios

las olas se sumergen

135

yendo al eterno olvido.

Se esparcen por los aires

raudales de jacintos,

empapándose el éter

de un brillante rocío.

140

Parece que el sol corre

los húmidos dominios,

iluminando al agua

con sus fúlgidos tiros.



La boreal aurora  
145

en el glacial recinto

hiriendo al blanco hielo

no da claror más limpio.

Salvas y salvas suenan,

y de su débil quicio  
150

salta el papel pintado

con garulo estallido.

Guirnaldas se desprenden

de roja rosa y lirios,

volando leves copos  
155  
[150]

cual ricos vellocinos.

Llueven granos de fuego,

y cual en terso vidrio

ruedan sobre la espuma

los globos transparentes.  
160

Pompas y lumbres vuelan,

arde el azul vacío,

y pírnicos florones

deshoja el viento esquivo.

¡Qué cifras se dibujan!  
165

¡Qué blasones tan ricos!

¡Qué adargas, qué preseas!

¡Qué orientales prodigios!

Arden hermosas palmas,

y de inflamado mirto  
170

se estampan con centellas

los palacios de Chipro.

Los celajes ligeros

se visten purpurinos

del color y plumaje  
175

del ave paraíso.

Y el ópalo y el nácar

en piropos fundidos,

dan el barniz más puro

al vapor fugitivo.  
180

De pronto allá en la cumbre

del pabellón ardido [151]

se muestra entre más fuego

un bello paraninfo.

Bate las lindas alas,  
185

y en ademán divino

despliega con sus manos

un manto Real de armiños.

Allí en luz, transparente

se ve en arte exquisito  
190

De la Corona Hispana

el timbre esclarecido.

Castillos y leones,

y en medio un cerco fijo,

con blancas azucenas  
195

de honor y gloria signo.

La heráldica divisa

dejaba ver escritos

entre cifras y orlas

este celeste aviso:  
200

«La Hebe de las Reinas,

la hermosa flor de Gnido,

la esposa de Fernando,

de Hesperia astro benigno,

deslaza la sortija  
205

del castísimo cinto,

hirviendo ya en su seno

con maternal cariño».

A tal nueva en la turba [152]

con bulliciosos gritos,  
210

mil plácemes y dichas

se daban de amor idos;

que en el dichoso fruto,

alcanza el fiel instinto

el sello de ventura  
215

de dos orbes unidos;

y en la progenie hermosa

de Carlos y Filipo,

las glorias y los triunfos



de Alfonsos y Ramiros.  
220

Mientras, la fiesta sigue,

y en desigual sonido

los vocingleros fuegos

dan más gozo y delirio.

Parece cristal puro  
225

el estrellado Olimpo,

reverberando auroras

de hogueras mil herido.

Las marinas deidades

dejando el verde abismo,  
230

sobre el agua solazan

depuesto el ceño altivo.

Y yo absorto en la orilla

cuadro tan bello pinto,

de lealtad inflamado  
235

también el pecho mío.

[153]

Romances  
Galantes y pastoriles

PRIMERA PARTE

[154]

Árbol que fuiste testigo  
del bien primero y postrero  
que amor me dio en galardón  
de los males que padezco;  
cuando te planté, vivía  
con un solo bien contento,  
y ahora mil sinsabores  
agravan más mi tormento.

LOPE DE VEGA

[155]

Romance I  
La mañana de abril

¡Cuán fausto viene en los brazos  
  
del regalado Favonio

bañada su faz en risa

el mes de Abril venturoso!

¡Cuál en un carro de flores,  
5

triscando alegres entorno,

las leves Horas lo traen

en su riquísimo solio!

Galán de la Primavera,

del año nuncio glorioso,  
10

do quier que tiende la vista

rosas siembra y quita abrojos.

La mañana engalanando

su cabello y virgen rostro,

sale a su feliz encuentro  
15

llena del más puro gozo.

En su regazo de aromas

con mil inocentes votos

le acoge, y le da mil besos

en ademán cariñoso.  
20  
[156]

En tanto del claro Oriente

asoma el sol en su trono,

dando al prado mil colores

con su disco luminoso.

Mil pintorescos celajes  
25

la mente ve con asombro,

que la hermosa luz reflejan

cual prisma maravilloso.

¡Oh qué ráfagas celestes!

¡Qué pabellones de oro!  
30

¡Qué carmines y arreboles

do quier deslumbran los ojos!

Allá las rosadas nubes

en fresca lluvia de pronto

se deshacen, fecundando  
35

del prado el menudo polvo.

Mil hilos de perlas caen

cual lucientes abalorios,

que al descenso los columpia

el Céfiro con sus soplos.  
40

La luz fugaz reverbera

en tan cristalinos copos,

y al través se ven vagando

los cambiantes más vistosos:

en tanto que a la otra parte  
45

se mece en noble decoro

el arco hermoso del iris [157]

orlado de azul y rojo.

Con su lluvia el claro día



se baña en fúlgido lloro,  
50

mientras que en el alto cielo

se ostenta riente Apolo.

¡Oh qué mágico contraste,

ver pintarse el alborozo

entre el llanto y la sonrisa  
55

en la faz del orbe todo!

¡Cuál con su aliento inocente

vence el Abril delicioso

las galas del fértil Mayo,

las mieses del rico Agosto!  
60

El vergel alza sus ramas,

y meciendo sus pimpollo,

escarcha el fresco rocío

en mil topacios lumbrosos.

El agua en las leves hojas  
65

se cuaja en lucientes globos,

que en mil brillos multiplican

del sol los rayos dudosos.

El azahar se conmueve

en sus fragantes cogollos,  
70

embalsamando el ambiente

con su perfume oloroso.

El rosal y los claveles,

del jardín florido adorno, [158]

matizan ya sus capullos  
75

en tildes, jaldes y blondos.

Ya reverdecen las vides,

y en sus yemas y retoños

sacuden del crudo hibierno

el letargo y mortal opio.

80

Entre madreselva y mirto

la hiedra se abraza al tronco,

y ensortijando sus ramas

busca en él piadoso apoyo.

Desde su sombra anhelantes,

85

volando tras sus esposos,

salen las blancas palomas

clamando en arrullos roncros.

Escenas tan agradables

en apacible alboroto  
90

las avecillas celebran

en mil armónicos coros;

y allá en la fresca cañada

entre los tallos del olmo,

se lamenta con mil trinos  
95

el ruiseñor amoroso.

Por los riscos de la sierra,

huérfano dejando el chozo,

en pos viene del rebaño

el zagalejo donoso

100

detrás de la blanca madre [159]

trisca el inocente choto

con delicados balidos,

y en agraciados retozos.

En la ladera frondosa

105

salta relinchando el potro,

y recostado en la yerba

gravemente muge el toro.

Despeñado por los riscos

baja el cristalino arroyo,  
110

enamorando al oído

con su murmullo sonoro.

Ora aquí gira en mil vueltas

fugitivo y bullicioso,

por salvar de alguna piedra  
115

el leve y rústico estorbo.

Ora allá, sesgando el paso

en un remanso gracioso,

cual en trasparente espejo

retrata los verdes pobos.

120

Sobre el margen liba el agua,

en mil delicados sorbos,

el pájaro que a su nido

lleva tan dulce socorro.



Este pintoresco cuadro,  
125

por remate prodigioso,

al horizonte termina

en un dilatado soto. [160]

Y la opuesta cordillera,

de la tierra inmenso aborto,  
130

sale a poner con su mole

a la vista linde y coto.

Entre la verde espesura

de los álamos frondosos

descuella algún caserío,  
135

fausto albergue del contorno.

Veloz por la oscura umbría

huye del fiel perro el lobo,

que deja yermo el aprisco

con sus sangrientos destrozos;  
140

y el montero por las quiebras

en ademán cuidadoso

ora persigue la liebre,

ora el fugitivo corzo.

Asesta y dispara el arma,  
145

el humo se alza espantoso,

y el eco tardo a lo lejos

multiplica el trueno sordo.

Envuelto en la horrenda nube

parte el mortífero plomo,  
150

y tras la víctima herida

se lanza ladrando el dogo.

El ánade en el estanque

se baña ufano y pomposo,

y los rubios pececillos

155

[161]

se ven nadar en el fondo.

Sobre el cáliz de las flores

en discorde desentono,

vaga y susurra la abeja

libando dulces tesoros;

160

y la linda mariposa

en giros raudos y locos,

muestra cual siempre su pecho

inconstante y desdeñoso.

El árbol, dando en su copa  
165

del fruto el más rico asomo,

promete dar al labriego

el esquilmo más copioso.

Aquí su flor muestra el guindo

en cien festones de oro,  
170

allí su alloza el almendro,

su trama el olivo hermoso;

y sus vástagos el sauce,

como en lánguido abandono

deja caer, cual llorando  
175

con lastimados sollozos.

Agobiado el buey paciente

va rondando el ancho pozo,

y mueve el rústico apresto

con estridor el más bronco.  
180

Gira el ánfora entre tanto,

y en incesante retorno [162]

cual cristal el agua trae,

que corre al huerto abundoso.

La cascada allá murmura,  
185

bulle el céfiro canoro,

su esquila suenan los mansos,

sus copas mecen los pobos.

Todo es vida y movimiento,

orden y amor misterioso,  
190

y celestial armonía

que el pecho contempla absorto.

Desde el florido collado

se ve el cristalino golfo,

en zonas de azul y verde  
195

besar su pie al promontorio:

y a la banda contrapuesta,

cual formidables colosos,

se ven medirse en las nubes

los altos montes del Moro.



200

Acaso pintada nave

hiende el azulado Ponto,

dando flámulas al viento

libre ya de airado Noto.

Todo es placer y ventura,  
205

la dicha llega a su colmo,

y al Abril y sus delicias

su palma cede el Otoño.

Ven, ven, ¡oh mes apacible! [163]

Y en mi pecho bondadoso  
210

derrama tu fausto influjo

disipando mis enojos.

Ven, ven, y mi mente absorta

goce en plácido reposo

los bienes que al orbe prestas  
215

clemente de polo a polo. [164]

Romance II  
El estío

Ya en medio del alto cielo,

cual en un fulgente alcázar,

señoreando a la tierra

el Sol se muestra entre llamas.

Huyen cual débiles sombras  
5

a las gratas enramadas

las leves Horas, que ciñen

su diadema a la mañana.

El Céfito desmayado

pliega sus trémulas alas,  
10

y entre las hojas del bosque

dormido la noche aguarda.

Cesan las aves su canto,

y en áspera disonancia

sólo el estridor se escucha  
15

de la importuna cigarra.

En su carro el Sol en tanto

al alto cenit se avanza,

y de su faz reluciente

mares de fuego derrama.  
20  
[165]

Muge enfurecido el toro,

y de la cumbre más alta

rápido desciende al río

y su ardor en él apaga.

Entre las algas y juncos  
25

el tardo reptil se arrastra,

y la pintada culebra

silbando el cuello levanta.

Acaso cruzando el prado

huyendo la liebre pasa,  
30

o en el árido rastrojo

la voraz langosta salta.

Con sus matices las flores

no ya el vergel engalanan,

ni con sus dulces perfumes  
35

al grato ambiente embalsaman.

Que el rayo ardiente de Febo

agostó sus frescas galas,

y su aroma delicioso

consumió con sed insana.  
40

Echado junto al montero

fatigado el can descansa,

y acaso ladra soñando

los azares de la caza.

O bien las áridas fauces,  
45

que el calor estuvo inflama,

abre incesante, buscando [166]

el dulce halago del aura.

Resuena con grave estruendo

en el monte la cascada,  
50

que bullendo entre los riscos

la más blanca espuma alza.

El Sol con mano potente

lleva la fogosa hacha,

con que enardece los vientos  
55

y la triste tierra abrasa.

Hierve el encendido polvo,



y de él la tímida planta

huye el pastor, y un asilo

bajo el emparrado halla.  
60

El mundo gime lloroso,

y en sus profundas entrañas

siente el destructor incendio

que lo consume y acaba.

En vano las claras fuentes  
65

abren sus urnas de plata,

y los tersos arroyuelos

de los altos montes bajan;

que ansiosa la hirviente arena

el curso débil del agua  
70

con tenues besos consume

entre sus ovas y algas.

En un ardiente letargo

ve la mente alucinada [167]

sepultado al orbe entero,  
75

y ardiendo en voraces llamas.

Tímida espera a la tarde,

que en apacible bonanza

venga a templar con su aliento

del Sol la furia tirana.  
80

Mientras que el dios con su disco,

rojo cual fúlgida ascua,

admirando a los mortales

el mediodía señala. [168]

Romance III  
El presumido humillado

Bien hayas, linda Zagala,

por el donoso despego

con que humillar has sabido

de Gil el orgullo necio.

Bien hayas, que a la hermosura  
5

muy bien sienta el vencimiento,

si con sus armas abate

a un presumido soberbio.

Gil con pretensión altiva

de galán como discreto,  
10

el yugo de amor miraba

con un desdén altanero:

y feliz siempre, por suerte,

en mil amorosos juegos

era como el rey ufano  
15

de las zagalas del pueblo.

De él una leve mirada

era un fino galanteo,

sus invectivas y burlas

un cortés razonamiento.

20

[169]

Contaba como flaqueza

digna de baldón eterno,

aunque fuese a la más bella

dar el corazón en feudo.

Jamás suplicó rendido,

25

ni instó con amante esfuerzo,

ni le aquejaron su mente

los amorosos desvelos.

¡Mas ay del triste que quiera

por un tiránico imperio  
30

el pecho de las hermosas

mandar con vara de hierro!

Que si bien éste se rinde

a unos encendidos ruegos

donde el amor se retrate  
35

tímido, puro y sincero,

así también se resiste,

cual castillo en roca puesto,

si se quiere haber por fuerza,

y no por merecimiento.  
40

Bien haya una y mil veces

el cumplido zagalejo

que toda su dicha cifra

en la humildad de su afecto.

Que a éste Amor le revela  
45

el inefable secreto



con que abrir fácil la puerta [170]

del más desdeñoso pecho.

No así Gil, que envanecido

presumió llevar por premio  
50

de su orgullo, lo que puede

ser blasón de todo un reino.

Te vio y te amó (si es que abriga

tan celestial sentimiento

el que se afrenta de serle  
55

sumiso al dios ceguezuelo).

Triunfante ya se gozaba

en el placer lisonjero

de colmar con tus amores

sus no muy caros trofeos.  
60

Sin duda iré, se decía,

y en gustosos pasatiempos

haré vasalla a otra hermosa

blasonando después de ello.

Así razonó, y quería  
65

llegar y rendirte luego,

lucir tu amor en la aldea,

después volando a otro objeto.

¡Pero cuál fue su sorpresa

al ver que en noble despejo,  
70

sin presumirte de esquiva

ni hacer gala del desprecio,

rechazaste sus finezas

con mil leves desafectos, [171]

dando respuesta a sus flores

75

con demostrar no entenderlo!

Atrás volvió, y admirado

se demandaba a sí mismo,

cómo feliz no salía

su empresa al primer intento.  
80

Mas nunca dio a tus desvíos

la causa del contratiempo,

que el que presume de amores

es tardo en convencimiento.

Pensó incrédulo que ansiosa  
85

no recoger sus obsequios,

o era exceso de modestia

o torpeza en entenderlos.

Así más envanecido

dobló sus ofrecimientos,  
90

prodigándote oficioso

los más galantes requiebros;

y por mostrarse en las lides

amorasas más experto,

ya tímido se fingía,  
95

ora alegre y satisfecho.

Mas como en artes de amores

toda mujer es maestro,

y que trazas tan añejas

no surten su antiguo efecto,  
100

los ardidés entendiste, [172]

y con desdén más resuelto

pronunciaste más la fuerza

de tu esquivo menosprecio.

Perdió pie ya Gil entonces  
105

en su loco devaneo,

sin saber cuál redimirse

de aquel azar tan funesto.

Quite buscaba a la flecha

que Amor le asestaba diestro,  
110

y en su fatiga dejaba

el pecho más descubierto.

En despiques de amor propio,

que hasta allí conservó ileso,

se disfrazaba la llama  
115

del más encendido fuego.

Conoció por vez primera

haber trocado el sendero,

que al corazón de una hermosa

conduce fácil y recto.  
120

Así turbado y confuso,

sonrojado en su despecho,



con escuela más sumisa

vino a rondarte de nuevo.

Mas en amor, como en guerra,  
125

perder el feliz momento

es despreciar de la suerte

el don que no vuelve luego: [173]

pues tú ya firme en mostrarte

inexorable a sus ruegos,  
130

a sus súplicas ardientes

dabas respuestas de hielo.

¡Cuál el triste enamorado,

vagando perdido y ciego,

por recobrase caía  
135

en mil necios desaciertos!

Ora del amor hablaba

con sentencias y consejos,

cual si iniciado estuviese

en sus más sacros misterios.  
140

Ora su dolor vestía

con disfraz el más risueño,

tachando al amor de vano,

pueril entretenimiento.

Ya por ocultar a todos  
145

lo rabioso de su incendio,

de su desamor se daba

mil plácemes a sí mismo.

Y ya acaso (mayor seña

de su pasión dando en esto)  
150

afectaba hallar maligno

en tu rostro algún defecto.

Pero a nadie de la aldea

persuadió tal fingimiento,

ni deslumbraron las trazas

155

[174]

de tan necios desacuerdos;

pues todos bien conocían

que en su engañoso contento,

la risa estaba en los labios,

pero la hiel allá dentro.  
160

Mas él, zozobrando mientras

entre dudas y recelos,

al fin hallar presumía

en ti a su amor fausto puerto.

Sin pensar correr perdido  
165

el huracán tan horrendo

que provoca, el verse triste

por otro galán depuesto.

Notó al través delicado

de tu recato hechicero  
170

la inclinación más honesta

por el donoso Fileno.

¡Qué dolorosas angustias

probó en su soberbio pecho

al verse sacrificado  
175

como víctima a otro dueño!

¡Cuál sin límites su pena

se aumentaba, conociendo

las prendas que aventajaban

al pastorcillo tan bello!  
180

Dándose al fin por vencido,

y un mar de llanto vertiendo, [175]

a ti acudió ya postrado

amor y piedad pidiendo:

mas como preces nacidas  
185

de un forzado humillamiento,

no inspiran la confianza

que un tímido amor primero,

su ofrenda así desdeñaste,

y feliz acogimiento

190

diste al divino holocausto

del Zagalejo modesto.

Prendárate, no lo rico

de sus preciosos arreos,

ni su destreza en el baile,

195

ni su talle airoso y suelto,

te enamoró, sí, lo fino



de sus tímidos deseos,

y de su ardor expresivo

el tierno encarecimiento.  
200

¿Cómo poder tú librarte

con un corazón tan tierno,

de dar a tan fino amante

un fausto agradecimiento?

¿Cómo tu pecho sensible  
205

dejar sin pago un anhelo,

tan dulcemente explicado

y con tan finos conceptos?

Cediste al fin, y tus labios [176]

colmo a su dicha pusieron,  
210

y en cien tímidos favores

tu amor le probaste cierto.

Todo el pueblo ve, Zagala,

con sumo gozo el empleo

que de pastor tan cumplido  
215

tu pasión discreta ha hecho:

todos de Gil la desgracia

celebran con más empeño,

por ver sumiso a un rebelde

y castigado a un soberbio.  
220

Sus graciosas aventuras

se cuentan ya por proverbios;

ayer del caso cantaban

las pastoras estos versos:

Huye avergonzado,  
225

huye, necio Gil,

de las anchas vegas

del claro Genil:

que aquí sólo agrada

la pasión constante,  
230

del más fiel y puro

y rendido amante;

y no los despegos

que quieres lucir

con las zagalejas  
235

¡oh menguado Gil! [177]

Tu desdén emplea

y ruda altivez,

si el turbante vistes

renegando en Fez:  
240

que allí las mujeres

hallan un Visir

en vez de un amante,

mas no en el Genil;

que en su orilla encuentran  
245

en vez de Sultán,

un pastor sumiso,

tímido y galán.

Con que así, por siempre

huye, necio Gil,  
250

de las verdes vegas

del claro Genil. [178]

Romance IV  
A las nubes

Cesad, o funestas nubes,

con vuestra lluvia importuna

de aguar con siniestro empeño

las horas de mi ventura.

Esos turbios aguaceros  
5

que el florido campo inundan,

huyan del helado Norte

a las regiones oscuras:

y limpio el sereno cielo,

con faz luciente la luna  
10

por el éter cristalino

su clara luz distribuya;

y pueda mi bien, a salvo

del huracán y su furia,

dejar su albergue, midiendo  
15

el prado en huella segura;

pueda lucirse en la fiesta,

bailar alegre en la gruta,



gozando yo por mis ojos

de su angélica figura.

20

[179]

Tres noches ha que esta dicha

mi estrella infiel me rehúsa,

que son tres siglos de ausencia

vividos siempre en angustia.

Ven, mi cielo, que esta falta

25

desquitará mi fortuna,

requebrándote más fino

y más amante que nunca.

Goce yo verte en la danza

airosa como ninguna,  
30

revolando los listones

de tu flexible cintura.

Oiga yo tu voz divina

que en dulce canto se luzca

bien como el blando suspiro  
35

del Céfiro que susurra.

Pueda yo hablarte en amores,

y que tu boca tan pura

dispense fausta acogida

a mis tímidas preguntas.  
40

Te hará de amor la fianza

mi lengua, jamás perjura,

mil propósitos más tiernos

escuchando de la tuya.

Frenad ya, negros nublados,  
45

vuestra escarcha y luengas lluvias,

y el claro arroyo despeje [180]

su cristal que el hielo enturbia.

El prado muestra su gala,

la flor sus corolas rubias,  
50

do la linda mariposa

en locos vuelos circula.

Tornen las aves al canto

entre las ramas ocultas,

y que gocen sus amores  
55

en dulce y lasciva lucha.

Si por más tiempo retardas

que yo adore tu hermosura,

¿cómo sufrir en mi pecho

tantos desvelos y dudas?  
60

Celoso y ciego, apurando

el cáliz de la amargura,

suspirará sin consuelo,

cantará triste mi musa.

Ven pues con tu blando influjo,  
65

florido Abril, en mi ayuda,

y que a tu fausta llegada

los fieros nublados huyan.

De la estación venturosa

el cetro feliz empuña,  
70

y en los granizos de Marzo

que tu blando aliento influya.

Mas si mi súplica ardiente

sordo e insensible no escuchas, [181]

¿Por qué no sales, bien mío,

75

vengando tú así mi injuria?

Que a tus dos hermosos soles,

que a un tiempo ciegan y alumbran,

su furor calmará Marzo,

su escarcha la niebla impura.

80

Mas ya en el cárdeno cielo

hermoso el Iris dibuja

entre colores el arco

que el viento manso columpia.

Despeja el monte su cumbre,  
85

su faz la verde laguna,

y el turbio arroyo ya corre

en cristal y blanca espuma.

Entre las hojas pomposas

el blando viento murmura,  
90

y en los vástagos más altos

pule el jilguero la pluma.

Se viste el cielo fulgente



de mil visos que deslumbran,

y el fértil suelo se alfombra  
95

en fresco trébol y juncia.

Sin duda mi amada llega,

todo feliz me lo anuncia,

que prados, flores y aves

en su paso la saludan.  
100

A sus pies vuelo anhelante, [182]

y en deliciosa ternura,

le pediré que me imponga

de amor la feliz coyunda.

Le pintaré mis tormentos,  
105

mi dulce amor y locura,

rindiéndole mi albedrío

como a señora absoluta. [183]

Romance V  
El amor y en tiempo

(Imitación de Legouvé.)

Peregrinando un anciano,

que tiene por nombre el Tiempo,

llegó a la margen del río

más caudaloso y soberbio.

Al verse a pie y sin amparo,  
5

en un país extranjero,

así clamaba en la orilla

con un dolorido acento:

«¿El que mide los instantes

no encontrará aquí consuelo?  
10

Por piedad, venid, amigos,

venid a pasar el Tiempo».

Mil bellas que en la ribera

estas súplicas oyeron,

brindarle el barco querían  
15

en que es Amor marinero.

Mas otra hermosa más sabia

el peligro conociendo, [184]

sin cesar les repetía

este prudente consejo:  
20

«Dejad, incautas zagalas,

tan temerario proyecto,

que muchas han naufragado

por querer pasar el Tiempo».

El Amor en su barquilla  
25

gira al borde contrapuesto,

y al pobre anciano le ofrece

pasaje con blando ruego.

Lo embarca, y con faz risueña

se abandona al fácil viento,  
30

los cristalinos raudales

con los remos sacudiendo.

Y al paso que el agua hendía

cantaba en alegre empeño:

«Mirad, hermosas zagalas,  
35

cómo el Amor pasa el Tiempo.»

Mas el dios rindiose pronto

cual en blando desaliento,

y a su vez con diestra mano

el Tiempo empuñó los remos.

40

«Te cansas, niño, le dijo,

tal fue siempre tu defecto;

deja, deja tal fatiga

mientras yo firme navego:

que en tanto diré triunfante,

45

[185]

con aire el más placentero:

contemplad en fin, pastoras,

que al Amor lo pasa el Tiempo».

Apenas holló la playa,

cuando en profundo silencio,  
50

sin saludar las pastoras,

su rumbo siguió el viajero.

«Espera, huésped», le dicen:

Responde: «atrás jamás vuelvo»,

y de sus brazos se aleja  
55

con paso insensible y lento.

Entonces ambas orillas

con triste canto dijeron:



«Mirad, hermosas zagalas,

cuál pasa y no vuelve el Tiempo».  
60

Más allá encontró más ríos

el anciano pasajero,

presidiendo el mismo cuadro

siempre en un círculo eterno.

Su llegada, para el joven,  
65

gozo era siempre y contento,

como su pronta partida

señal del más triste duelo.

Todas las bellas ansiaban

do quier por pasar el Tiempo,  
70

Amor después lo pasaba,

y él pasaba al Amor luego. [186]

Romance VI  
La siega

¡Cuál en apacibles ondas,

que el Céfiro fugaz alza,

las leves espigas de oro

se mecen en dulce calma!

¡Cuál en graciosos vaivenes  
5

se abaten, huyen y enlazan,

remedando en su murmurio

el blando bullir del agua!

En mil lucientes coronas

ostentan el grano ufanas,  
10

que embutido en mil capullos

tras sí los ojos arrastran.

Doblando en flexibles arcos

su cuello a tan rica carga,

parece que al blondo Agosto  
15

le rinden humilde paria;

y sus tesoros la tierra

mostrando en las rubias hazas,

del labrador satisfecho

corona ya la esperanza.  
20  
[187]

Mientras el mes ardoroso

con noble faz se adelanta,

los zagales presidiendo

con la segur levantada

en cien numerosos bandos  
25

aquí y allí se derraman,

y las hoces relucientes

vibran en las febles cañas:

en tierra abatidas caen,

en haces mil las preparan;  
30

de allí la liebre se ahuyenta,

o de aquí el insecto salta.

Con más ardiente porfía

los segadores avanzan,

y el ancha vega de pronto  
35

su pompa pierde y su gala.

En pos del perdido grano,

que olvida una mano avara,

la espigadera inocente

viene con tímida planta.  
40

En tanto en las anchas eras

se ve disponer la parva,

do en abundantes rimeros

la fértil mies se levanta.

Batiendo el casco el caballo  
45

en ademán noble marcha,

y el trillo con fuerte acero [188]

los altos panes quebranta,

el zagal en duro silbo

su fiero látigo estalla,  
50

y la cuadriga dirige

y con voz alegre canta.

Ora el rústico tridente

el haz robusto desata,

ora arroja en grave impulso  
55

al viento la débil paja.

De ella los menudos granos

suelatamente se separan,

y cayendo en hilos de oro

son nuncios de la abundancia.  
60



Montes de trigo aparecen

por maravillosa magia,

y en su cumbre cual trofeo

los altos bieldos se clavan.

Dando giros en el aire  
65

sutiles aristas vagan,

que en opuestas direcciones

en fin por siempre se apartan.

No de otra suerte mi estrella

cruel de mi lado arranca  
70

los amigos que clementes

mi pecho fiel consolaban.

A los trojes y graneros

el grano en tanto trasladan, [189]

y el labrador se sonríe  
75

viendo el premio de sus ansias.

Los gozosos pajarillos

en bulliciosa algazara,

hacen bailar en sus picos

los leves granos que hallan.  
80

En el florido collado

la tímida oveja bala,

y paciendo en el rastrojo

el blanco becerro brama.

¡Oh qué placer, qué ventura,  
85

ventura a que nada iguala,

verse entre aperos y arados

presidiendo una labranza!

¡Qué gozo uncir la coyunda,

ver numerar la manada,  
90

y oír sonar las esquilas

por el prado en la mañana!

En placer tan inocente

¡con qué desdén mira el alma

los tesoros que da Tíbar,  
95

y el oro puro de Arabia!

¡Feliz aquel que en el campo

exento su vida pasa,

y el que goce tanta dicha

mil y mil veces bien haya!  
100

De tan armónico canto [190]

ya Mérido descansaba,

cuando vio a su amante hermosa

salvar la verde cañada.

Un haz de doradas flores  
105

la espigadera llevaba,

que el trigo en rosas convierte

do pone su breve palma.

Entonces el pastorcillo

entre requiebros la llama,  
110

cantándole esta letrilla

con voz la más dulce y blanda.

La que en primavera

cortando vas rosas,

o pomas sabrosas  
115

del verde peral,

bella espigadera,

que en crudas fatigas

coges las espigas

que olvida el zagal:  
120

deja por tu vida

tal pena y enojo,

que puede un abrojo

tus manos herir.

Ven, ven, mi querida,  
125

que en tu sangre roja

querrá su alba hoja

el lirio teñir. [191]

En afán más blando

tu belleza emplea,  
130

y el amor te vea

amores gozar.

Mírete espigando

afanes, delirios,

y dulces martirios  
135



que da en su penar.

Ven, ven a la gruta

do ansioso te aguardo

con bálsamo y nardo

que te he de ofrecer.  
140

Y desde que enluta

sus luces el día

te tendré por mía

hasta amanecer. [193]

Sonetos  
[195]

Soneto I  
El despecho

Ya que no puedo, por desdicha mía,

llamarte dulce esposa en tierno abrazo,

anudando tu talle con el lazo

que teje amor en su feliz porfía,

quieran los cielos, por oculta vía,  
5

en árbol trasformarme a breve plazo,

convirtiendo en corteza mi regazo,

y mi cabello en verde lozanía:

y mudente también en yedra amante

que ensortije mi tronco de contino,  
10

confundiendo tus hojas con mi rama:

que así mi amor, por fiel y por constante,

al fin conseguirá contra el destino

templar en ti lo ardiente de su llama. [196]

Soneto II  
La ingratitud

La blanca rosa que embalsama el viento,

inclinando su corola divina,

tributo paga al agua cristalina

que fértil le regó su verde asiento.

Trisca en la jaula el colorín contento,  
5

y en armónico son gozoso trina,

si así agradar más fácil imagina

al que le presta pródigo el sustento.

Premia en su beso la cándida paloma

el ardor cariñoso de su amante,  
10

y el altivo desdén a su afán doma:

Mas tú a mi amor más dura que diamante

desoyes de mi labio el tierno idioma,

siempre esquivando mi pasión constante. [197]

Soneto III  
Al Alhambra

Contempla, pasajero, la morada

que el árabe a su gloria alzó triunfante,

cómo al tiempo se rinde vacilante

su magnífica mole ya cascada:

La altivez de sus torres humillada,  
5

de escombros lleno el pórtico arrogante,

y sin su azul el artesón brillante,

anuncian muerte al ánima angustiada.

Contempla bien cual queda sin colores

el morisco relieve y paramento,  
10

borradas ya sus cifras y sus flores:

Míralo bien, que a paso menos lento,

el tiempo a ti también entre dolores,

traidor te acerca el último momento. [198]

Soneto IV  
El propósito desesperado

Si por robarte a mi pasión ardiente

tus deudos, descargando el fiero amago,

te arrebatasen con ardid aciago

de estos ojos que lloran por ti ausente;

aunque en un fuerte alcázar eminente  
5

te encanten por las artes de algún mago,

y que entorno te cerquen con un lago

de fuego hirviendo con voraz corriente;

o aunque te oculten en el hondo silo

del monte más oscuro y más distante;  
10

por logarte lanzárame tranquilo,

y hendiera un mar de lava fulminante,

o bajara en tu busca al negro asilo,

siempre que fueses a mi amor constante. [199]

Soneto V  
El anillo



Ve, pobre anillo, hasta la linda mano

de la hermosa que adora mi fiel pecho;

ve, ve, cumple y disfruta satisfecho

de galardón tan alto y soberano.

Dile pues que en tu óvalo galano  
5

quisiera yo enlazar con dulce estrecho

mi blando corazón, de cera hecho,

con el suyo, aunque helado y tan tirano.

En tu círculo de oro misterioso,

y en el firme diamante que te adorna,  
10

el más constante eterno amor aprenda:

mas si me vende, el cerco prodigioso

tú mismo con estrépito trastorna,

y así esta magia su traición reprecnda. [200]

Soneto VI  
Mi estado

(Imitación del Petrarca.)

Busco la paz, y en triste lucha espiro;

espero y temo, abrásome y me hielo;

odio la tierra sin amar el cielo;

vehemente anhelo, exánime, suspiro:

5 pido la libertad, siervo me miro;

me elevo ardiente, caigo yerto al suelo;

ciego confío, suspicaz recelo,

vivo en el ocio, y a la gloria aspiro:

el dogal que circunda el cuello mío

ni me acaba ni libra, y vivo ahogado;  
10

hallo el placer y mátame el hastío,

odio mi ser, te adoro despechado;

lloro sin pena y sin contento río...

Por ti, cruel, me miro en tal estado.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

